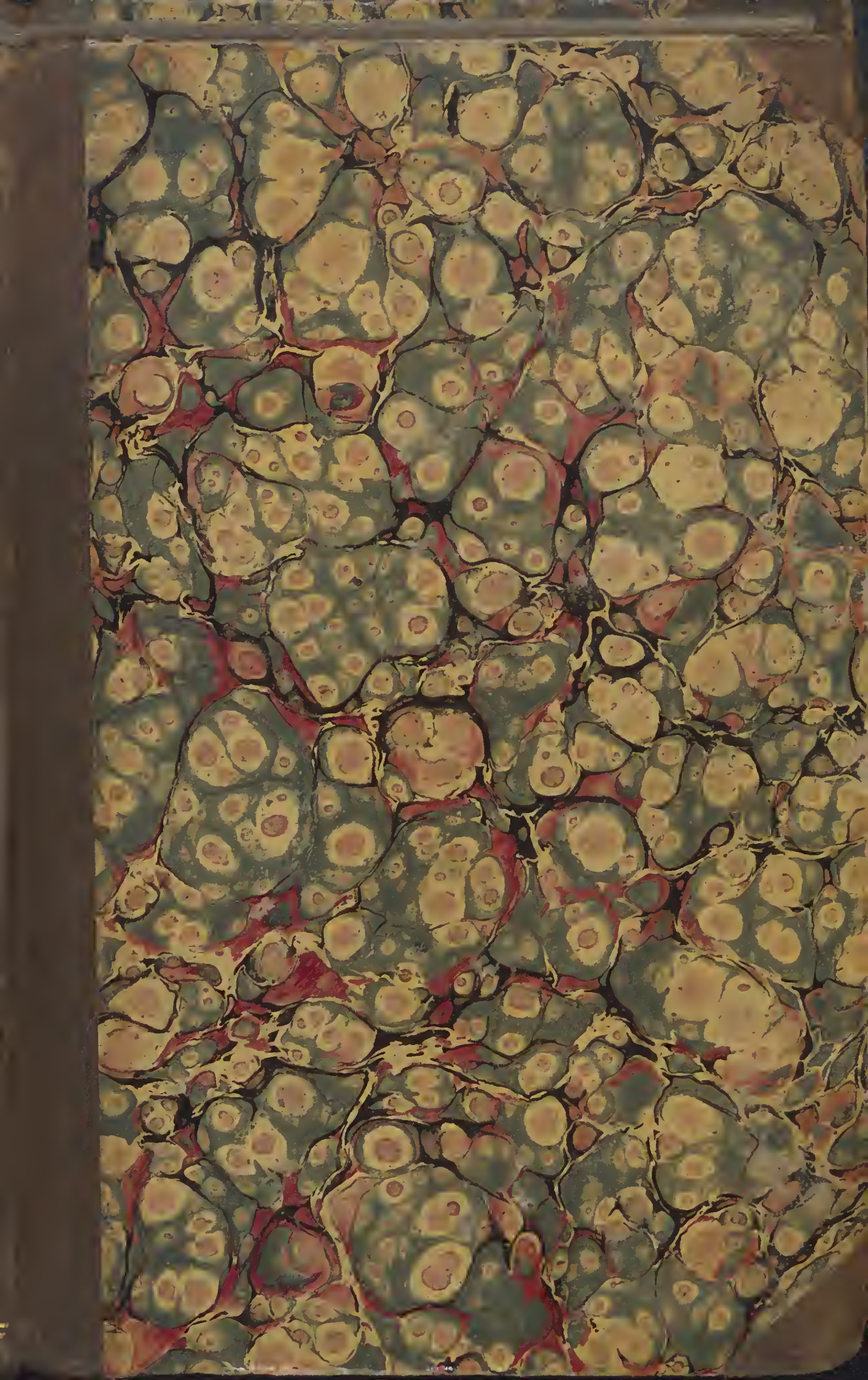
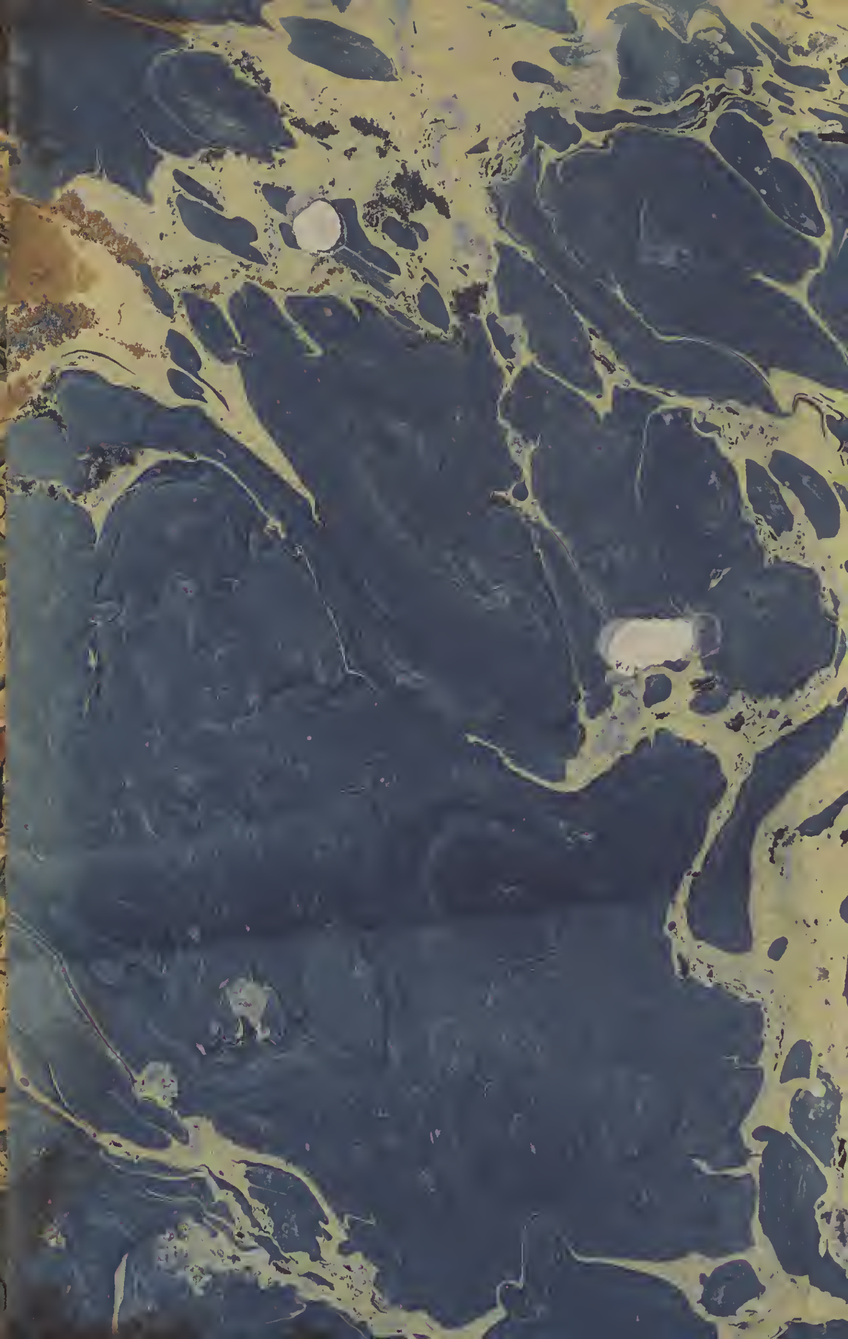
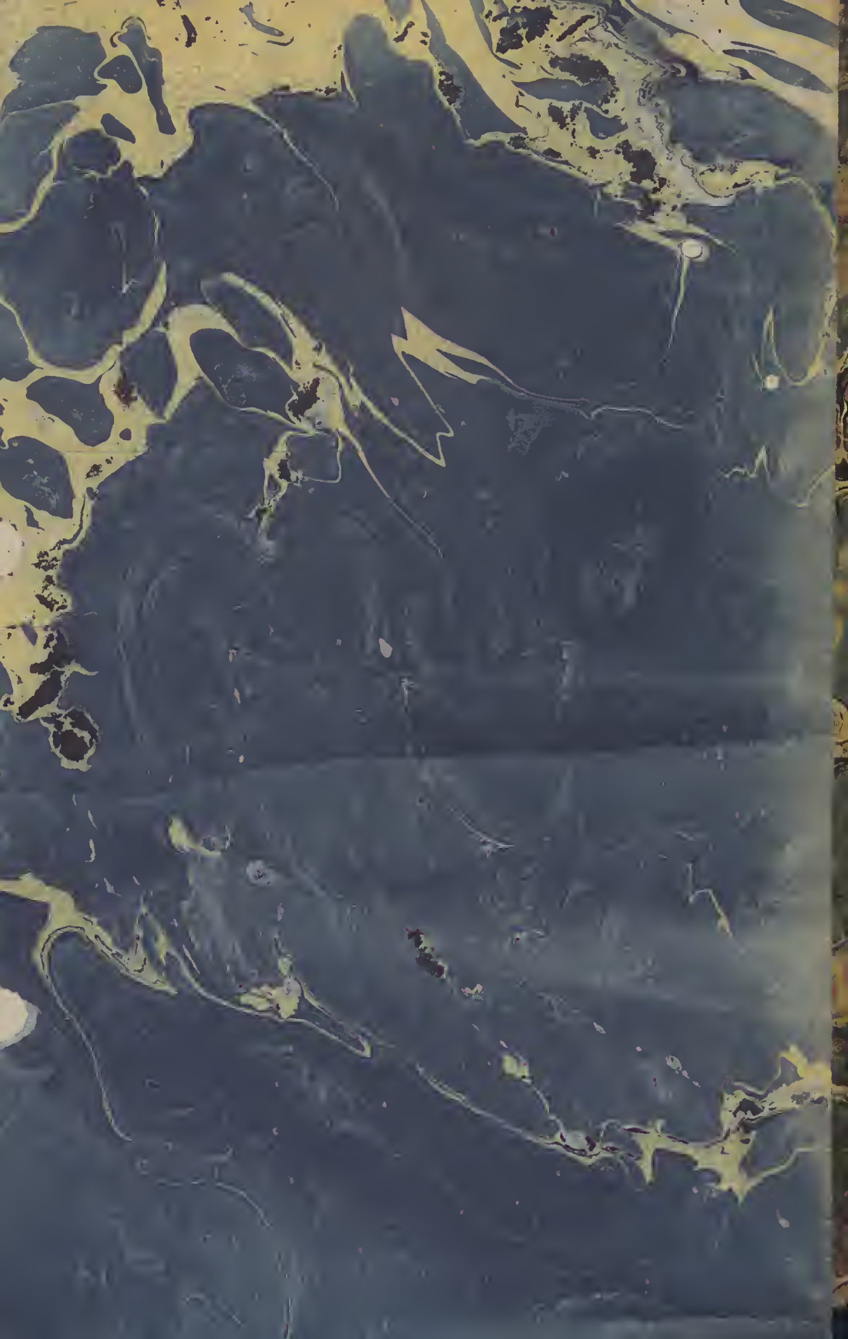






[illegible] 250

[illegible] 67

[illegible]

[illegible]

TEATRO ESCOGIDO

DE

FRAY GABRIEL TELLEZ,

CONOCIDO CON EL NOMBRE DE

EL MAESTRO TIRSO DE MOLINA.

TOMO IX.

MADRID:

EN LA IMPRENTA DE YENES,

CALLE DE SEGOVIA, NÚM. 6.

═

1841.

CELOS CON CELOS SE CURAN,

COMEDIA.

PERSONAS.

CESAR.
CARLOS.
SIRENA.
NARCISA.
DIANA.
ALEJANDRO.
MARCO ANTONIO.
GASCON.
UN CORTESANO.
UN ALCAIDE.
UN PAGE.
DOS CRIADOS.
ACOMPAÑAMIENTO.

La escena es en Milan y estramuros.

ACTO PRIMERO.

ESCENA I.

CESAR. CARLOS. GASCON.

CESAR.

¿Hemos de apartarnos mas
de la ciudad, Carlos?

CARLOS.

No,
que la ribera del Pó,
que murmurar viendo estás,
mientras de Milan te alejas,
si en sus cristales te avisas,
agravios vende entre risas

á tu amistad y á mis quejas.

CESAR.

No te entiendo.

CARLOS.

No me espanto.
Déjanos solos aquí,
Gascon.

GASCON.

Siempre obedecí
á quien sirvo y quiero tanto,
y mas á estas ocasiones;
porque yo cuando hay envites,
digo *quiero* á los convites,
y descarto las cuestiones. (*Vase.*)

ESCENA II.

—

CESAR. CARLOS.

CESAR.

Ya estamos solos; procura
declararte: ¿es desafío?

CARLOS.

No nos oye mas que el rio,
que no ofende, aunque murmura.
Deja de aumentar agravios,
dudando de mi fe ansí;
que mis quejas contra tí
solo tienen en los labios
discreta jurisdiccion,
no en la espada; que, en efeto,
reverencian el respeto
que te debo.

CESAR.

La ocasion
con que las formas, repara;
que me suspendes y admiras.

CARLOS.

Por fabulosas mentiras
las propiedades juzgara,

que pintó la antigüedad
en la amistad verdadera,
si hallarlas en tí quisiera.

CESAR.

¿Pues es falsa mi amistad?

CARLOS.

Parécelo.

CESAR.

Dí el por qué.

CARLOS.

¿Por qué (desata esta duda)
pintó á la amistad desnuda
quien su Apeles sutil fue?
¿Por qué, si no es en tu mengua,
su lado abierto mostró,
y del pecho trasladó
el corazon á la lengua?
¿Por qué le vendó los ojos,
dejando libres los labios?

CESAR.

Geroglíficos agravios
me proponen tus enojos.
Misterioso vienes. Digo
que si desnuda pintaban
la amistad los que enseñaban
leyes al perfeto amigo,
fue para darle á entender
que entre los que la profesan,
y su lealtad interesan,
ningun secreto ha de haber.
Porque si se definió
que era un alma en dos sugetos,
afirmando los discretos
que el amigo es otro yo,
mal quedara satisfecho
de quien sus pasiones calla
el amigo que no halla
en un lugar lengua y pecho.
Mas yo, ¿cuándo he delinquido
contra estas leyes? ¿qué llaves
no te ha dado el alma?

CARLOS.

¿Sabes,
Cesar, que señor has sido
de la mia de tal modo,
que hasta el menor pensamiento
jamas de tu amor esento,
viéndote dueño de todo,
y á mí tan perfeto amigo,
ya grave, ya humilde fuese,
antes que yo le entendiese,
se registraba contigo?
¿Qué desdenes de Vitoria,
sol que adoro, qué desvelos,
ya bastardos por los celos,
ya hijos de la memoria,
dejé de comunicar
contigo, si tal vez hubo
que compasivo te tuvo
de tal suerte mi pesar,
que en recíprocos enojos
tanto amor nos conformó,
que porque lloraba yo,
afeminaste tus ojos?

CESAR.

Pendiente estoy de tus labios,
confuso con tus razones.
¿Las que son obligaciones,
Carlos, vuelves en agravios?
Si lloras, lloro contigo;
alégrame tu contento;
lo mismo que sientes, siento,
¿y me llamas mal amigo?
No te acabo de entender.

CARLOS.

Ya sabes que la igualdad
es hija de la amistad;
tu igual me veniste á hacer
el dia que me llamaste
amigo tuyo.

CESAR.

Es ansí.

CARLOS.

De sangre noble nací,
si la ducal heredaste;
ya sé que tan cerca estan
tus partes de tu ventura,
que para hacerla segura
la corona de Milan,
un solo estorbo hay en medio,
de un sobrino que la goza,
tan enfermo en edad moza,
que diera fácil remedio
á mi deseo y tu estado
la muerte, si permitiera
cohechos, ó te quisiera
como yo, aunque mal pagado.

CESAR.

¡O Carlos! ¡cómo se entiende
que interesado tu pecho,
amistades que me ha hecho,
como mercader las vende!
Sácame ya del cuidado
con que suspenso te escucho;
que quien encarece mucho,
no se tiene por pagádo.
Y pienso yo que en iguales
correspondencias de amor,
si ejecutas acrêdor,
de la obligacion te sales
de deudor; pues te he querido
con tan limpia y pura fe,
que en ellas te perdoné
aun el serme agradecido.

CARLOS.

¡Muy bien lo muestras, por Dios!
Sea (y búrlate de mí)
tu secreto para tí,
y el mio para los dos.
Los amigos de importancia,
que se precian de leales,
en los bienes y los males
van á pérdida y ganancia.
Mas tú, que con los ingratos

quieres lograr tus intentos,
avaro de pensamientos,
con andar hoy tan baratos,
pretendes en los desvíos
con que me ocultas tu pena,
por gastar de hacienda agena,
ser pródigo de los mios.
¿Tú triste, Cesar, y yo
de la ocasion ignorante?
¿Tú desvelado? ¿tú amante,
y yo sin saberlo? No,
no busques vana salida
á culpas averiguadas.
De la soledad te agradas,
mi amistad aborrecida;
no comunicas tormentos,
ni yo quiero examinarlos:
ya, Cesar, te cansa Carlos.
Señor de tus pensamientos
has sido; yo te los dejo;
goza á solas tu cuidado;
los secretos que he fiado
de tí, te darán consejo.
No llevo ninguno tuyo
que restituir te deba;
prueba otros amigos, prueba
(y con aquesto concluyo)
amor sin comunicar,
mientras dejas ofendida
una amistad de por vida,
que ya por tí es al quitar.
(*Quiérese ir.*)
CESAR.
Aguarda, Carlos; espera,
satisfaré tus engaños.
¿Amistad de tantos años
por ocasion tan ligera
se rompe? Facilidad
notable á culpar te viene:
mas no es mucho; tambien tiene
sus melindres la amistad.
Tambien la asaltan recelos;

que la amistad en rigor,
por lo que tiene de amor,
quejas forma y pide celos.
Es verdad que quiero bien
en parte que corresponde
agradecida: ni dónde,
ni cuándo, Carlos, ni á quién
te he dicho; que como sigo
leyes que á la amistad puso
mas la antigüedad que el uso,
y sé que el perfeto amigo
no quiere ni intenta mas
de lo que quiere y intenta
su amigo, no juzgué á afrenta
la que en la cara me das;
pues en este fundamento
mi amor oculto creyó
que gustando de esto yo,
estuvieras tú contento.
Mas pues me llamas ingrato,
y á lo interesable vives,
secretos das y recibes,
y ya es tu amistad contrato,
oye, aunque el límite pase
que me puso á quien respeto;
pues debiéndote un secreto,
que sin que yo te forzase,
me donaste liberal,
si hago pleito de acrêdores,
tus deudas son anteriores,
y es bien pague al principal;
pero advierte que no es justo
que pagarte mas intente
de aquello que cabalmente
te debo.

CARLOS.

Logra tu gusto:
la deuda quiero soltarte;
no ofendas tu mudo amor.
Mírasme como acrêdor;
claro está que he de enfadarte.
Quédate, Cesar, con Dios.

CESAR.

(*Deteniéndole.*)

Eso no; desobligado
has de dejarme, y pagado
has de partirte; los dos
hacemos cuenta ajustada.
Ya estriba esto en interés;
si te has de ir, vete despues
que yo no te deba nada.
Que amabas dijiste un dia;
y antes que mas te esplicases,
y tu dama me nombrases,
yo, que en la filosofia
estoy diestro, de los ojos,
y los tuyos registré,
que era Vitoria alcancé
la causa de tus enojos.
Haz tú otro tanto tambien,
si igual fineza te obliga;
porque yo, cuando te diga
mi amor, no te diré en quien
le empleo.

CARLOS.

Enojado estás.

CESAR.

No estoy, que es la causa leve;
pero harto hace quien debe
en pagar, sin que dé mas.

CARLOS.

Dí; que porque serte intento
de provecho en tus cuidados,
con paciencia tus enfados
quiero sufrir.

CESAR.

Está atento.

En un festin que el duque mi hermano hizo
una noche.... (engañéme; un claro dia;
que agregacion de luz desautorizo,
si á tanto sol describo noche fria)
pródiga la hermosura, y en su hechizo
perdida la beldad que Chipre cria,
competidores discrecion y gala,

y dilatada gloria en breve sala;
cuadros de estrellas sostituyen flores,
ya jardin el salon, que amor cultiva,
si estrados, de este abril usurpadores,
no estrañan que en tal cuenta los reciba;
cercado de bellezas y valores,
el teatro ducal y la festiva
ocupacion sonora, en instrumentos
principio dió al sarao y á mis tormentos.
Libre gozaba yo la ejecutoria
con que el descuido me eximió tributos,
que rinde el alma y guarda la memoria,
pechando penas mas á menos frutos.
¡Qué cerca está el tormento de la gloria!
¡Qué bien pintó el placer cortando lutos
aquel que á los umbrales del sosiego
la inquietud retrató pegando fuego!
Licenciosa la vista se derrama
por venenosos campos de hermosura,
présago amor de ejecutiva llama,
que libre cuello sujetar procura:
ví, Carlos, en efeto, ví á una dama,
imperiosa opresion de mi ventura,
que presidiendo en tribunal de estrellas,
lo que esta desperdicia, logran ellas.
Gozaba, al lado suyo, un caballero
privilegios de fiestas semejantes,
de incógnito valor, cobarde acero,
desvalido entre méritos amantes.
No te sabré afirmar cual fue primero,
ó amar, ó estar celoso; mas sé que antes
que advirtiese mi estado peligroso,
si amante me admiré, temí celoso.
Salí á danzar, ya rayo de venganzas,
por malograr indigna competencia,
y á la marquesa saco: entre mudanzas
festivas (mal presagio, á la esperiencia)
sembró risueña en celos esperanzas,
espinas que coronan la paciencia:
yo de veras amante, el festin juego,
cesó la danza y comenzó mi fuego.
Ocupé el lado, si cobarde amando,

atrevido, celoso, y suspendiendo
discursos á la lengua, hablé mirando,
propuse mudo, y obligué temiendo;
ella cifras de amor deletreando,
lo que negó callando, pagó viendo.
¡O amor, al principiar dulces enojos,
idiota en labios, elocuente en ojos!
Puso á la fiesta fin la aurora, llena
de envidias mas que aljófares: ¡qué prisa
á mi espaciosa suspension! ¡qué pena
á obscura ausencia, su purpúrea risa!
Acompañé hasta el coche á mi Sirena....

CARLOS.

¿Que Sirena es la dama, que me avisa
tu inadvertencia? Mas que á tu cuidado,
á tu descuido quedaré obligado.
Ya, Cesar, me sacaste de adivino:
prosigue.

CESAR.

¿Para qué, si soy tan necio,
que ofendiendo secretos, descamino
dichas de amor, y leyes menosprecio?
Pasó á la lengua el alma; en ella vino
Sirena aposentada; que no precio
sin Sirena, vital accion. ¡Qué asombro!
vivo en nombralla, y muero si la nombro.
Ya, Carlos, sabes mas que yo quisiera;
vencísteme, y perdíla por nombralla.
¡O lengua para el mal siempre ligera!
¡O pecho, descuidado á refrenalla!
Si eres leal, si quieres que no muera,
su nombre se te olvide, ó si no, calla;
que si alcanza á saber que está ofendida,
desacredito á amor, pierdo la vida.

CARLOS.

¡Ah Cesar! ¿quién pudiera ejecutivo
quererte menos, por vengar agravios?
¿Qué importa conocerla, si en tí vivo?
Lo que me ocultas tú, debo á tus labios.
Prosigue con tu amor ponderativo,
y estima en mas respetos, si no sabios,
leales en sufrirte, y no ofenderte;

que al olvido la nombras, ó á la muerte.

CESAR.

¿Qué quieres, caro amigo, que prosiga?
Facilitó imposibles la frecuencia;
muchas veces la hablé; muchas obliga
á firme resistir, firme asistencia.
Desdeñosa al principio, ya mitiga
rigores; ya al amor (correspondencia
que caudalosa en voluntades trata)
risueña obliga, y satisface grata.
Solo de tu amistad... (¿Diré envidiosa?
Bien puedo; que no quiere que á la parte
entres con ella en alma, que imperiosa
duda de gobernar, sin desterrarte)
premática me puso rigurosa,
con privacion de no comunicarte
su nombre, ni mi amor; y esto con pena
que en sabiéndolo tú, pierdo á Sirena.
Sé agora, Carlos, juez de mi indiscreto,
roto silencio ya; serás testigo
de mi muerte tambien, si á su respeto
te atreves, y á la ley de hidalgo amigo.
De mi alma eres señor, de mi secreto,
con la sortija de Alejandro obligo
tus labios y lealtad; porque al sellarlos,
la fe que á Efestïon obligue á Carlos.

ESCENA III.

—

GASCON.—DICHOS.

GASCON.

¡Damas, cuerpo de Dios, damas!
Despedid por hoy enojos,
y desenvainad los ojos,
que en las amorosas llamas
un crítico los llamó
espadas negras de esgrima.
A Sirena y á su prima
cierto coche malparió

en ese jardin frontero,
porque entre sus hortalizas
flores se llamen mellizas,
y su comadre el cochero.
Visto os han, y acá se aplican:
amor en el campo es hambre,
y todo encuentro fiambre
da apetito; si se pican,
dos á dos estais.

CESAR.

Ya temo
con qué ojos miraré,
Carlos, á quien quebranté
el primer precepto.

CARLOS.

Estremo
escrupuloso es el tuyo;
ya yo no tengo memoria
de lo dicho. A mi Vitoria
voy á ver. ¡Ay Dios! ¡si suyo
me llamara! Tú entretanto
que sus rigores mitigo,
prosigue dichas, amigo,
proseguiré yo mi llanto;
que en mis penas divertido,
si tú en tu gloria elevado,
sabrá en tu amor mi cuidado
darme por desentendido.
(*Vanse Carlos y Cesar.*)

ESCENA IV.

GASCON.

Dama falta para mí;
el primer lacayo soy
que huérfano de hembra estoy.
Dijérala, á hallarla aquí,
á fuer de cómico humor:
«y ella ¿no nos dice nada?»

Respondiérame alentada:
«y él ¿sabe tener amor?—
Y ella ¿qué gusto embaraza?
¿qué voluntad fregoniza?—
Y él ¿en qué caballeriza
ejercita la almohaza?—
Y ella ¿á quién vende novillos?—
Y él ¿cuánto há que es moscatel?»
Porque eso de ¿y ella? ¿y él?
dan al gracejo estrivillos.
Mas pues lacayo soltero
soy, y no hay con quien parlar,
iréme á cochiquizar
un rato con el cochero. (*Vase.*)

ESCENA V.

SIRENA *y* DIANA. CESAR, *siguiéndolas.*

SIRENA.

Estas riberas frecuento
con notable inclinacion.

DIANA.

Animan la suspension
de tu altivo pensamiento
sus márgenes siempre amantes,
que contra estivos rigores,
humildes ya en niñas flores,
locas ya en plantas gigantes,
tejiendo lazos estrechos,
criaturas de él parecen,
que aves cantan, vientos mecen,
y él alimenta á sus pechos.

SIRENA.

Poéticas descripciones
autorizas.

DIANA.

Entretienen
mientras oscuras no vienen
á deshermanar razones.

Mas advierte que hemos sido
asaltadas.

SIRENA.

¿Cómo ansí?

DIANA.

Cesar, tu amante, está aquí.

SIRENA.

La primer vez que ha venido
desacompañado, es esta.
¿Cesar sin Carlos? ¡Estraña
novedad!

DIANA.

No se acompaña
amor; que no manifiesta
sus secretos: soledades
busca toda suspension.

SIRENA.

Dí leyes de mi aficion,
que malogran amistades.

CESAR.

(*Llegándose á las damas.*)
Viendo yo la compostura
de este sitio, prenda mia,
las nuevas flores que cria
su aventajada hermosura,
luego dije á mi ventura:
«¿tan alegre esta ribera?
¿tan florida y lisonjera?
notable ocasion tendrá;
que quien tan compuesta está,
visita ó huésped espera.»
No salió mi consecuencia
mentirosa; si bien veo
que no es cortés este aseo,
sino loca competencia.
El campo en vuestra presencia,
con arrogante osadía
parece que os desafia,
y en plaza de armas de flores,
esperanzas y temores
le dan miedo y osadía.
Competencia es desigual;

envidias de perlas llora;
rindióse, ya es vencedora
la marquesa del Final.
Los pies os besa en señal
de que humilde os obedece;
ya le pisais, ya florece
de nuevo: dichoso ha sido
quien pisado y oprimido,
risa aumenta, y flores crece.

SIRENA.

Ni el rio, César, ni el prado
enseñaros á hablar pudo;
que uno y otro obrando mudo,
cuerdo obliga, y causa agrado.
Hasta el rio es tan callado,
que con reinar su corriente
desde su ocaso á su oriente,
palabras aborreció
tanto, que se llama el *Pó*,
con dos letras solamente.
Vos, al contrario, perdiendo
suertes que estoy recelando,
llevais mal amar callando,
y obligar obedeciendo.
Perficionaros pretendo,
Cesar, porque en mi aficion
no tendrá jurisdiccion
(esta altivez perdonad)
ni parlera voluntad,
ni ocupada inclinacion.

CESAR.

¿Pues quién, si no lo fingís,
ocupando el alma mia
os usurpa monarquía
que sola en ella adquirís?

SIRENA.

Pensamientos divertís,
que yo quisiera ocupados,
y menos comunicados
con quien, no sé si indiscreto,
desacredita el secreto
que abona vuestros cuidados.

Este Carlos ha de echaros,
Cesar, á perder sin duda.

CESAR.

Con él mi voluntad muda,
no se ha atrevido á agraviaros;
obedeceros y amaros
son el arancel que sigo
tanto, que con ser mi amigo,
y una alma sola los dos,
porque me lo mandais vos,
le agravio y le desobligo.
Ni yo le he comunicado
desvelos de mi ventura,
ni él, aunque los conjetura,
saberlos ha procurado.

SIRENA.

Andais vos muy alentado,
Cesar, para no tener
amigo con quien hacer
plaza de favorecido;
que suele, si está oprimido
un secreto, enflaquecer.
Vos solo en mi voluntad
sois absoluto señor;
si es correspondencia amor,
pagadme con igualdad;
no ha de ocupar su amistad
alma que se llame mia,
por mas que en ella porfia
vivir quien me la usurpó;
que soy muy gran huésped yo
para estăr en compañía.
Carlos, sea ó no leal,
me cansa, y no será bien,
Cesar, que querais vos bien
á quien me parece mal;
dejarle será señal
de que á mi amor os obligo.

CESAR.

Mirad, señora....

SIRENA.

Esto os digo:

leyes de mi gusto son:
Cesar, en resolucion,
ó con Carlos, ó conmigo. (*Vase.*)

ESCENA VI.

CESAR. DIANA.

CESAR.

Esperad, oid; tenelda,
Diana hermosa, obligalda
á que me escuche; llamalda,
reducilda, disponelda....

DIANA.

Si la amais, obedecelda,
Cesar; que probar ordena
á costa de vuestra pena
la fe de vuestra aficion.

CESAR.

¿ Pues eso....?

DIANA.

En resolucion,
con Carlos, ó con Sirena. (*Vase.*)

ESCENA VII.

CESAR.

Esto estriba ya en porfia
mas que en finezas de amor;
no hay belleza sin rigor,
ni altivez sin tiranía.
¡Estos espíritus cria
la hermosura idolatrada!
¡Ah presuncion encantada
en muger desvanecida,
arrogante, si querida,
terrible, si despreciada!

¿Que deje yo la amistad
de Carlos? ¿Que agravie yo
á quien debo tanto? El Pó,
padre de esta amenidad,
primero á la eternidad
casi de su curso frio
con mudable desvarío
ofenderá, y imprudente
nacerá mendiga fuente,
donde muere inmenso rio,
que con culpables mudanzas
ofenda la inclinacion
que aumenta mi obligacion,
y alienta mis esperanzas.
Ponga el tiempo en dos balanzas
mi amistad, mi ardiente pena;
que si á olvidar me condena
la una, fuerza ha de ser,
Carlos, por no te perder,
dejar de amar á Sirena.
Adórola; mucho digo:
¡oh ciegas contrariedades!
hallar podré otras beldades;
pero no otro igual amigo.
Si le dejo, me castigo;
piérdome, si no le dejo,
y en dos caminos perplejo,
hallo ¡estraña confusion!
mi desdicha en la eleccion,
y mi daño en el consejo.

ESCENA VIII.

—

CARLOS, *muy contento.*—CESAR.

CARLOS.

¿Cómo podré yo esplicarte
mi gozo, amigo....? No digo
bien; que el señor no es amigo;
y viniendo á gratularte

duque de Milan, no es cuerdo
el título que te doy.
Tu vasallo, duque, soy,
cuando el ser tu amigo pierdo.
Murió tu sobrino, ya
duque de Milan te aclama
festiva á voces la fama,
y de suerte alegre está
la nobleza y pueblo junto,
que agradeciendo á la muerte
su dicha, olvida por verte
las obsequias del difunto.
En tu busca la nobleza
sale, y toda la ciudad;
trueque por la magestad
el título vuestra alteza,
y déme, para besarlos,
los pies.

CESAR.

Cuando estilo mudas,
me ofendes, por ver que dudas
de lo que te estimo, Carlos.
El parabien que me das,
dátele tambien á ti;
para tí soy lo que fuí,
duque para los demas.
La fortuna no enagena
amigas jurisdicciones;
el norte de mis pasiones,
como sabes, es Sirena;
y puesto que pende de ella
toda mi felicidad,
por no perder tu amistad,
á riesgo estoy de perdella.
No me mudo yo, aunque herede;
Cesar para tí he de ser;
que Milan no ha de poder
lo que Sirena no puede.

CARLOS.

Pues ¿qué hay en eso?

CESAR.

Despacio

sabrás las contradiciones
de mis confusas pasiones.
Vamos agora á palacio,
y mientras conmigo estás,
Carlos, á solas, no mudes
estilo, ni de mí dudes;
que si apetezco ser mas,
es para que mas poseas.

CARLOS.

Eres Cesar, y de modo
lo vengas á ser del todo,
que Cesar Augusto seas. (*Vanse.*)

ESCENA IX.

SIRENA. DIANA.

SIRENA.

¿Duque Cesar?

DIANA.

Premia el cielo
partes dignas de reinar;
creció á sus plumas el vuelo
tu amor; ya te puedo dar
plácemes.

SIRENA.

¿De qué?

DIANA.

El desvelo
con que Cesar te ha servido,
aumentará en tu favor
deseos contra el olvido;
que en el noble crece amor
con el estado.

SIRENA.

He nacido,
Diana, tan sobre mí,
que si le favorecí
hasta este punto, no sé
desde agora lo que haré.

DIANA.

¿Qué dices? ¿estás en tí?

SIRENA.

Estoylo, y tanto, que crece
mi olvido con la razon.
Crêrás que me desvanece
la ducal ostentacion
que esa esperanza me ofrece;
mas puesto que él lo merezca,
yo solo intento querer,
aunque soberbia parezca,
amante que engrandecer,
no duque que me engrandezca.
Llegará á mí presumido,
cuando no desvanecido,
Cesar á hablarme, y crêrá
que sus dichas pisan ya
celos, desdenes y olvido.
¡Qué grave que entrará á verme!
¿Mas que hace, para obligarme,
magestad el pretenderme,
favor el solicitarme,
y pasatiempo el quererme?

DIANA.

¡Ay prima! déjate de eso;
que pones en opinion
tu cordura.

SIRENA.

Todo esceso
altera la discrecion,
Diana, y oprime el seso.
Hombre que duda dejar
por mí un amigo, y causar
pudo en mi amor sentimiento,
¿no ha de obligar mi escarmiento?
¿no me ha de desestimar,
duque ya y entronizado,
de monarcas pretendido
por yerno, solicitado
de reyes, y persuadido
á deidades de su estado?

DIANA.

¿Luego no le quieres bien?

SIRENA.

Infinito.

DIANA.

¿Pues qué intentas?

SIRENA.

Que celos causa le den
de amarme mas.

DIANA.

De esas cuentas
no sé si has de salir bien.

SIRENA.

Esta alta razon de estado
mis quimeras han hallado,
que ha de ser en mi favor:
con celos se aumenta amor;
sin ellos es descuidado.
Cesar duque de Milan,
de lisonjas aplaudido,
si desvelos no le dan
recuerdos, prima, en su olvido
mis deseos penarán.
A mas dificil empresa,
mas ardides, mas soldados.

DIANA.

¿Y si te deja?

SIRENA.

Marquesa
me quedo, alivio cuidados,
y esperanzas de duquesa.

DIANA.

Terrible, Sirena, estás.
Pero ¿con quién le darás
celos, rabiosos venenos?

SIRENA.

Con hombre que valga menos,
para que lo sienta mas.
Marco Antonio, aquese necio,
para esto me ha parecido
bien, aunque de poco precio.

DIANA.

Celos engendran olvido,
si paran en menosprecio.

SIRENA.

Yo he de probar los quilates
de los celos.

DIANA.

Grande error
es que probar hombres trates;
porque pruebas en amor
suelen llorar disparates.

ESCENA X.

—

MARCO ANTONIO.—DICHAS.

MARCO.

Por no ver los regocijos
que á Cesar previene el pueblo,
á ese Cesar venturoso,
(perdóneme si le afrento,
cuando este nombre le aplico;
que yo no sin causa pienso
que necedad y ventura
en este siglo es lo mesmo)
salí á divertir envidias
á esta soledad, creyendo
crecer en ellas pesares;
porque los mismos efetos
causan la música y campos,
si es verdad que son aumentos
de tristezas en el triste,
de gustos en el contento.
Mas piádosa la fortuna
dió á mis pesares consuelo,
cuando menos le esperaba,
con vuestro dichoso encuentro;
pues del modo que se olvidan
naufragios tomando el puerto,
heridas con la vitoria,

y trabajos con el premio,
mis envidias se olvidaron,
hermosa marquesa, viendo
en vos cifrado mi alivio;
pues no hay penas donde hay cielos.

SIRENA.

Enfermos de un mal los dos,
Marco Antonio, nos podremos
consolar el uno al otro,
si consuela el mal ageno.
Yo tambien á estas riberas
contaba los desaciertos
en que la fortuna loca
constituye su gobierno.
Cortó en agraz el abril
del mas ilustre mancebo
que vió Milan en su silla,
que dió esperanzas al tiempo;
dejó en su lugar á Cesar,
si antes de heredar soberbio,
juzgad vos qué tal será
ya señor, ya no heredero.
No hay eleccion en los hados;
desde sus principios fueron
naturaleza y fortuna
opuestas en sus efetos.
¿Cuánto érades vos mas digno,
noble, gallardo, discreto,
cortés, liberal, afable,
que un hombre en todo diverso?

MARCO.

Ya que esa merced me haceis,
y adorándoos, no hay secreto
que ose el alma reservaros;
yo, mi Sirena, os prometo
que llegándome á mirar,
no há mucho, al líquido espejo
de ese cristal fugitivo,
dije (sus flores lo oyeron):
"si méritos y no dichas,
entronizaran sujetos,
sin escepcion de personas,

¿quién me negara el imperio?
En los dotes naturales,
¿qué me falta? ¿qué no tengo?
Sangre ilustre, deudos claros,
alma noble, gentil cuerpo,
generosa inclinacion,
alentados pensamientos,
en la adversidad constantes,
en la prosperidad cuerdos;
infatigable al trabajo,
festivo y galan en juegos,
para el amigo apacible,
para el contrario severo;
estudioso, cortesano,
y sobre todo, ¿dirélo?
de la marquesa bien visto,
con que á mi dicha eche el sello."

DIANA.

(*Aparte.* Tal te dé Dios la salud.
¿Hay presumido mas necio?
Buen competidor escojo
para darle al duque celos.)
No desmereceis conmigo
por alabaros, si es cierto
que quien á sí no se estima,
causa en otros menosprecio.
Mas con eso me obligais;
que el propio conocimiento
incita á heróicas acciones,
y mas siendo como el vuestro.
Creed, señor Marco Antonio,
que pudo en mí el conoceros
tal vez tanto, que ha formado
quejas contra vos mi sueño.
Contemporizad prudente
de la fortuna sucesos,
ciegos como quien los guia:
Cesar es duque, en efeto;
conformaos con sus vasallos;
id galan, dalde compuesto
parabienes pesarosos,
aplaudilde lisonjero;

que yo, por contrapesar
vuestros justos sentimientos,
añadiré á vuestras galas
favores, agora, honestos.
Esta banda de diamantes
tuvo á un príncipe por dueño,
que por vos pongo en olvido,
mejorada ya de empleo.
(*Dásela.*)
Honralda, y despues....

ESCENA XI.

GASCON.—DICHOS.

GASCON.

(*Viendo por las espaldas á Marco Antonio, y creyéndole su amo.*)

Señor,
ricos, pobres, mozos, viejos,
damas, dueñas, calles, plazas,
fiestas, danzas.... ¿Cómo es esto?
(*Vuélvese Marco Antonio, y conócele Gascon.*)
Vuecelencia me perdone;
(*A Sirena.*)
que como no há muchos credos
que dejé á mi dueño aquí,
pensé (es mi oficio dar piensos)
que con vos se entretenia.

MARCO.

A ser vos no tan grosero,
pudiérades conocer
quien soy yo.

GASCON.

Teneis los lejos
ducales, y no estoy ducho
en examinar reversos
humanos, porque chamuscan
á quien camina zaguero.
No soy derrama-placeres;

perdonadme; que ya os dejo:
paréntesis fui lacayo;
ni añado, ni quito al testo.

SIRENA.

Esperad. ¿A quién servís?

GASCON.

Serví hasta aquí á un caballero
con no mas que dos caballos;
mas ya se llama duqueso.

SIRENA.

¿Criado del duque sois?

GASCON.

Criado, si no á sus pechos,
á los de real y cuartillo,
que me hacen su racionero.

SIRENA.

Pues no os vais; que tengo mucho
que preguntaros. Al cuello,
Marco Antonio, este favor
lucid.

MARCO.

Añadid á premios
de oro, prendas de cristal;
sellad labios, que soberbios
se alabarán presumidos,
si los permitís abiertos.

(*Bésale una mano.*)

DIANA, *aparte.*

¿Hay locuras semejantes?

GASCON, *aparte.*

¡Zape! sal quiere este huevo:
si es amor, por Dios que escoge
mal Adonis nuestra Venus.

SIRENA.

Dad, Marco Antonio, por mí
un recado al duque nuevo,
corto y tibio; que á esto obligan
enfadosos cumplimientos.

GASCON, *aparte.*

¡Cumplimientos con enfado
á un duque, señor supremo
de Milan! Opilaciones

son de amor; saco el acero
que deshinche presumidas.

SIRENA.

Correspondedme discreto,
y advertid que os quiero mucho.

GASCON, *aparte.*

¡Oh qué tonto *mucho os quiero*!

SIRENA.

Hola: el coche. Venid vos
(*A Gascon.*)
conmigo.

DIANA.

(*Hablando aparte con Sirena.*)
Prima, ¿qué has hecho?

SIRENA.

Estratagemas amantes,
Diana: yo he dado en esto;
veamos en lo que para.
(*Vanse las damas y Marco Antonio.*)

GASCON, *aparte.*

Un mucho voy satisfecho
que la he parecido bien;
hèmbra es en fin, yo soy hembro.
Quien á tal hombre hace cara,
en la opinion majadero,
si ha de escoger lo peor,
escogeráme; apostemos.



ACTO SEGÚNDO.

Salon de palacio en Milan.

ESCENA I.

CESAR. CARLOS, *de luto mediano.* UN CORTESANO. ACOMPAÑAMIENTO.

CESAR.

Yo estoy reconocido
á la lealtad y amor con que ha venido
la ciudad á ofrecerme
la corona ducal, y á entretenerme
en las ostentaciones
festivas, que en aquestas ocasiones
á mis antepasados
dejaron aplaudidos y obligados.
Obsequias funerales,
sentimientos de amor piden iguales;
que con honras funestas
no dicen, caballeros, bien las fiestas.
Cumpla el culto divino
en primero lugar con mi sobrino,
y despues darán muestras
con regocijos las lealtades vuestras;
que juzgo por azares
eslabonar placeres con pesares.

UN CORTESANO.

Alabe en vuestra alteza
Milan la discrecion con la grandeza;
y llámese dichoso
señor que es heredero generoso,
no solo de este estado,
de las almas tambien que en tanto grado
rinden agradecidas

á dominio de amor, feudo de vidas.
(*Vanse él y el acompañamiento.*)

ESCENA II.

CESAR. CARLOS.

CESAR.
Cúbrete, Carlos, agora.
CARLOS.
¿Yo, señor?
CESAR.
En la igualdad,
dijiste, que la amistad
consistia: no lo ignora
quien si en público pudiera
hacer que te respetaran
todos, y á mí te igualaran,
mi mismo poder te diera.
Cuando estás solo conmigo,
indistinto de mí te hallo;
sé en público mi vasallo;
pero en secreto mi amigo.
Cúbrete.
CARLOS.
Servirte gusto.
CESAR.
No digas servir aquí.
CARLOS.
Cumplo tu gusto.
CESAR.
Eso sí;
no sirve, si no hace el gusto
de su amigo, quien merece
tal nombre. Duque soy ya;
gozoso Milan me da
su corona, y me obedece;
no me has de juzgar ingrato.
Tambien tú has de ser marques
de Monferrato.

CARLOS.

Los pies
te beso; mas Monferrato
ya es pequeño para mí;
pues si con nombre de amigo
soy una cosa contigo,
distinguiéndome de tí
de ese modo, no podrán
darme título de cuerdo
los que ven que marques, pierdo
el ducado de Milan.

CESAR.

Bien arguyes; serás, pues,
por ese mismo respeto,
duque conmigo en secreto,
pero en público, marques.
¿Cómo te va con tu dama?

CARLOS.

Mas á mi gusto se inclina,
á mis ruegos.

CESAR.

Si adivina
amor, profética llama,
Carlos, que eres ya marques
de Monferrato, no dudo
que lo que tu amor no pudo,
pueda en ella el interes.
¡Ojalá hiciera la mia
otro tanto! Esta mudanza
crece en mi desconfianza
amor, ciega tiranía.
No me puedo persuadir
que muger que me desdeña
por ocasion tan pequeña,
como es el verme asistir
á tu amistad, tenga amor.

CARLOS.

Si hasta agora, no heredado,
dueño suyo te ha llamado,
siendo de Milan señor,
¿quién duda que este respeto
grados á su amor añada?

CESAR.

Quien cual yo se persüada
que es la muger un sugeto
tan leve y sin fundamentos,
que en su varia confusion
reinan, ciega la razon,
efímeros pensamientos;
jardin de diversas flores,
que con inconstancia vana
nacen hoy, mueren mañana.
De esta suerte sus favores
logra cualquier voluntad
que en muger los vinculó;
y por esto se llamó
hermosa la variedad.

ESCENA III.

GASCON.—DICHOS.

GASCON.

Aunque los que ejercitamos
ministerios inferiores,
ni hablamos con los señores,
ni retretes profanamos,
el uso, escepcion de leyes,
que en las comedias admite,
porque el vulgo lo permite,
hablar lacayos con reyes,
esta vez (que por ser una,
se me puede tolerar)
subo, gran señor, á dar
plácemes á tu fortuna.

CESAR.

Admítolos: yo os haré
mercedes; andad con Dios.

GASCON.

¿*Os haré*? ¿y *andad*? ¿Ya es *vos*
lo que *tú* hasta agora fue?

Pues vive Dios que hubo dia,
aunque des en vosearme,
que de puro tutearme,
me convertí en atutia.

CESAR.

Gascon, tu estancia es abajo.
Vete, y despeja.

GASCON.

Eso sí,
tú por tú; *vete de aquí*,
y no, *andad*, con tono bajo;
que esto de *vos* me da pena.
Voyme; pero si te agrada,
daréte yo una embajada
de la marquesa Sirena.

CESAR.

¿De quién?

GASCON.

No sé yo si amor,
si desden, si celibato,
me dió el cargo en breve rato
de lacayo embajador.
Dejéte con ella hablando
á los ribetes del rio,
y cumpliendo un desafio
del cochero, estaba dando
un rentoy, cuando escuché
entre música festiva,
decir: ¡*Cesar duque viva*!
Alegre el naipe solté,
y viendo que en busca tuya
se despoblaba Milan,
salto como un gavilan;
y luego, todo aleluya,
creyendo hallarte con ella,
(conocíla por las faldas)
ví á un hombre por las espaldas.
El placer ¿qué no atropella?
Los ojos me encantusó;
que era mi duque entendí;
las albricias le pedí;
pero al punto que volvió

la cabeza, en testimonio
de lo que es una muger,
llegué á ver ¡y qué mal ver!
tan privado á Marco Antonio,
que con el favor ufano
que la señora le dió,
con los labios la ensució
las espaldas de una mano.

CESAR.

¡En la mano de Sirena
labios Marco Antonio!

GASCON.

Sí.
Perdon cortés le pedí,
y él, en lo hinchado ballena,
si en los méritos mosquito,
me dijo: "sois un grosero."
Respondíle: "caballero,
yo aquí, ni pongo, ni quito;
nací á escuras, y he quedado
grosero de coyunturas;
que madre que pare á escuras,
¿cómo puede hilar delgado?"
Quise dejarlos; mas luego
que la marquesa advirtió
ser ministro tuyo yo,
me manda que aguarde; llego
á ver favores amantes,
y miro que la Sirena
le echó al cuello una cadena,
si no banda, de diamantes.

CESAR.

¿Qué dices, loco?

GASCON.

Una banda,
vive Dios, que ví á tu pecho
mil veces; y él satisfecho
de necio, oye que le manda
que viniendo á visitarte,
cuando en tu presencia esté,
muy corto y tibio te dé
un recaudo de su parte,

sin mas encarecimientos
ni muestras de regocijo;
"porque á aquesto obligan, dijo,
enfadosos cumplimientos."
Despidióse, y luego escucho
que dijo con tierno afeto:
"correspondedme discreto,
y advertid que os quiero mucho."
¡Porque vean lo que son
las mugeres, aunque sean
marquesas, y porque vean
la medra de su eleccion!
Partióse él favorecido,
y llamándome la dama,
me dijo: "á quien tibio ama,
pone mi agravio en olvido.
Marco Antonio es voluntad
todo, y á mi amor sujeto,
ni ocasiona su secreto,
ni me ofende su amistad."—
"¿Pues á mí, señora mia,
tócame eso?" la respondo.
"Nunca me meto en tan hondo:
gócele vueseñoría,
sin que se deshaga de él,
un siglo, pues le escogió
cuerdo ó necio; porque yo
no he de casarme con él."—
Replicóme: "aquesto os digo
para que á vuestro señor
digais que en casos de amor,
á quien tiene tal amigo
poco le desvelarán
venganzas de una muger,
y á mí menos el perder
la corona de Milan."
Picó con esto el cochero;
dejóme, y viniendo aqui,
lo pasado referí
relator y mensagero.
Y agora que del trabajo
presente me descargué,

los altos despejaré
por los paises de abajo. (*Vasc.*)

ESCENA IV.

CESAR. CARLOS.

CESAR.

¿Ves, Carlos, cómo ha salido
verdadero mi temor?
¿cómo no me tiene amor
Sirena, cómo ha fingido
achaques, y cómo es cierto
que es Marco Antonio el dichoso?
Pues dámele tú achacoso;
que yo te le daré muerto.

CARLOS.

Admiro en tal discrecion
tan desatinado empleo;
puesto que en la muger veo
la heredada imperfeccion
de nuestra madre primera,
que escogió, como muger,
lo que nos echó á perder.
La marquesa es su heredera,
y hala querido imitar;
pero anime tu venganza
el ser la muger mudanza,
y que al fin se ha de mudar
Sirena.

CESAR.

Y eso ¿es bastante?
Pudieras, Carlos, saber,
si es mudable la muger,
que solo el mal es constante;
y que con tales desvelos,
es ya mi pena mayor.
¡Qué mal nacido es amor,
pues que se aumenta con celos!
Enflaquece con regalos,

y con disfavores crece;
esclavo, aunque es Dios, parece,
pues hace virtud á palos.
¿Qué he de hacer?

CARLOS.

De mi consejo,
fingir rigores conmigo;
pues viéndote mi enemigo
y que tu privanza dejo,
si es ardid de su desden
el probarte contra mí,
podrá ser se ablande ansí,
y pague en quererte bien.

CESAR.

Carlos, no me des disgusto;
no es amor lo que es porfia,
ni se funda en tiranía
la ley süave del gusto.
Yo adoraré su hermosura
sin desdorar mi valor,
y aborreceré en su amor
el tema de su locura.

ESCENA V.

MARCO ANTONIO, *muy de gala con la cadena de Sirena.*— DICHOS.

MARCO.

Aunque mis gratulaciones
no sean de las primeras,
gran señor, y prevenciones
adelanten lisonjeras
festivas ponderaciones,
por mias se estimarán,
no obstante que lleguen tarde.
Mil años goce Milan
esta dicha.

CESAR.

Dios os guarde.

¿Cómo venís tan galan
á verme, cuando este estado,
por el dueño malogrado
que en tierna edad se le ha muerto,
de cuerdo luto cubierto,
sentimientos ha mostrado
dignos del postrer tributo
que deben los caballeros
á su señor absoluto?
Parabienes de herederos
son parabienes de luto.

MARCO.

Gran señor, inadvertencia
de amante favorecido
culpó mi poca esperiencia.
Quiero bien; precepto ha sido
entrar ansí en tu presencia,
de una dama.

CESAR.

En los amantes
no son disculpas bastantes
las que en tales ocasiones
deslucen obligaciones.

MARCO.

Esta banda de diamantes
me echó al cuello, y me mandó
que con ella á vuestra alteza
visitase.

CESAR.

Bien sé yo
que aborreciendo firmeza,
de diamantes os la dió.
(*Aparte á Carlos.*)
¡Ay Carlos! que estoy perdido,
á no vengarme obligado,
por ser duque, y en su olvido
á morir disimulado,
y á no quejarme ofendido.
(*A Marco Antonio.*)
Amante sois puntüal;
no me ha parecido mal
que ansí cumplais vuestro amor.

MARCO.

Háceme mucho favor
la marquesa del Final.

CESAR.

¿Que en vos logra su cuidado
la marquesa? ¿Y llevará
bien el que la hayais nombrado?

MARCO.

¿Pues no, señor? Claro está
qũe trayéndoos un recado
de su parte, me consiente
alardes de su hermosura.
Dice que por el presente
estado, os dé la ventura
laureles, que en vuestra frente
multipliquen en Milan
cuantas coronas estan
por el mundo repartidas,
porque las goceis unidas
con el imperio aleman.

CESAR.

Decilde vos á Sirena
que de su cuerda eleccion
la doy yo la enhorabuena;
que escogió á satisfaccion
de todos; que quien ordena
de sus afectos tan bien,
no nos deja que cuidar;
que admito su parabien;
y que os pudiera envidiar
quereros tal beldad bien,
si el cargo de estos estados
dejara desocupados
pensamientos inferiores,
que ya en materia de amores
se retiran jubilados;
y que he de ser yo el padrino,
desposándose con vos.
¡Ay, Carlos, qué desatino!
(*A él aparte.*)

MARCO.

Guarde á vuestra alteza, Dios;

que puesto que soy indîno
de tal merced, le prometo
reconocella leal,
y desde agora la aceto.

CESAR.

Si sois marques del Final,
tendrá un señor muy discreto.
(*Vase Marco Antonio.*)

ESCENA VI.

CARLOS.—CESAR.

CARLOS.

Ya de tu desasosiego
la cura eficaz hallé;
que mas alcanza quien ve,
que el que se ocupa en el juego.
Ni Sirena te aborrece,
ni mi amistad la da enojos,
ni en Marco Antonio los ojos
pone, ni le favorece.
Por tenerte inclinacion,
con ardides te conquista
su amor; sé buen estadista,
y lograrás tu aficion.
Muger que estima el secreto
de su amor de suerte en tí,
que le recela de mí,
si no te quiere, ¿á qué efeto
mandarle publicar pudo
á este necio opositor?
¡En él pregonero amor,
y en tí solamente mudo!
Sin mas causa, no lo creas.
Obligarle á visitarte
con recandos de su parte,
para que en su cuello veas
prendas de quien dueño fuiste;
permitir su desenfado

delante de tu criado
las cosas que agora oiste,
no está fundado en desden,
si reparan tus desvelos
en que ninguno da celos
á lo que no quiere bien.

CESAR.

Pues ¿en qué puede estribar
que se deleite Sirena,
Carlos, en darme á mí pena?

CARLOS.

Descuida el asegurar,
y aviva mucho el temer:
vete Sirena ensalzado,
por duque reverenciado,
y casi real tu poder;
dificulta su esperanza
al paso que vas creciendo,
y amor por celos subiendo,
lo mas remontado alcanza.
A mas subir, mas escalas
para alcanzarte procura,
porque á tan sublime altura,
mal volará amor sin alas.
En esta razon de estado
funda todo su rigor.

CESAR.

De su filósofo amor
pienso que la causa has dado,
y sírveme de consuelo
el imaginar que ansí
no se desdeña de mí
quien viviendo con recelo
de que me puede perder,
celos pone de por medio.
Confiésote que es remedio
de tan eficaz poder,
que igualmente crece en mí,
Carlos, mi amor con mi agravio.

CARLOS.

Pues aprovéchate sabio
de sus armas.

CESAR.

¿Cómo ansí?

CARLOS.

Finge amar en otra parte;
que celos en competencia,
donde hay menos resistencia,
vencedor han de sacarte.
Sirena es muger; no puede
siéndolo, disimular
su menosprecio y pesar;
fuerza es que vencida quede.
Amante que fue querido,
y ruega menospreciado,
muestras da de afeminado,
cuando se humilla ofendido;
y no has de ser tú tan necio,
que ruegos en tal sazon
animen su presuncion,
y engendren su menosprecio.

CESAR.

¡Qué esperimentado estás
en amorosos desvelos!

CARLOS.

Batallen celos con celos;
veremos quien puede mas.

CESAR.

Alto; yo he de obedecerte.
Mas ¿á quién elegiré
para eso?

CARLOS.

Yo te daré
dama para merecerte,
digna de humillar el seso
mas libre, cuya presencia
á Sirena en competencia
desvele.

CESAR.

No digas eso;
que en Sirena aventuró
la hermosura su caudal.

CARLOS.

¿No merece ser igual

la que en Valencia del Pó
es condesa? ¿No es Narcisa
hermosa competidora
del sol, de quien es aurora?

CESAR.

Carlos, es cosa de risa
compararla con Sirena.
Alabo su perfeccion,
celebro su discrecion,
y sé que Narcisa es buena
para que en ausencia suya
encarezcas su favor;
mas no para que en mi amor
por Sirena sustituya.

CARLOS.

No disputemos en eso;
solo intento que con ella
pruebes en tu dama bella
si celos quitan el seso.
Prima es de Vitoria.

CESAR.

Ordena
á tu voluntad la mia;
que si de la tiranía
triunfo por tí de Sirena,
y tus trazas me aseguran
de su severo rigor,
sabré que en males de amor,
Celos con celos se curan.

Sala en casa de Narcisa.

ESCENA VII.

NARCISA. ALEJANDRO.

NARCISA.

No has de salir al torneo,
si deseas darme gusto.

ALEJANDRO.

En él, Narcisa, me empleo;
mas mi palabra, no es justo
que por cumplir tu deseo,
se quiebre.

NARCISA.

¿Por qué has de dar
palabra tú, sin tener
mi licencia?

ALEJANDRO.

No has de usar
de tu amoroso poder
tanto, que no des lugar
á que cumpla mi valor
con la obligacion mayor
que como vasallo debo
en Milan al duque nuevo.
Sus límites tiene amor;
en materia de quererte,
de agradarte, de servirte,
mi gloria es obedecerte,
mi regalo divertirte,
y mi tormento ofenderte;
pero en lo demas, ya ves
que soy libre.

NARCISA.

No se ofende
de esto quien firme amante es;

que amor á todo se estiende;
y aunque en esta tema des,
dudo, por lo que te quiero,
desgracias, que en tales fiestas
un accidente ligero
las vuelve tal vez funestas;
y vistiéndose de acero,
no sé yo quien las ha dado
ese nombre mal fundado;
que fiestas, si de ellas gustas,
en vez de telas de justas,
visten telas de brocado.
¿Ves como tiene el amor
derecho para mandarte
que no salgas?

ALEJANDRO.

Tu temor
puede, mi bien, disculparte.
Yo he de ser mantenedor;
colores me puedes dar
con que animes mi esperanza.

NARCISA.

¿Mas que por este pesar
has de obligar mi venganza?

ALEJANDRO.

Ea, deja de amenazar;
que cuanto mas propusieres
olvidarme, mas me quieres.

NARCISA.

Dame penas confiado;
sabrá tal vez tu cuidado
lo que es agraviar mugeres.

ESCENA VIII.

CARLOS.—DICHOS.

CARLOS.

En fe de lo que os estima
mi reconocido amor,

que ya por vuestro favor
alcanza el de vuestra prima,
Narcisa hermosa, no tengo
por contento el que hoy recibo,
si del parabien me privo
que á recibir de vos vengo.
Cesar duque de este estado,
y tan amigos los dos,
¿quién duda que me deis vos
plácemes de su privado?

NARCISA.

Deseaba, Carlos, yo
de manera vuestro aumento,
que al instante mi contento
las albricias me pidió,
que ya dobladas serán;
pues si no hay cosa partida
en amistad tan unida,
siendo duque de Milan,
y gratulándoos á vos,
parabienes desobligo;
pues dándolos á su amigo,
en uno cumplo con dos.
El cielo en Cesar aumente
estados que vos goceis.

CARLOS.

Como licencia me deis,
para cierto caso urgente
á parte os quisiera hablar,
si Alejandro lo permite.

NARCISA.

Alejandro siempre admite
lo que yo suelo estimar.

ALEJANDRO.

Y mas siendo vos á quien
tanto yo servir deseo.

CARLOS.

Siempre, señora, me empleo
en lo que ha de estaros bien.

ALEJANDRO, *aparte.*

¿Que le está bien á Narcisa,
y que no lo sepa yo?

Sospechas, mal sosegó
amor que al recelo avisa.
Vive Dios, que voy dudoso.
¡O mar de amór, leve esfera!
¡qué poca ocasion altera
las olas de tu reposo! (*Vase.*)

ESCENA IX.

NARCISA. CARLOS.

CARLOS.

Condesa, esta universal
deidad que todo lo abrasa,
ha traido á vuestra casa
al nuevo duque; su mal
solo en vuestra discrecion
espera remedio.

NARCISA.

¿En mí?
Carlos, jamas preferí
el oro á la inclinacion:
yo se la tengo á quien puede
quejarse de vos.

CARLOS.

Señora,
no os altereis hasta agora;
que sin que Alejandro quede
de su amor desposeido,
ni vos el nombre temais
que constante eternizais,
lo que por el duque os pido,
es tan sin riesgo del daño
que prevenida temeis,
como de él mismo sabreis,
que entra á veros.

NARCISA.

Si es engaño,
Carlos, perdereis conmigo
mucho crédito los dos.

CARLOS.

Ni es contra él ni contra vos,
y es todo en bien de mi amigo.

ESCENA X.

CESAR, *galan, como de noche.*—DICHOS.

CESAR.

Privilegios de la noche
divierten, Narcisa bella,
enfados y gravedades,
que cuanto autorizan, pesan.
Partieron jurisdicciones
el dia y la noche quieta;
aquel negocios librando,
y entretenimientos esta.
Tanto de estos necesito,
que habeis de darme licencia
para que en vuestra hermosura
hallen puerto mis molestias.

NARCISA.

Como yo sea tan dichosa,
que en esta casa entretenga,
sin agravio de mi fama,
sus pesares vuestra alteza,
podré con ese favor
dar envidia á la soberbia,
calidad á quien la habita,
y alabanza á su llaneza.
A lo menos yo, entretanto
que tal merced gozo en ella,
quisiera, como de duque,
darle de rey norabuenas.

CESAR.

Todo lo que yo valiere,
como vos gusteis, condesa,
á vuestra disposicion
tendrá ventura mas cierta.
¡Ay Narcisa! ¡y qué engolfado

en agravios, en sospechas,
en desprecios y en venganzas,
vengo á que me saqueis de ellas!

NARCISA.

¿Yo, gran señor?

CESAR.

Sola vos
habeis de ser contrayerba
del veneno que me abrasa,
del fuego que me atormenta.
Esa discrecion hermosa,
esa hermosura discreta,
castigo tiene de ser
de presunciones protervas.
Si vos no, ¿quién puede darme
vitoria en tan árdua guerra,
vida en tan mortal peligro,
gloria en tan ingratas penas?

NARCISA.

Haced, suplícoos, señor,
generosa resistencia
á ímpetus desiguales,
si es bien que el valor los venza.
Vos sois mi señor, mi duque,
yo humilde vasalla vuestra,
ciego amor, vidrio la fama:
¡triste de mí si se quiebra!

CESAR

No acertais, Narcisa hermosa,
mi mal; de causa diversa
proceden los desatinos
que mi paz desasosiegan.
Estad segura de quien
(si como me llamo Cesar,
y soy duque de Milan,
de los dos polos lo fuera)
ni descortés á hermosuras,
ni pretendiente por fuerza,
ni cansado aborrecido,
ni ingrato á correspondencias,
diera á agravios ocasiones,
motivo á plumas y lenguas,

deslucimiento á mi sangre,
ni á mis oprobios materia.
Otra hermosura me abrasa,
y solo estriba en la vuestra
el remedio de mi vida.

NARCISA.

Declárese vuestra alteza.

CESAR.

La marquesa del Final,
por recíproca influencia
del cielo, por su hermosura,
(por mis desdichas dijera,
si no agraviara elecciones,
que aunque desdenes padezcan,
empleos dichosos logran
por lo altivo que contemplan)
Sirena, en fin, (que en las sirtes
de amor, á los que navegan,
para anegar voluntades
fue en nombre y obras Sirena)
correspondiente al principio
á pretensiones honestas,
agradecida á secretos,
y amorosa á diligencias,
de tal suerte entró agradable
en el alma que gobierna,
lisongeando esperanzas,
y cautivando potencias,
que adorando esclavitudes,
la aclamaron por su reina
deseos, vulgo de amor,
que ignorantes se sujetan.
Tirano fue cauteloso,
que haciendo mercedes entra,
destruyendo vidas sale;
mas, ¡ay cielos! si saliera
del pecho, ¿qué me faltaba?
Leyes propuso severas;
ofendióse de amistades,
y menospreció firmezas.
Heredé en esto á Milan:
¿quién, mi Narcisa, creyera,

que aumentos de estados y honras
favores disminuyeran?
Crecí en dignidad, creció
en desdenes y en ofensas;
no siendo duque, me amaba,
ya duque, me menosprecia.
A un mozo bárbaro admite,
tan pobre y falto de prendas,
cuanto rico de venturas;
este me hace competencia.
Marco Antonio es el querido,
el menospreciado Cesar;
mis dádivas le autorizan,
sus mudanzas me atormentan.
Facil pudiera vengarme,
á no envainar la prudencia
celos, armas prohibidas
en quien sin pasion gobierna.
Como me llama Milan
su señor, como respetan
ya lealtades, ya lisonjas,
por pisarla yo, la tierra,
júntanse mis menosprecios
á mis celosas sospechas,
y de lesa magestad
delitos mi amor procesa.
Carlos, que entrando á la parte
de mis prósperas y adversas
fortunas, juzga por propias
las que publican mis quejas,
remedios busca eficaces,
y discreto me aconseja
que castigando á mi ingrata,
use de sus armas mesmas.
Que la dé celos con vos
dispone, Narcisa bella;
milagrosa medicina,
si sale bien su receta.
Ya vos sabeis (perdonadme)
de cuan flaca resistencia
sois todas cuando ofendidas,
si cuando amadas, soberbias.

Mi salud estriba en vos;
sed mi dama en la apariencia,
ayudadme cautelosa,
dadme venganza discreta.
Como enfermo os pido vida,
como ofendido defensa,
como vuestro duque ayuda,
como muger competencias.
Castigad ingratitudes,
de quien vuestro sexo afrenta,
y coronen vuestras plantas
el laurel de mi cabeza.

NARCISA.

Puesto, gran señor, que es justo
que vuestros agravios sienta,
y la eleccion que en mí haceis,
reconocida agradezca,
será razon ponderar
qué tales las famas quedan
de mugeres pretendidas,
si los príncipes las dejan.
¿Paréceos, señor, á vos,
que quien amante de veras
rehusaba desigualdades,
las admitirá, si es cuerda,
agora dama de burlas,
á los peligros espuesta
de los jüicios ociosos?
Y sin el premio, ¿qué esperan
desaciertos á esta traza?
¡Mi amante vos en las muestras!
¡yo vuestro empleo en el nombre,
y en la posesion Sirena!
No, gran señor; tenga yo
mas dicha con vuestra alteza;
que debo de haber estado
con descréditos de necia.

CESAR.

No os pido yo en perjüicio
de vuestra opinion, condesa,
livianas publicidades
que os desdoren pregoneras.

Ni esto puede durar mucho;
que celos son impaciencias
que en breve, ó mueren, ó matan;
larga paz tras corta guerra...
Sospeche no mas mi dama
que ya vos lo sois; entienda
que amada favoreceis,
y correspondeis honesta;
que si celosa prosigue
en mi agravio y en su tema,
podrán sanar desengaños
lo que vislumbres enferman.
Si decís de no, matadme.

NARCISA.

Digo que estoy ya resuelta
á ser dama titular,
si en la propiedad tercera.
¿Qué tanto me dais de plazo
para que estas cosas tengan
fin? que temo dilaciones
por lo que peligro en ellas.

CESAR.

El plazo será tan corto,
que con dos veces que os vea
favorecerme apacible
quien me enloquece severa,
no seré mas importuno.

NARCISA.

Y si á la noticia llegan
de quien con lícito amor
me ha obligado, estas quimeras,
¿permitís (juramentado
que callará) darle cuenta
del papel que sostituyo?

CESAR.

¿Que amante teneis?

NARCISA.

Con deudas
de un siglo de voluntad
y dos años de asistencia.
Ya no os puedo negar nada;
que para que os encarezca

lo mucho que por vos hago,
es bien daros esta cuenta.
Mirad el riesgo que corro.

CESAR.

Con obligaciones nuevas
me empeñais. No sé si os diga
que lo siento, y que me pesa.
Y ¿quién es el venturoso?

NARCISA.

Pregunta escusada es esa;
porque en amores de burlas,
suelen celos causar veras.
No habeis de saber su nombre.

CESAR.

Ni yo gustaré que él sepa
secretos que desbaraten
el fin de esta estratagema;
porque si tiene noticia
por él mi ingrata Sirena
de que es fingido este amor,
cobrará su desden fuerzas,
y burlaráse de mí,
sin que hacer sus celos puedan
la restauracion debida
á mi posesion primera.

NARCISA.

Digo, señor, que he de daros
gusto en todo.

ESCENA XI.

—

ALEJANDRO.—DICHOS.

ALEJANDRO.

(*Aparte al salir, acechando.*)
No sosiega,
de temores combatido,
quien ama ni quien pleitea.
A Narcisa dijo Carlos,
quedando á solas con ella,

que en cosas que bien la estan
su solicitud se emplea.
¡Cosas que estan á Narcisa
bien, y importa no saberlas
yo, que la he rendido el alma!
¡Cielos! ¿qué cosas son estas?
(*Vélos por las espaldas.*)
¡Sola Narcisa con Carlos,
y ya con dos! ¡Y recelan
que sepa yo lo que tratan!
¡y me despiden! Sospechas,
adivinaldo vosotras.

CESAR.

Esta sortija fue prenda
de quien me la dió mudable,
porque aborrece firmezas.
(*Pónesela en la mano.*)
Mejórese en el cristal
de esta mano, pruebe en ella
si para toque de celos
hay quilates de paciencia.

ALEJANDRO.

(*Aparte.* ¡Vive el cielo, que la ha dado
la mano, en quien tuve puesta
la cifra de mi esperanza,
teatro ya de mi ofensa!
¿Sortijas, liviana, admites?
Si el interes tira piedras
que el poder en oro engasta,
no me espanto que te venza.
¿Quién será el usurpador
de mis glorias, que ya penas,
juntaron flores á espinas,
y inviernos á primaveras?)
(*Llégase á Narcisa, y vuelve la cabeza Cesar.*)
¡Ah Narcisa! en fin....

CESAR.

¿Qué es esto?

ALEJANDRO.

¡Señor! ¿aquí vuestra alteza?

CESAR.

¿Sois dueño vos de esta casa?

ALEJANDRO.

No, señor.

CESAR.

¿Pues qué licencias
á tan escusadas horas
os osan abrir las puertas?

ALEJANDRO.

Buscaba yo, gran señor....
(*Túrbase.*)
Digo que buscaba en ella....
y hallé ya lo que buscaba,
porque hallando á vuestra alteza.....

CESAR.

Sin querer, decís verdades.
Andad, esperad afuera,
si es que en mi busca venís.

ALEJANDRO, *aparte.*

Desdichas, salisteis ciertas.
¡Cesar, duque de Milan;
Carlos, que en el bien se emplea
de Narcisa interesable;
ausente yo, y muger ella....!
Ya pasais de desengaños,
imaginadas certezas;
ya, envidia, en el mar Amiclas
teme fortunas de Cesar. (*Vase.*)

ESCENA XII.

CESAR. NARCISA. CARLOS.

CESAR.

¿Que Alejandro es vuestro amante?

NARCISA.

El confesároslo es fuerza.
A dos años de esperanzas
correspondo.

CESAR.

Sois discreta;
mucho merece Alejandro.

NARCISA.

Y mucho es razon que sienta
quien le quiere como yo
los celos que de vos lleva,
y que no se me permita
asegurarle.

CESAR.

Si aumentan
el amor, antes doy causa
á que mas, celoso, os quiera.

ESCENA XIII.

—

ALEJANDRO.—DICHOS.

ALEJANDRO.

(*Aparte al salir.*)
Perdido estoy, estoy loco,
y para que mas me pierda,
á que renueve mis ansias
me manda mi amor que vuelva.

CESAR.

¿Entradas asegundais,
Alejandro?

ALEJANDRO.

La primera
se me olvidó, gran señor,
el daros la enhorabuena
del nuevo estado, que agora
(porque el descuido no ofenda
deudas de la cortesía)
vuelvo á daros.

CESAR.

Diligencias
disculpables: no sé yo
que para que se agradezcan
parabienes cortesanos,

se den en casas agenas.
Andad, dádmelos despues
en palacio.

ALEJANDRO, *aparte.*

Añadid penas
á penas, pesares mios,
para que me anegue entre ellas. (*Vase.*)

ESCENA XIV.

CESAR. NARCISA. CARLOS.

NARCISA.

¿Es posible, gran señor,
que no juzgueis por las vuestras
las ansias con que Alejandro
culpa mi amor y firmeza?
¡Con él solo, vos crüel!

CESAR.

Asegúroos que me pesa,
puesto que no os tengo amor,
que tanto Alejandro os quiera.

ESCENA XV.

ALEJANDRO.—DICHOS.

ALEJANDRO.

La marquesa del Final
sospecho que á veros entra.

CESAR.

¿Pues quién os ha dado á vos
el cargo de page ó dueña?

ALEJANDRO.

Apeábase del coche,
y para que la condesa
estuviese apercebida,
parecióme....

CESAR.

No os parezca
tan bien Narcisa, Alejandro.

NARCISA.

(Hablando aparte con Cesar.)
Señor, vuestra alteza, ¿intenta
deshacer obligaciones,
ó dar celos á Sirena?

CESAR.

Uno y otro.

CARLOS.

(Aparte á Cesar.)
Agora es tiempo
que saquen á luz tus pruebas
qué tanta jurisdiccion
tienen los celos.

CESAR.

Condesa,
en vuestro engaño consiste
la vitoria de esta empresa:
satisfaced mis venganzas.

NARCISA.

Dios me saque con bien de ellas.

ESCENA XVI.

—

SIRENA. DIANA.—DICHOS.

SIRENA.

A amiga que se descuida
tanto de mí, justo fuera,
en venganza de su olvido,
ni visitarla, ni verla.
Pero puedan mas en mí....

NARCISA.

Advertid que está su alteza
presente; llegad y habladle.

SIRENA.

¿Quién?

NARCISA.

Nuestro duque, marquesa.

SIRENA.

(*Aparte.* ¡Ay cielos! ¡á tales horas,
y en tiempo que la grandeza
suele soñar magestades,
tan comunicable Cesar!
¿Qué es esto, temores mios?)
Augustos laureles sean
los estados, gran señor,
que aumenten el que hoy heredas.

CESAR.

Guárdeos Dios.

SIRENA.

(*Aparte á Diana,*)
¡Ay prima mia!
¡qué *guárdeos Dios* tan á secas!

DIANA.

Eslo toda magestad;
porque es el sol su planeta.

CESAR.

Daréisle, Narcisa, á Carlos
crédito siempre que venga
á renovar de mi parte
lícitas correspondencias.
Y entre tanto, olvidad vos
las antiguas, si interesan
méritos de la hermosura
coronas con que amor premia.
Y á Dios.

NARCISA.

Ya es obligacion,
gran señor, lo que antes era
voluntad, y en una y otra
procuraré yo que sean
reconocimientos justos
fiadores de tanta deuda,
abonados por humildes.

(*Vanse Cesar y Carlos.*)

ESCENA XVII.

NARCISA. SIRENA. DIANA. ALEJANDRO.

SIRENA.

¿Qué cifras, prima, son estas?

ALEJANDRO.

Agora que mis agravios,
ojos hasta aquí, ya lenguas,
pueden libremente darte
parabienes entre quejas,
si puedes, busca....

ESCENA XVIII.

CESAR.—DICHOS.

CESAR.

Alejandro,
seguidme. (*Vase.*)

ALEJANDRO.

¿Aun hablar me vedan?
Pues rebienten dentro el alma
víboras de mis ofensas.
Busca, si puedes, disculpas....

ESCENA XIX.

CARLOS.—DICHOS.

CARLOS.

Alejandro, el duque espera.

ALEJANDRO.

Porque desespere yo,
pues aun quejar no me dejan.
(*Vanse Carlos y Alejandro.*)

ESCENA XX.

NARCISA. SIRENA. DIANA.

NARCISA.

Ven, Sirena de mis ojos;
que cuando mis dichas sepas,
palabras han de faltarte
en llegando á encarecerlas.

SIRENA.

Si son las que yo he sacado,
Narcisa, por consecuencias,
parabienes te apercibo.
(*Aparte.* ¡Ay Dios, si ponzoña fueran!)

NARCISA.

¿Ves este diamante, amiga?
Pues señal es su firmeza
de una voluntad que en él
sus esperanzas empeña.

SIRENA.

(*Aparte con Diana.*)
Prima, ¿no adviertes, no escuchas,
no tocas perdidas prendas,
favorables á un ingrato,
y ya en posesion agena?
¿Qué he de hacer?

DIANA.

Llorar locuras,
y escarmentar hoy en pruebas
de amor, que salen tan caras.

SIRENA.

¡Ay, Diana, que voy muerta!

ACTO TERCERO.

Jardin de la casa de campo de Sirena.

ESCENA I.

NARCISA. SIRENA.

SIRENA.

A esta casa de placer
te he querido convidar,
si en negocios de pesar
puede este nombre tener.
Atropelláronse ayer
tantas quimeras, Narcisa,
que aunque ambicioso me avisá
tu amor que triunfa en palacio,
quise averiguar despacio
lo que te engaña de prisa.
Hallé á Cesar en tu casa,
tan tu amante en la apariencia,
que al parecer, tu presencia
le desatina y abrasa.
Si supieras lo que pasa,
y que de puro celoso
busca en engaños reposo,
y en tu hermosura venganzas,
marchitaras esperanzas
que malograr es forzoso.
Para aliviar accidentes,
de su sed mortal indicios,
busca el enfermo artificios,
flores siembra, finge fuentes;
y aunque algun rato presentes
le suelen causar sosiego,

enfádase de ellas luego;
que fuentes artificiales
no aplacan sedes mortales,
cuando está en el alma el fuego.
¿Nunca viste, si las llamas
aumentan la calentura,
que el enfermo, lo que dura
congojado, muda camas?
Todo es andar por las ramas,
pues al fin, cuando aligera
el mal su efímera fiera,
aunque en él fiada estás,
despreciando las demas,
se reduce á la primera.
Narcisa, la hidropesía
celosa le tiene ansí;
abrasado busca en tí
lo que en mi amor desconfia.
Mudando damas, porfia
aliviar su ardiente pena;
y á mas rigor se condena
mientras su mal no le avisa
cuan mal curará Narcisa
calenturas de Sirena.

NARCISA.

Si no fueras mas hermosa
que eres sábia en la doctrina
de esa nueva medicina
que alegas por milagrosa,
no estuviera yo celosa
de que haya sido tu amante
quien dices que es inconstante
porque de gustos mejora.
Basta; que das en dotora,
no siendo ni aun platicante.
¿Agora, marquesa, sabes
que si el duque (que lo dudo)
amarte primero pudo,
por mas que en esto te alabes,
en enfermedades graves
tal vez el mal se destierra,
mudando de aires y tierra;

y que Cesar, por sanar
de tu amor, quiso mudar
desdenes que le hacen guerra?
Si nunca bien le has querido,
y su amor te daba enfado,
libre ya de su cuidado,
¿qué buscas? ¿á qué has venido?
Su olvido paga tu olvido;
da á tu dicha parabienes,
prosigue con tus desdenes,
si no es que formando quejas,
suspiras por lo que dejas,
y no sueltas lo que tienes.

SIRENA.

¡Bueno es que ya confiada
me aconsejes presumida,
desde ayer acá querida,
y desde hoy asegurada!
Ni yo me juzgo olvidada,
ni tú estás en posesion:
con menos satisfaccion,
Narcisa, y sin dar consejos;
que el sembrar está muy lejos
de la cosecha y sazon.
Ayer sembraste esperanzas;
deja arraigarlas primero;
que trae el tiempo ligero
temporales de mudanzas.
Pretensiones por venganzas
de amor, no pueden durar:
¡pobre de tí, si á mirar
vuelven risueños mis ojos
á quien doy severa enojos!
¡Qué fria te has de quedar!
Mira, si Cesar te dió
la sortija que le dí,
no fue por amarte á tí,
mas porque la viese yo.
Cuando tan grave me habló,
fingiendo severidades,
entonces (oye verdades)
fulminando disfavores,

si salian de él rigores,
paraban en mí humildades.
¿No advertiste que al volver
las espaldas, se moria,
condesa, porque no via
lo que despreciaba ver?
Nunca procures querer
amante que está celoso;
que á costa de tu reposo
probarás, si le admitiste,
que quien de ageno se viste,
el desnudarle es forzoso.

NARCISA.

¿No sabré, Sirena, yo
á qué propósito quieres
desperdiciar pareceres
en quien no te los pidió?
Ó quieres al duque, ó no.
Si no, ¿qué se te da á tí
que yo me despeñe ansí?
Si por él pierdes el seso,
marquesa, solo por eso
el alma toda le dí.
De una y otra suerte creces
llamas á mi amor primero;
porque le quieres, le quiero,
tambien porque le aborreces.
En vano te desvaneces,
pues cuando yo no le amara,
viendo que en esto repara
tu sospechosa impaciencia,
porque me haces competencia,
el corazon le entregara.

SIRENA.

Sí harás, porque el amor necio
muestra quien es en sus obras;
hónrate tú con mis sobras;
ama á quien yo menosprecio.
Para tí serán de precio
los desechos que yo arrojo;
viste lo que yo despojo:
mas mira que ha de costarte

la vida el determinarte,
Narcisa, á darme este enojo.

NARCISA.

¿Me amenazas?

SIRENA.

Apercibe
armas contra mi cuidado.
No es cortés quien el criado
que uno desechó, recibe.

NARCISA.

Cesar en mi pecho vive.

SIRENA.

Pues cuando en él le retrates,
¿merécesle tú, aunque trates
secar mi esperanza verde?

NARCISA.

Perdida estás, y á quien pierde,
se le sufren disparates.

ESCENA II.

GASCON. UN ALCAIDE. DOS CRIADOS.—DICHAS.

GASCON.

Yo puedo entrar donde quiera;
que soy para lo vedado
ministro privilegiado,
y mandarme salir fuera
es muy gran descompostura.

ALCAIDE.

Mayor libertad es esa;
que estando aquí la marquesa
del Final, cuando procura
que no entre nadie, es razon
ser cortés.

SIRENA.

Hola, ¿qué es eso?

GASCON.

¡O mi señora! Este esceso
perdonad.

SIRENA.

¿Quién sois?

GASCON.

Gascon,
archilacayo ducal.

SIRENA.

¿Pues qué pretendeis aquí?

GASCON.

Síguese detras de mi
el duque. No sé qué mal
le trae con melancolía;
amores deben de ser:
preténdese entretener
en la de vueseñoría
casa de placer (ansí
gerigonzan critizantes);
enfádanle negociantes,
y por si los hay aquí,
vine á despejar el puesto,
sin saber yo los favores
que en república de flores
libraba ese hermoso gesto....
¿Gesto? no es vocablo culto.
Ese aromático globo.
¿Globo dije? soy un bobo.
Ese brillático, bulto....
Peor. Esa hermosa cara.
¡Cuerpo de Dios! de este modo
se llama en el mundo todo.
Lleve el diablo á quien compara
al padre de Faeton
los ojos y los cabellos,
rayos ensartando en ellos,
las veces que rubios son;
golfo de ébano sutil
los cabos negros hacia,
y al peine que los barria,
llamó *escoba de marfil*;
nieto al amor *de la espuma*,
y á un sacre, que daba caza
en el aire á una picaza,
llamó *corchete de pluma*.

Miren vuesirías dos
cual anda ya nuestro idioma;
todo es *brilla*, *emula*, *aroma*,
fatal.... ¡Oh! ¡maldiga Dios
al primer dogmatizante
que se vistió de *candor*!

SIRENA.

No deis en reformador
vos, que sois muy ignorante.
Pero decid: ¿Cesar viene
á esta quinta?

GASCON.

Una carroza,
señora, á solas le goza
con Carlos, que le entretiene
sin mas acompañamiento,
y las cortinas corridas.

SIRENA, *aparte*.

Hoy, sospechas mal nacidas,
averiguaros intento.
¡Hola, criados!

ALCAIDE.

Señora.

SIRENA.

Ponedme este hombre á recado.

GASCON.

¿A mí?

SIRENA.

Tenelde encerrado
lejos de aquí.

GASCON.

Escuche agora.
Pues porque entré sin licencia....

NARCISA.

¿Qué es lo que intentas hacer?

SIRENA.

Llevalde. Quiero saber
(*A Narcisa aparte.*)
cual, en nuestra competencia,
de las dos es preferida.

NARCISA.

Yo en eso no dificulto.

GASCON.

Si es esto porque hablé culto,
¡o cándida luz bruñida!
á la de tu apelo amor,
clemencia; que es, construido,
á tu clemencia rendido,
apelo de este rigor.

SIRENA.

Hola, llevalde.

GASCON.

¿Ha de haber
tras eso (déjenme hablar)
palmeamiento orbicular?
Quisiera darme á entender,
hablando en estilo humano:
¿Habrá azotaina?

ALCAIDE.

No sé.

SIRENA.

Llevalde.

GASCON.

Anoche soñé
azotes en canto llano,
y por esto lo pregunto;
porque son, la vez que sale
sermon tras el dale, dale,
azotes en contrapunto.

(Vanse el alcaide y los criados llevándose á Gascon.)

ESCENA III.

—

SIRENA. NARCISA.

NARCISA.

Pues dime, ¿qué dependencia
tiene tu averiguacion,
marquesa, de esta prision?

SIRENA.

Quiero ver por esperiencia,

si Cesar finge quererte
por darme celos á mí,
ó si viene agora aquí
por hablarte y pretenderte.
Si ignora, pues, que aquí estoy,
y tú, estando yo escondida,
le disuades mi venida,
verás desengaños hoy
que te den nuevo cuidado
con que yo segura esté.
Por esta causa mandé
retirar ese criado;
que así por él no sabrá
que estaba agora contigo.

NARCISA.

En fin, ¿dices que en castigo
del que tu desden le da,
finge, por amartelarte,
que me quiere bien?

SIRENA.

¿Pues no?
Estaba presente yo
anoche, y fingió adorarte
para que yo lo sintiese;
verás ahora cuan mudado,
cuan tibio, cuan desganado
te habla.

NARCISA.

¡Qué engaño es ese
tan donoso! ¿Pues tan poco
puede mi presencia, dí,
que no le olvide de tí?

SIRENA.

Tiénenle mis celos loco.
No sepa él que yo aquí estoy;
verás que al punto te deja.

NARCISA.

Escóndete, y apareja
paciencias; que yo te doy
mi palabra, que has de estar
rematada antes de mucho.

SIRENA.

Desde esta murta os escucho.
¡Qué necia te has de quedar! (*Vase.*)

ESCENA IV.

NARCISA. SIRENA, *escondida.*

NARCISA.

¿No es bueno que comencé
de burlas estas quimeras,
y que me pesa de veras
que tan confiada esté
Sirena de que es querida,
que adivine lo que pasa?
No es amor el que me abrasa;
mas de envidia estoy perdida;
porque será caso recio
que en competencias de amor
salga el suyo vencedor,
y el mio con menosprecio.
¡O celos! ¡o envidias fieras!
¡venenoso frenesí!
Si quitais el seso ansí
de burlas, ¿qué hareis de veras?

ESCENA V.

CESAR. CARLOS.—NARCISA. SIRENA, *escondida.*

CESAR.

(*Hablando con Carlos á la puerta del jardin.*)
Divirtamos magestades
que atormentan, si autorizan,
pensamientos amorosos,
en la quietud de esta quinta.
¡Qué de novedades quiere,
Carlos, amor que te diga!

Oye sus milagros....

CARLOS.

Paso,
señor, que está aquí Narcisa.

CESAR.

¿Quién?

CARLOS.

La condesa, tu dama
intrusa.

CESAR.

Su hermosa vista
puede tanto, amigo Carlos....

CARLOS.

¿Cómo?

CESAR.

No sé que te diga.
Déjame á solas con ella.

CARLOS.

¿Pues quiéresla bien?

CESAR.

Se alivian
mis pesares con mirarla,
y mis celos se amortiguan.
Retírate.

CARLOS.

Que me place.
Pero ¿tan presto se olvidan
amores, y mas celosos?

CESAR.

Es muy bella, y tengo envidia
de lo que á Alejandro quiere.
¡Mira qué bien que se libran
los que me causa Sirena,
si ya á pares me lastiman!

CARLOS.

No dejarás de medrar
con esa mercaduría.
Si al primer lance la doblas,
déte amor con ellas dicha. (*Vase.*)

ESCENA VI.

—

CESAR. NARCISA. SIRENA, *oculta.*

NARCISA.

Gran señor....

CESAR.

Con ese nombre
diera á mi ventura estimas,
si lo fuera vuestro yo.
¿Estais sola?

NARCISA.

En compañía
de enemigos pensamientos,
contraria yo de mí misma,
aguardo desafiada
á Sirena, en cuya quinta
han de batallar sospechas.

CESAR.

Si mi amor os apadrina,
segura está la vitoria
de vuestra parte.

NARCISA.

No finja
vuestra alteza, hasta que venga,
favores, que aunque mentiras,
pueden engendrar verdades
en quien de ellas necesita.
Presto Sirena vendrá.

CESAR.

Plegue á Dios, condesa mia,
que tantos estorbos tenga,
que con ellos divertida,
jamas agravie estas flores.

NARCISA.

¿Jamás? ¡cuándo en ella estriban,
desesperado en su ausencia,
apoyos de vuestra vida!
¿No es Sirena ídolo vuestro?

¿No la amais?

CESAR.

Pasó. Solia....
Mucho pudieron ofensas,
y mucho mas vuestra vista.
Lo que yo podré afirmaros,
es que habeis hecho en un dia,
mas que en un año Sirena.

SIRENA.

(*Aparte desde donde está escondida.*)
¿Qué estais oyendo, desdichas?
¿En un dia la condesa
mas que yo en un año? Altivas
presunciones amorosas,
por soberbias abatidas,
¿esto escuchais sin vengaros?

NARCISA.

(*Aparte.* ¿Qué es esto, estrellas benignas?
¿Conmigo tan amoroso
Cesar? ¿Si tiene noticia
de que la marquesa está
oyéndonos escondida,
y finge, por abrasarla,
que me quiere, y que la olvida?
Sin duda; que desde anoche,
cuando celos tiranizan
alma que está tan prendada,
mal sabrá olvidar antiguas
prendas de amor.) Bien podeis,
señor, (sin hablar enigmas,
pues no ha llegado Sirena)
decirme vuestras fatigas.
¿Cómo desde anoche os va?
¿Fue eficaz la medicina
de nuestro ingenioso amor?
Vuestra prenda está perdida
de celos; no negareis
que, aunque dama sostituida,
no hice mi papel anoche
con linda gracia.

CESAR.

Y tan linda,

que por serlo tanto vos,
conoce la mejoría
mi amor de vuestra belleza,
y á que os adore me obliga.

SIRENA, *aparte.*

¿Cómo es esto? ¿Luego fueron
ardides de sus malicias
las finezas con que anoche
dieron caúsa á mis envidias?
¿Luego fingieron amarse?
¡Ay sospechas mal nacidas!
Si ya se quieren de veras,
muerto me han mis armas mismas.

NARCISA.

Que no está aquí vüestra dama.

CESAR.

Estáislo vos. ¡Ay, si mia
os pudiera llamar yo!

NARCISA.

Vos pensais, señor, que os mira
Sirena, ó ensayais celos,
con que podais reducirla
á la voluntad primera.

CESAR.

No sé en eso lo que os diga;
pero sea lo que fuere,
mostraos vos agradecida,
favorecedme agradable,
correspondedme propicia.

NARCISA.

¿Y han de ser burlas, ó veras?

CESAR.

Veras ó burlas, prosigan
favores, que por ser vuestros,
como quiera, son de estima.

NARCISA.

Va de burlas. Yo os prometo,
duque y señor....

CESAR.

No vendria
mal ahí un "dueño amado."

NARCISA.

Vaya, porque en todo os sirva.
Yo os prometo, amado dueño,
que vuestra presencia digna
de augustas estimaciones,
y en competencia la envidia
que Sirena me ha causado,
han dado tal batería
desde anoche á mi sosiego,
que si fuí dama fingida,
ya celosa, y agraviada
de que lo que solicitan
mis favores, gocen otras,
es llanto lo que fue risa.
¿Para tan poco soy yo,
que habiéndome hallado digna
para que entre tantas damas
con la marquesa compita,
no podré, comunicada,
sacar del alma reliquias,
que si celos las conservan,
desengaños las marchitan?
¿Sirena haciéndoos agravios,
yo sirviéndoos, y que digan
que ella salió vitoriosa,
y que yo quedé vencida?
Si tal ofensa llegara
á ejecucion, si su dicha
volviera á gozar las paces
que los celos reconcilian,
del modo que el alma agora
sale á los ojos por cifras
de lágrimas, no dudeis
de que mi muerte las siga.

(*Llora*.)

CESAR.

¿Pues llorais?

NARCISA.

¿No he de llorar
injurias no merecidas,
diligencias mal pagadas,
y mudanzas no admitidas?

CESAR.

¿Luego aquesto va de veras?

NARCISA.

No, señor; mas si lastiman
tanto de burlas, ¿qué harán
celos de veras?

SIRENA, *aparte.*

Perdida
estoy; salgamos, agravios,
á manifestar desdichas;
que si inventaron sospechas,
para acechar, celosías,
Perilo de sus tormentos
serán, pues se martirizan
á sí mesmas, y en su daño
padecen lo que averiguan.
Pero no; sepamos antes,
supuesto que fue fingida
la fábrica de este amor,
que ya verdades confirman,
en qué estado estoy con Cesar,
y si lágrimas hechizan
voluntad, que tan constante
blasonaba de ser mia.

CESAR.

No lloreis, soles hermosos;
que quien perlas desperdicia,
no sabe lo que le cuestan
á quien os ama, sus indias.
Ya sean veras, burlas ya,
vuelva á serenar la risa
nublados tristes que esconden
la belleza de sus niñas;
que yo os juro, á fe de amante,
si vuestros ojos porfian,
puesto que en mí sea bajeza,
que afeminado los siga.
Ya Sirena está olvidada:
amor, todo maravillas,
vuestra hermosura imperiosa,
y agravios que desobligan,
hicieron este milagro.

Por su igual amante elija
la marquesa á Marco Antonio,
que su presuncion castiga.
Mejórese en vos mi amor;
mude señora á quien sirva;
despídase de Sirena,
y sea esclavo de Narcisa.

NARCISA.

Y eso ¿es ficcion, ó es verdad?

CESAR.

¿Qué sé yo? Como os imitan,
burlas serán, si os burlais,
y veras, si ansí se estiman.

NARCISA.

¿Amaréisme si yo os amo,
ya de veras reducida
á despedir fingimientos?

CESAR.

Daré á mi ventura albrícias.

NARCISA.

¿Y Sirena?

CESAR.

No os iguala.

NARCISA.

¿Si la veis?

CESAR.

Huiré su vista.

NARCISA.

¿Si os ruega?

CESAR.

Vengaré agravios.

NARCISA.

¿Si os llora?

CESAR.

Serán malicias.

NARCISA.

¿Estais celoso?

CESAR.

De vos.

NARCISA.

¿De mí?

CESAR.

Vuestro amor lo diga.

NARCISA.

¿De Alejandro?

CESAR.

Ese me abrasa.

NARCISA.

¿De Marco Antonio?

CESAR.

Me entibia.

NARCISA.

En fin ¿me amaiš?

CESAR.

Os adoro.

NARCISA.

Sois duque.

CESAR.

Vos sois mas digna.

NARCISA.

No os merezco.

CESAR.

Asentareisos....

NARCISA.

¿Dónde, Cesar?

CESAR.

En mi silla.

NARCISA.

¿Por duquesa?

CESAR.

Y por mi esposa.

NARCISA.

¡Grande amor!

CESAR.

Voluntad limpia.

NARCISA.

Dadme esa mano.

CESAR.

Y el alma.

(*Dánselas.*)

NARCISA.

Ya sois mio.

CESAR.

Ya sois mia.

NARCISA.

¿Quién será mi dueño?

CESAR.

Cesar.

NARCISA.

¿Quién lo asegura?

CESAR.

Mi vida.

NARCISA.

¿A quién dejais?

CESAR.

A Sirena.

NARCISA.

¿Y á quién amais?

CESAR.

A Narcisa.

SIRENA.

(*Saliendo.*)

Ya no pueden mis ojos,
mirando agravios, reportar enojos:
desenlazad, livianos,
nudos de amor en fementidas manos;
que si este es nudo ciego,
celos abrasan nudos, que son fuego.
¡Ah ingrato! ¡ah leve amante,
á méritos de pruebas inconstante!
No en balde en tí temia
descréditos de amor el alma mia.
Probé tu fortaleza
por estimarte mas: ¡qué rustiqueza,
hacer en hombres prueba,
liviano pino al mar, que el viento lleva!
De Narcisa vasallo,
diamante te compré, vidrio te hallo.
¿Tú es bien que duque seas?
¿Tú blasonas valor? ¿tú, que te empleas
en inconstancias leves,
no siendo hombre, á regir hombres te atreves?
Desmentiste quilates.

CESAR.

Multiplica á tus celos disparates;
que en vano se llamaran
frenéticos, si no desatinaran.
Sirena, ¿qué pretendes?
Logras mudanzas, ¡y firmezas vendes!
De tí dé testimonio
(pues eres su Cleopatra) Marco Antonio;
crece en él esperanzas,
y deja que te imiten mis mudanzas,
pues tan agradecido
estoy á tu desden, si no á tu olvido,
que me pesa deberte
la dicha apetecida de perderte,
por el hermoso empleo
que con mejoras de mi bien poseo.

SIRENA.

Gózale muchos años,
si merecen tal premio tus engaños:
pero advierte primero,
no que satisfacerte humilde quiero,
sino apoyar mi fama,
que ofendida por tí, leve se llama.
Yo deseosa necia
de ver en tí lo que el amor mas precia,
fingí que te olvidaba,
y en tu competidor tu fe probaba,
escogiendo un sugeto
soberbio, desigual, pobre, indiscreto;
porque mas facilmente
pudieras conocer, á ser prudente,
en sus desigualdades,
por viriles de engaños mis verdades;
que no estoy yo contigo
en tan necia opinion, que por castigo
de mi eleccion ligera,
á hombre tan indigno amor tuviera.
Tus prendas añadieron
deméritos en él, que á luz salieron;
porque como en la fea
mas con las joyas la fealdad campea,
quise dar testimonio

con ellas de lo que era Marco Antonio.
Estraño fue este esceso,
mucho apurar tu amor, yo lo confieso;
pero como crecias
en magestad, y las sospechas mias
sembraban desconfianzas,
creí que despachándote libranzas
de celos, aumentaras
caudales á tu amor, y mas me amaras;
que en la amorosa cuenta
ceros los celos son que la acrecienta,
y cuanto mas añada,
mas crece, aunque por sí no valen nada,
sacando mis desvelos
cuan parecidos son ceros y celos.
Yo, pues, que esto creia,
á la unidad de amor celos ponia;
mas tú, porque presuma
tu poco amor, errástete en la suma.
Ya estoy escarmentada;
vuelve, Cesar; no valga cuenta errada,
y acábense desvelos;
si en ellos te adeudé, ya cobro en celos.

CESAR.

Marquesa, llegado ha tarde
vuestra escusa, aunque admitida;
que, la vitoria perdida,
quien se disculpa es cobarde.
A tanto celoso alarde,
y tropel de sinrazones,
¿ qué valen satisfacciones
en agravios mal seguros?
Asaltos combaten muros,
y ofensas inclinaciones.
En la mesa del amor
los celos son el salero,
que para ser verdadero,
estos le han de dar sabor;
pero advertid que es error
echar mucha al que es sencillo:
con la punta del cuchillo
toma sal el cortesano,

porque con toda la mano,
no es templallo, es desabrillo.
Si sabe vuestra querella
que es fuego la sal que abrasa,
y sembrais de sal la casa,
¿cómo vivireis en ella?
Los celos, Sirena bella,
por ser de la sal trasunto,
en pasando de su punto,
no sazonan, mas maltratan:
¿qué quereis, si celos matan,
de un amor que ya es difunto?

NARCISA.

A menosprecios tan claros,
¿qué intentas aborrecida?

SIRENA.

Permitid por despedida,
que á parte merezca hablaros.

CESAR.

Confirmad con retiraros,
Narcisa, mi firme amor.

NARCISA.

Harélo; mas con temor
de que os he de hallar mudado.

CESAR.

No se muda amor rogado,
si llega tarde el favor.

(*Desvíase Narcisa.*)

SIRENA.

En fin, Cesar, por querer
probaros, ¿he de perderos?

CESAR.

Añadisteis tantos ceros,
que ya es imposible hacer
la cuenta.

SIRENA.

Solia yo ser
dueño vuestro.

CESAR

Pasó ya
ese tiempo.

SIRENA.

¿ Pena os da
perderme?

CESAR.

Todo se olvida.

SIRENA.

¿Y si me costais la vida?

CESAR.

Marco Antonio os llorará.

ESCENA VII.

ALEJANDRO, *de jardinero.*—DICHOS.

ALEJANDRO.

(*Llegándose á Narcisa.*)
Disfrazado y escondido,
mudable, escuché contratos
de tus términos ingratos
contra mi amor ofendido.
¿Para qué finges quimeras,
cuando de mi amor te burlas?
Comenzaste á hablar de burlas;
ya me das muerte de veras.
Vencerte el interes pudo
de un duque; que eres muger,
y tu amor es mercader,
aunque se pinta desnudo;
que de vuestra compañía,
¿qué otra cosa ha de sacar
si no es vender y comprar?
Mas ¿quién de palabras fia
de mugeres?

NARCISA.

Loco vienes;
mira el peligro en que estás.

ALEJANDRO.

No quiero ya vivir mas;
máteme el duque, pues tienes
gusto de esto.

NARCISA.

Vuelve en tí.

CESAR.

¿Qué es eso?

NARCISA.

Es el jardinero.

ALEJANDRO.

Fuílo de amores primero;
sembré lo que no cogí.
Alejandro soy: ¿qué esperas?
la muerte me manda dar;
morir quiero, y no aguardar
burlas que abrasan de veras.

CESAR.

(*Aparte.* ¡O celosa competencia!
Ya Sirena restauraba
el alma que la olvidaba;
mas ¿qué no hará su presencia?
y cuando en llama remisa
iban creciendo desvelos,
tocaron al arma celos,
y abrásome por Narcisa.)
Atrevimientos de amor
dignos son de perdonar;
del jardinero es sembrar,
y de otro gozar la flor:
y si vuestra queja estriba
en serlo vos, mal haceis;
que el jardinero, ya veis
que para sí no cultiva.
Narcisa ha de ser duquesa
de Milan.

ESCENA VIII.

MARCO ANTONIO.—DICHOS.

MARCO.

(*Llegándose á Sirena.*)

Sirena mia,

como sin vos no vivia
amor que solo profesa
adoraros....

CESAR.

Marco Antonio,
¿tambien estais acá vos?
(*Aparte.* Celoso yo entre los dos,
dará mi amor testimonio
de la confusion estraña
en que me pone mi pena.
Dándome celos Sirena,
la adoro cuando me engaña;
dándome Narcisa celos,
por ella á Sirena olvido;
y yo en las dos dividido,
bandos formo de recelos.
Neutral á entrambas deseo,
sin determinar ninguna;
celos me abrasan en una,
celos en la otra empleo;
y de una y otra celoso,
muere amor donde comienza.
Indiferente estoy, venza,
celos, el mas poderoso.)

ESCENA IX.

—

CARLOS.—DICHOS.

CARLOS.

El embajador de Francia
viene en tu busca, señor.

CESAR.

(*Aparte.* Divierta el embajador
las penas de mi ignorancia.)
Marco Antonio, acompañadme;
venga Alejandro conmigo.
(*Aparte.* Yo soy mi mismo enemigo.
Celos, morid, ó matadme;
no eslaboneis la cadena

de mi muerte tan aprisa.
Muero, Carlos, por Narcisa,
y enloquéceme Sirena.)
(*Vanse los caballeros.*)

ESCENA X.

SIRENA. NARCISA.

NARCISA.
Ya confesarás que estás
vencida, si opositora.

SIRENA.
Yo sé que Cesar me adora;
presto mis dichas verás.

NARCISA.
Sé yo que te menosprecia.

SIRENA.
Quien bien ama, tarde olvida.

NARCISA.
¡Qué necia por presumida!

SIRENA.
¡Qué presumida por necia!
(*Vase Narcisa.*)

ESCENA XI.

DIANA.—SIRENA.

DIANA.
Pues, prima mia, ¿en qué estado
quedamos?

SIRENA.
En el peor;
costosas pruebas de amor
mi paciencia han apurado.
Ya se acabô mi esperanza,
ya se remató mi seso.

DIANA.

¿Qué dices?

SIRENA.

Solo intereso
morir, y tomar venganza.

DIANA.

¿De qué suerte?

SIRENA.

A costa mia.
A Marco Antonio he de dar
la mano, y ansí vengar
mi agravio, pues desvaría
el duque, celoso de él.

DIANA.

Eso es castigarte á tí.

SIRENA.

Necia en hacer pruebas fuí;
el remedio fue crüel;
pero pues vencida salgo,
y erré en la sustancia y modo,
atorménteme á mí todo,
y siéntalo Cesar algo.

DIANA.

Tendrá la dicha del necio
Marco Antonio, de esa suerte.

SIRENA.

Celos me darán la muerte.
Si á manos de un menosprecio
he de morir, ofendiendo
y ofensas de amor vengando,
moriré, prima, matando,
y no viviré muriendo.
Ya no hay consejo ninguno;
no te canses con cansarme:
dos ojos he de sacarme
por sacarle á Cesar uno.
Vamos.

ESCENA XII.

ALEJANDRO.—DICHAS.

ALEJANDRO.

Marquesa, escuchad,
y los dos menospreciados
comuniquemos cuidados
de una misma actividad.
Celos del duque sentís,
celos de Narcisa siento;
uno mismo es el tormento
que disimulo y sufrís.
Juntemos los dos caudales;
y si hay tanto estorbo en medio,
seamos en el remedio,
como en la desdicha, iguales.
Cesar celoso intentó
vengarse de vos con celos,
y á costa de mis desvelos,
lo que de burlas trazó,
de veras salió en mi daño.
Que bien me quereis fingid;
venza un ardid á otro ardid;
salga un engaño á otro engaño.
Narcisa es vuestra enemiga,
y quedando vencedora,
por cobarde opositora,
merecereis que os persiga.
Yo sé que si os ve mi amante,
y que los dos nos queremos,
los celos que padecemos,
nos den venganza bastante.
Mueran del mal que morimos,
desvelos causen desvelos,
cúrense celos con celos,
y sientan lo que sentimos.

SIRENA.

Eso, Alejandro, trazaba,

y ya buen fin me prometo;
solo mudaré sujeto.
Con Marco Antonio intentaba,
casándome, (¡qué locura!)
comprar tormentos por darlos;
mejor podré ejecutarlos
con vos. ¡Ay si hallasen cura
nuestros males de esta suerte!

ALEJANDRO.

Todo es vida hasta morir;
Narcisa lo ha de sentir
infinito, y no es tan fuerte
Cesar, que encubra rigores
que desatinan los sabios,
ni disimulan agravios
de este porte los señores.
Pues los nuestros se conjuran,
probaremos si es verdad
que en aquesta enfermedad
Celos con celos se curan. (*Vanse.*)

Sala en casa de Narcisa.

ESCENA XIII.

NARCISA. MARCO ANTONIO.

MARCO.

El duque me prometió
ser en mis bodas padrino,
y no sé por qué camino
mi suerte desbarató
ese principio dichoso.
La marquesa favorece
mi amor, puesto que parece
que trata menos gustoso
este casamiento: en vos,
Narcisa hermosa, consiste

mi dicha: Cesar asiste
á vuestro amor, en los dos
correspondiente su llama.
La corona milanesa
os venera su duquesa;
¿qué le pedireis, si os ama,
que os niegue el duque? Pedilde
que pues con vos se desposa,
su palabra generosa
me cumpla; porque yo humilde,
si á mi favor os obligo
en la intercesion presente,
os deba á vos solamente
la dicha y bien que consigo.

NARCISA.

Si el duque palabra os dió
de apadrinaros, y ordena
daros la mano Sirena,
no haré, Marco Antonio, yo
mucho en disponerle en eso.
Suplicaréle que acorte
plazos, y honre nuestra corte
con bodas, de que intereso
mas de lo que vos pensais.
Ya es de noche, yo os prometo
poner mañana en efeto
todo lo que me mandais.

MARCO.

Siendo vos mi protectora,
ya cesó el recelo en mí.

NARCISA.

Pienso que el duque está aquí.

MARCO.

A buena ocasion, señora,
viene; aprovechad en ella
el bien que espero por vos.

NARCISA.

Harélo ansí: andad con Dios.

MARCO.

Sed piadosa, pues sois bella. (*Vase.*)

ESCENA XIV.

CESAR.—NARCISA.

CESAR.

Cosas de tanta importancia
como son las del sosiego,
si no se ejecutan luego,
entíbialas la distancia
del tiempo, Narcisa mia;
que no es perfeto el amor
que tiene competidor,
y negocia á sangre fria.
Lo que se quiso primero,
ó tarde ó nunca se olvida;
está Alejandro sin vida,
de celos, y considero,
si oís una vez su pena,
que os reconcilieis los dos,
haciendo Alejandro en vos
lo que casi en mí Sirena.
Atajar inconvenientes
es el consejo mas sano:
hoy me habeis de dar la mano,
nuestros contrarios ausentes,
para desterrar ansí
las reliquias que han dejado.

NARCISA.

Ya yo las he desterrado;
haced, gran señor, de mí
como de quien os confiesa
por su dueño y su señor,
y asegurando mi amor,
advertid que la marquesa
y Marco Antonio me han hecho
su intercesora con vos.
Quieren casarse los dos,
estando vos satisfecho,
y apadrinando su boda;

permitildo.

CESAR.

En hora buena:
¿mas sabeis vos que Sirena
gusta de eso?

NARCISA.

Milan toda
sabe el amor que le tiene;
buen testigo habeis vos sido.
Sirena esto me ha pedido.

ESCENA XV.

UN PAGE.—DICHOS.

PAGE.

Sirena, señora, viene
á veros. (*Vase.*)

CESAR.

No me halle aquí;
escondido quiero ver
si celosa una muger,
y despreciada de mí,
se puede determinar
á tan loco arrojamiento.
(*Aparte.* ¡O celos, vuestro tormento
la vida me ha de quitar!)
(*Escóndese.*)

ESCENA XVI.

SIRENA. ALEJANDRO.—NARCISA. CESAR, *escondido.*

SIRENA.

(*Hablando aparte con Alejandro, al salir.*)
Yo sé que el duque entró aquí.

ALEJANDRO.

Disimula, si procuran
los celos, que celos curan,

curar nuestro frenesí.

NARCISA.

¿Pues, marquesa? A tales horas
no se admiten desafios.

SIRENA.

No; mas hácense amistades
que turbaron desatinos.
Tan avergonzada vengo,
Narcisa, de haber desdicho
mi estimacion de enterezas
nobles en mí á los principios,
que de mí misma agraviada,
he tomado por castigo
el venirte á dar gozosa
plácemes, que por ser mios,
harán tus dichas mayores.
Goces á Cesar mil siglos
de amantes y honestos lazos,
que amor dilate con hijos.

NARCISA.

Guárdete, marquesa, el cielo
otros tantos; que ya estimo
en mas mi suerte, pues llega
á gratularse contigo.

SIRENA.

¡Ay amiga! (que ya vuelvo
á darte este nombre antiguo)
¡qué necias hemos estado!
y yo ¡qué bárbara he sido!
Sirvióme antes que heredase
el duque, y su amor remiso
quise aquilatar con celos;
salióme mal este arbitrio.
Amóte, y menosprecióme,
y á ser yo cuerda, en su olvido
fundara felicidades
que, aunque tarde, solicito.
Envidiéte, (soy muger,
¿qué mucho?) puse á peligro
mi salud y mi sosiego,
quiso rendirse á partido
mi presuncion, no admitió

Cesar desengaños dignos
de estimacion en los nobles,
pagó en desprecios suspiros,
abrieron sus desengaños
los ojos á mis sentidos,
castigué mis liviandades,
y restauréme el jüicio.
No es de mi inclinacion Cesar,
somos los dos tan distintos
en condiciones, que fueran
sus regalos mi martirio,
á desposarme con él:
obligáronme servicios
á torcer mi inclinacion,
yo presumida, él altivo.
Si amante, no pude hacer
que despidiese un amigo
á mi voluntad opuesto,
de sus secretos archivo,
mal mi gusto procurara
teniéndome en su dominio;
pues de un amante rebelde
se hace un tirano marido.
Quise volverme á mi estado,
cuando á consolarme vino
Alejandro, y consolarse,
quejoso de tus desvíos.
No sé que deudo se engendra
entre los que de un mal mismo
estan enfermos: mas sé
que al instante que nos vimos
los dos, lo que compasion
recíproca fue al principio,
convirtió la semejanza
del mal en amor benigno.
Yo despreciada de Cesar,
él por tí puesto en olvido,
y los dos vuestros estorbos,
paréceme que os servimos
él y yo, si os despejamos
respetos de haber querido,
y agraviar pasadas prendas

que dan pena á agradecidos.

NARCISA.

¿Luego Alejandro pretende
ser tu esposo?

ALEJANDRO.

Determino
aun hasta en esto imitar
las dichas que en vos envidio.
Sirena (dadme licencia
para alabarla) es prodigio
de amor, pues cura mis celos,
contra la opinion de Ovidio.

NARCISA.

Cure muy en hora buena;
¿mas para qué habeis venido
á darme á mí cuenta de eso?
¿Podreis los dos persuadiros
que vengándoos de mudanzas,
he de llegar yo á sentirlo
de suerte, que forme quejas?
¡Qué estratagema tan tibio!
Quiérame á mí el duque bien;
para ocupar tal vacío,
sois vos muy poco sugeto.

ALEJANDRO.

Yo con Cesar no compito,
antes vengo á suplicaros
que siendo nuestros padrinos,
faciliteis con su alteza
permisiones; que he temido
que gusta estorbar mi suerte.

NARCISA.

Otro tanto me ha pedido
Marco Antonio, confiado
en que siempre fue bien visto,
cuerda eleccion de Sirena.

SIRENA.

Por eso solo le privo
de tan desigual intento.

NARCISA.

¿Pues no le has favorecido?

SIRENA.

Por causar celos á Cesar,
amante le hice de anillo.
Salióme mal esta traza;
tenga, condesa, contigo
mejor lugar mi eleccion,
y haz esto que te suplico.

NARCISA.

Yo vengo muy bien en ello;
mas temo que ha de impedirlo
el duque, formando agravios
de que en prenda que bien quiso,
ponga un vasallo los ojos.
Escusad este peligro,
y dáos las manos los dos,
sirviéndoos yo de testigo;
que hecho una vez, no tendrá
remedio cualquier designio
que pretenda deshacerlo;
y despues, si le apaciguo,
(que sí haré, segun me adora)
podreis mas ostentativos
celebrar conformidades.

ALEJANDRO.

¡Qué bien, señora, habeis dicho!
Dadme, marquesa, esa mano.

SIRENA.

El alma con ella os rindo.

(*Danse las manos.*)

NARCISA, *aparte.*

¡Cielos, que esto va de veras!

CESAR, *aparte.*

Tormentos, ¡qué es lo que miro!
Vive Dios, que pierdo el seso.

NARCISA.

(*Apartándolos.*)

Esperaos: que es desvarío,
en lo que ha de durar tanto,
arrojaros sin medirlo.
Mirad que los dos celosos,
determinais ofendidos,
sospechando que os vengais;

peligrosos laberintos.
Yo sé que no os quereis bien;
acabad de persuadiros
que os entiendo.

ALEJANDRO.

Acabad vos,
Narcisa, ya el impedirnos
lo que os importa tan poco;
que por el cielo os afirmo
(ya que llegais á apurarme)
y por su eterno artificio,
que de veros empleada
en Cesar (de quien no envidio
mudanzas que en vos adora)
estoy tan agradecido,
cuanto os soy deudor de haberme
el alma restituido,
que tiranizada un tiempo,
se malogró en vuestro hechizo.
Sirena (que pues á esto
llegamos, fuerza es decirlo)
os hace tantas ventajas
en la belleza que admiro,
la discrecion, la firmeza
que el duque puso en olvido,
cuanta la luz á la sombra,
cuanta el diamante á los vidrios.
Mátenme vuestros desprecios,
y vuelva yo á los martirios
de amaros (que es maldicion
que tiemblo), si no os olvido,
si á la marquesa no adoro
mas que al sol el opuesto indio,
mas que el iman á su estrella,
mas que la flor al rocío.

SIRENA.

Y yo, que lealtades pago,
si menosprecios castigo,
tanto á Cesar aborrezco,
cuanto en vos, amante mio,
de dueño y gustos mejoro;
que el imperio no hace digno

á quien por sí desmerece,
ni yo sus lisonjas sigo.
Vos firme, Cesar mudable;
vos afable, él presumido;
vos amoroso, él severo;
vos leal, él fementido;
¿qué mas dicha que olvidarle?
¿qué mas suerte, si os elijo?
¿y qué mas bien que llamaros
descanso de mis suspiros?

CESAR.

(*Saliendo.*)

Primero, mudable, ingrata....

NARCISA.

Primero, desconocido....

CESAR.

Que tal veas....

NARCISA.

Que tal goces....

CESAR.

Mi venganza....

NARCISA.

Tu castigo....

CESAR.

Narcisa, ya yo no os amo.

NARCISA.

Señor, lo que os quiero finjo.

CESAR.

Celos se curan con celos.

NARCISA.

En mi daño lo averiguo.

CESAR.

Dad la mano á vuestro amante.

NARCISA.

Resistirálo ofendido.

ALEJANDRO.

Maĺ podré, si satisfecho
adoro lo que resisto.

(*Danse las manos.*)

CESAR.

Vos, marquesa, sois mi esposa.

SIRENA.

Bien os tengo merecido.

(*Danse las manos.*)

CESAR.

Basta, que amor funda estados,
y da en admitir arbitrios.

ESCENA XVII.

CARLOS.—DICHOS.

CARLOS.

En busca de vuestra alteza....

CESAR.

Carlos, dad reconocido
los plácemes á mi esposa;
y vos, mi bien, á mi amigo
favoreced.

SIRENA.

Con tal nombre
en estimarle os imito.

CARLOS.

Gocéisos los dos mil años.

ESCENA XVIII.

GASCON.—DICHOS.

GASCON.

¡Dos horas! ¡Cuerpo de Cristo
con la prision jardinera!
Si supieras los mosquitos
que me daban garrochon....
Pero ¿qué es esto que miro?
¿Dos á dos y mano á mano?
¿Juegan cañas Baldovinos
y Belermas? Si os casais,
el cura soy, yo os bendigo.

Marco Antonio está á la puerta;
pues no es de los escogidos,
á la puerta, por lo bobo,
le arroje amor como niño,
y escarmienten en él necios.

CARLOS.

El senado sea testigo
de que en materia de amores,
segun los ejemplos vistos,
Celos con celos se curan.

GASCON.

Si contentan, digan *vítor*.



EXAMEN

DE

CELOS CON CELOS SE CURAN (1).

Entre las comedias que compuso el Maestro Tirso de Molina, pocas podrán presentarse al público tan arregladas en su plan, tan bien seguidas, ni de un estilo tan modesto y urbano como la presente. Es verdad que en todas manifiesta un ingenio agudo, un conocimiento poco comun del corazon humano, y una gracia cómica inagotable; pero al mismo tiempo que se admiran estas escelentes prendas, se advierte tambien falta de conducta en la accion, de enlace en algunas escenas, situaciones indecorosas para el teatro, y pensamientos cuya osadía ofende la delicádeza de los espectadores.

La comedia que insertamos, se halla libre de estos defectos. La idea está bien concebida, la intriga es interesante, las situaciones muy verosímiles, y el lenguage decoroso y noble. La combinacion dramática es original, á pesar de que algunos hayan juzgado que tiene alguna analogía con los *Milagros del desprecio* de Lope de Vega. Mas facil es de creer que Moreto debió en parte á la de Tirso su hermosa comedia *El desden con el desden.* Nosotros sin embargo no advertimos que tenga la de Tirso con las dos citadas ninguna conexion particular, y aunque pudiera defenderse aquella opinion, nos parece que las razones que se alegasen serian mas ingeniosas que sólidas. Lope y Moreto pintaron dos mugeres desamoradas y enemigas de los hombres, y dos amantes que vencen al fin su obstinacion, el uno con los desprecios y el otro con el desden. Tirso de Molina se propuso otro objeto diferente, y los medios dramáticos que emplea son por con-

---

(1) Copiado de la coleccion general de comedias escogidas.

siguiente distintos. Sirena no aborrece á los hombres; ama á Cesar apasionadamente; pero es caprichosa y altiva: este es el caracter que quiso pintar el poeta, y lo consiguió con sumo acierto. Sirena se empeña en separar á Cesar de la amistad de Carlos, sin otra causa que su antojo y vanidad.

Carlos, sea ó no leal,
me cansa, y no será bien,
Cesar, que querais vos bien
á quien me parece mal;
dejarle será señal
de que á mi amor os obligo.

CESAR.

Mirad, señora....

SIRENA.

Esto os digo:
leyes de mi gusto son;
Cesar, en resolucion,
ó con Carlós, ó conmigo.

La amistad que intenta destruir, en nada la ofende, no presenta obstáculo alguno para lograr la mano de Cesar, ni tampoco se opone á su deseo la grandeza á que sube su amante ocupando el trono de Milan. Es, pues, el orgullo el que la inspira la idea de atormentarle con los celos de un hombre de corto mérito: juzga que de este modo será mas solemne el triunfo de su vanidad, y mas segura la posesion de su amante.

SIRENA.

He nacido,
Diana, tan sobre mí,
que si le favorecí
hasta este punto, no sé
desde agora lo que haré, &c.
. . . .
Yo solo intento querer,
aunque soberbia parezca,
amante que engrandecer,
no duque que me engrandezca, &c.
. . . .

DIANA.

Pero ¿con quién le darás
celos, rabiosos venenos?

SIRENA.

Con hombre que valga menos,
para que lo sienta mas.

Desde esta escena empieza á interesarse vivamente el espectador; porque el medio que adopta Sirena es inoportuno y violento, y debe producir las consecuencias que la indica Diana.

De esas cuentas
no sé si has de salir bien.
. . . .
Celos engendran olvido,
si paran en menosprecio.

SIRENA.

Yo he de probar los quilates
de los celos.

DIANA.

Grande error
es que probar hombres trates;
porque pruebas en amor
suelen llorar disparates.

Las escenas siguientes del primer acto, y todas las demas hasta el fin de la comedia, van aumentando progresivamente el interes. Por el pasage que Gascon refiere con tanta gracia, y despues por la visita de Marco Antonio, penetra Carlos los designios de Sirena.

Ya de tu desasosiego
la cura eficaz hallé;
que mas alcanza quien ve,
que el que se ocupa en el juego.
Ni Sirena te aborrece,
ni mi amistad la da enojos,
ni en Marco Antonio los ojos
pone, ni le favorece.
Por tenerte inclinacion,
con ardides te conquista
su amor; sé buen estadista,

y lograrás tu aficion.
Muger que estima el secreto
de su amor de suerte en tí,
que le recela de mí,
si no te quiere, ¿á qué efeto
mandarle publicar pudo
á este necio opositor?
. . . .
Descuida el asegurar,
y aviva mucho el temer:
vete Sirena ensalzado,
por duque reverenciado,
y casi real tu poder;
dificulta su esperanza
al paso que vas creciendo,
y amor por celos subiendo,
lo mas remontado alcanza.
A mas subir, mas escalas
para alcanzarte procura,
porque á tan sublime altura,
mal volará amor sin alas.

Le aconseja que se valga de las mismas armas para vencer los ardides de Sirena.

Finge amar en otra parte;
que celos en competencia,
donde hay menos resistencia,
vencedor han de sacarte.
Sirena es muger; no puede
siéndolo, disimular
su menosprecio y pesar;
fuerza es que vencida quede.
Amante que fue querido,
y ruega menospreciado,
muestras da de afeminado,
cuando se humilla ofendido;
y no has de ser tú tan necio,
que ruegos en tal sazon
animen su presuncion,
y engendren su menosprecio.

Cesar adopta el pensamiento de Carlos, y se resuelve á ejecutarle. Con este designio va á casa de Narcisa. Las situaciones que saca de aquí el poeta son admirables. La escena décima del acto segundo está llena de verdad y de interes, y las salidas repetidas de Alejandro son muy propias de los celos que sufre, y hacen un gran efecto en el teatro. Todas las escenas siguientes estan bien enlazadas y llenas de movimiento y vida. Igualmente tienen el mismo mérito las del acto tercero; pero la mas dramática es la sesta, en que Sirena recibe el castigo de su vanidad con el desprecio y desengaño de Cesar. La inclinacion que este y Narcisa se manifiestan es muy natural, y este medio de que se vale el poeta, al mismo tiempo que acredita su conocimiento del corazon humano, le sirve ingeniosamente para atormentar á Sirena, que observa escondida los progresos de unos amores escitados únicamente por su indiscrecion. ¡Cuánto debe padecer su orgullo al ver que el fingido afecto de Cesar se convierte en una pasion efectiva! Si no le hubiera puesto en la necesidad de vengarse por los mismos medios de que ella se valió para ofenderle, no se hubiera enamorado de Narcisa, ni esta le hubiera correspondido. Queda, pues, completamente castigada. Sin embargo, seria demasiado cruel esta venganza, é injusta la suerte que sufriria Alejandro, si el poeta no reconciliase á los dos amantes. Este desenlace acredita su talento dramático, y deja completamente satisfecho al espectador. Marco Antonio paga su estupidez con el desprecio, como ha sucedido y sucederá siempre á todos los necios que se llenan de un insensato orgullo, cuando se ven favorecidos sin merecerlo.

En cuanto al mérito de los diálogos, al de las gracias cómicas, del lenguage y de la versificacion, no hay mas que decir, sino que son obra de la pluma del Maestro Tirso de Molina; y solo sentimos no poder aprobar estos versos de la escena diez y seis del tercer acto.

CESAR.

Primero, mudable, ingrata....

NARCISA.

Primero, desconocido....

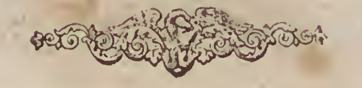
CESAR.

Que tal veas....

NARCISA.

Que tal goces....

Porque son de malísimo gusto, inverosímiles y agenos de la situacion, aunque parezcan ingeniosos. Se olvidó Tirso al componerlos de que cuando habla la pasion, enmudece el ingenio.



ESTO SÍ QUE ES NEGOCIAR,

COMEDIA.

PERSONAS.

EL DUQUE DE BRETAÑA.
ROGERIO.
LEONISA, *serrana.*
CLEMENCIA, *dama.*
ENRIQUE, *conde.*
PINARDO.
CARLIN, *pastor.*
FIRELA, *pastora.*
ALBERTO.
FILIPO.
MARGARITA, *duquesa.*
CRIADOS.
UN PAGE.
ACOMPAÑAMIENTO.

La escena es en Nantes y sus inmediaciones.

ACTO PRIMERO.

Campo entre la casa de Rogerio y la de Leonisa.

ESCENA I.

LEONISA. ROGERIO, *de camino.*

ROGERIO.

Sin quitarme las espuelas,
mi bien, en tu busca vengo.
¿Cómo estás? Mas ¿qué pregunto?
¿Cómo estará el campo ameno
cuando es su huésped el mayo,
el sol del eclipse lejos,
la luna en su exaltacion,

sin nubes ni aires el cielo?
Abril de hermosuras te hallo,
sol hermoso á verte vuelvo,
luna ¡ay Dios! no seas menguante,
cielo de milagros lleno.
Infinidad de hermosura
te dejé, y á verte vuelvo
mas hermosa. ¡A lo infinito
añades, mi bien! ¿Qué es esto?
Poco mi ausencia has sentido.—
Mira el rigor de mis celos,
que deseo hallarte hermosa,
y porque lo estás, lo siento.
¿Haste acordado de mí?

LEONISA.

Bachiller venís, Rogerio;
si enseña París lisonjas,
de escolar, volveis maestro.
Amábades antes mas,
y hablábades antes menos:
¡huego de Dios en amor
con vicio de lisonjero!
Por acá lo hemos pasado,
las noches hilando al fuego,
los dias labrando al sol,
ya en consejas, ya en consejos;
hánmelos dado, y no pocos,
de que iguale pensamientos
á mis posibilidades,
porque es soberbia quereros.
Vos hidalgo, yo villana,
vos hijo de nueso dueño,
yo su vasalla y pechera,
yo simple, vos trapacero;
¡concertadme esas medidas!
Bien sabe Dios lo que he hecho
por rempujaros del alma;
pero vos, quedo que quedo.
¡Cuántas veces me acosté
con último presupuesto
de amanecer sin cuidados;
y ruciando el aposento,

con agua bendita, dije:
"amor engañoso, arredro;
que debeis de ser el malo
en lo sotil y lo inquieto;"
y tornándome á acostar,
hallaba los ojos llenos
del agua, si no bendita,
mas salada que ella al menos.
¿De qué sirvió el derramarla,
si hallé por el caso mesmo
cada pestaña un guisopo,
cada ojo una pila vuelto?
Despierta, en fin, os echaban
mis propósitos del pecho;
mas por no cerrarle bien,
os entrábades durmiendo.
Yo en echarle, él en volverse,
cansémе, en fin, y dejélo;
porque en dando en cabezudo
amor, saldráse con ello.
Veis aquí en lo que he pasado
todo este prolijo invierno,
que vos allá entre escolares
habeis revuelto cuadernos.

ROGERIO.

Bien le llamaste prolijo,
pues siendo siglos eternos
sus noches, y yo sin tí
lo que Noruega sin Febo,
todo él ha sido una noche,
y en ella mi amor enfermo
con ansias por este dia,
á cuya luz amanezco.

LEONISA.

¿Habeis estodiado mucho?

ROGERIO.

Todo amante verdadero
es, mi Leonisa, estudioso;
libros son sus pensamientos,
hojas en la multitud,
que repasando desvelos
en letras de sus cuidados,

mas estudia y sabe menos.

LEONISA.

¡Malos años, y qué bien
lo sabeis decir!

ROGERIO.

Lo siento
mejor, dirás con verdad.
¿Qué hay en la sierra de nuevo?

LEONISA.

Parió la del herrador,
y enviudó la del barbero.

ROGERIO.

Eso poco me hace al caso.

LEONISA.

Pues ¿qué quieres saber?

ROGERIO.

Quiero,
en fe que te quiero mucho,
saber quien te quiere.

LEONISA.

¡Bueno!
Yo os juro, á fe de serrana,
que hay mas de dos en el puebro,
y mas de tres en el valle,
y al rededor mas de ciento,
que á mi padre me han pedido;
y él, como está medio ciego,
medio sordo, y enfadoso
no medio, sí todo entero,
no hace son predicarme
que acabe de darle un yerno,
y escoja entre todos uno,
que al año le dé dos nietos.

ROGERIO.

No tienes el gusto tú
á serranos toscos hecho;
que esa alma erró el hospedage
cuando entró á vivir tu cuerpo:
tu eleccion toda es hidalga.

LEONISA.

Decís verdad, y aun por eso
hay en la comarca amante

mozo, rico y caballero.

ROGERIO.

¿Es Filipo?

LEONISA.

A la primera
lo acertastes.

ROGERIO.

¿Cierto?

LEONISA.

Cierto;
y á fe que si se llevara
amor por negociadero,
que lo ha apretado de modo,
que á no tener yo tan tieso,
segun los percuradores,
ya amor fuera matrimeño.
Vueso padre me pidió
al mio para él, y el viejo,
como le sirve, no supo
si (1) dar su consentimiento.
Llamóme la misma noche,
y con los brazos al cuello,
me dijo: "Leonisa mia,
mucho es lo que á Dios debemos.
De Ingalaterra te truje
á Bretaña, y por sucesos
que por no desconsolarte,
te conviene no saberlos,
pastor, sin serlo, me hice;
que el temor y el escarmiento
allanan dificultades,
y dan oficios diversos.
Quince años há que he servido
á Pinardo, dueño nueso,
restaurando por leal
descréditos de estrangero;
Filipo ha reconocido
en tí, á pesar de groseros
estorbos, alma curiosa,

(1) Sino, mas que.

y bien nacidos respetos.
Para su esposa te pide;
mi señor es su tercero;
la vejez mi muerte anuncia,
y pueden mucho sus ruegos.
No te amilanes por ver
que es un pobre ganadero
tu padre, y tu dote humilde
tres bueyes y cien borregos;
que para el paso en que estoy,
que los blasones soberbios,
no de Filipo, del duque
que en Bretaña tiene el cetro[1],
si te igualan, no aventajan
al ilustre nacimiento
que trabajos y peligros
en tí disfrazan molestos.
Coje, pues eres discreta,
la ocasion por los cabellos,
y siendo su esposa, estima
en mí el haberte dicho esto."
Respondíle yo turbada:
"padre, dado que agradezco
la confusa informacion
que en mi abono heis descubierto,
no creais que lo ignoraba;
que mis nobles pensamientos,
desmintiendo los sayales,
que era noble me dijeron.
De tres años vine aquí;
diez y ocho solos tengo;
no quiero mal á Filipo,
ni bien tampoco le quiero;
mientras no peinare canas,
y vos vivís, haga el tiempo
su oficio, y desee ese hidalgo;
que si el amor es deseo,
cuanto mas presto se alcanza,
se estima despues en menos;
que joya que cuesta poco,
diz que se aborrece presto."
Iba el viejo á replicarme;

pero dejéle con esto,
y vine á pagar albricias
al alma que llegó á veros;
que ella misma adivinó
que no era posible en medio
de tormenta tan mortal
no aparecerse San Telmo.

ROGERIO.

¿Hay discrecion mas sabrosa?
En esta mano qué beso,
cifro las ponderaciones
de un firme agradecimiento.
Nunca tuve duda yo
de que eres noble; que el cielo,
aunque disfrazado en nubes,
muestra lo que es al discreto.
¿Qué importa que sierras vivas,
si muestra tu entendimiento,
aunque en sencillas palabras,
la alteza de sus conceptos?
Mas rico es que yo Filipo;
mas no, mi bien, en deseos,
que durarán hasta tanto
que seas el gozo de ellos.

LEONISA.

Soy serrana.

ROGERIO.

El oro lo es.

LEONISA.

Sois noble.

ROGERIO.

Porque te quiero.

LEONISA.

Soy forastera.

ROGERIO.

Eslo el sol.

LEONISA.

Soy constante.

ROGERIO.

Pues por eso.

ESCENA II.

PINARDO.—LEONISA. ROGERIO.

PINARDO.

¡Rogerio!

ROGERIO.

¡Padre y señor!

PINARDO.

¿Tú aquí? Pues ¿tan descansado
llegas, que buscas el prado?
¿No fuera en casa mejor?
¡Sin descalzar las espuelas!
¡sin reparar lo que abrasa
la siesta!

ROGERIO.

No te hallé en casa;
que siempre el sueño desvelas:
por mirar tus granjerías
en busca tuya salí;
encontré á Leonisa aquí;
díjome que ya venias;
afirmame que se casa
por orden tuya, muy bien,
y dábale el parabien
mientras tornabas á casa.

PINARDO.

Si he de creer en señales
que con escusas previenes,
Rogerio, esos parabienes
los juzgas tú para-males.
Filipo nuestro vecino
á Leonisa tiene amor;
hízome su intercesor,
y á hablarme para esto vino;
que puesto que es desigual
el casamiento que intenta,
bellezas Leonisa aumenta
que son su dote y caudal;

pues juzga la juventud,
si amor de límites sale,
que á la riqueza equivale
la hermosura y la virtud.
Tú seas muy bien venido;
éntrate, Leonisa, allá;
no salga Filipo acá,
que con ojos de marido
te mira, y son diferentes
que los ojos del galan;
pues cuando ocasiones dan
amorosos accidentes
á un amante desvelado,
puesto que paciencia tenga,
hay quien dice que se venga
despues que se ve casado.

LEONISA.

Hasta agora, señor mio,
¿de qué se puede quejar,
si el sí le tengo de dar,
y ese estriba en mi albedrío?

PINARDO.

Dióle tu padre por tí,
y tú estás sujeta á él.

LEONISA.

Pues despósese con él
Filipo, y déjeme á mí;
que si me hicieron los cielos
serrana, la seda olvido,
y yo no quiero marido
que se entra en casa por celos. (*Vase.*)

ESCENA III.

—

PINARDO. ROGERIO.

PINARDO.

Rogerio, estímate en mas;
Leonisa no te merece;
la hermosura desvanece;

sabio me dicen que estás;
y el sabio en las ocasiones
sábias resistencias cria;
no ostentes filosofia,
si no resistes pasiones.
Ya Leonisa está casada;
¿qué es lo que pretendes de ella?

ROGERIO.

Si porque hablaba con ella,
esa sospecha escusada
á reprenderme te obliga,
culpa, señor, tus engaños,
y Filipo muchos años
la goce, y su amor prosiga;
que yo con otros desvelos....

PINARDO.

No digas mas; esto ha sido
dejarte solo advertido.

ROGERIO, *aparte.*

¡El primer encuentro es celos!

PINARDO.

¿Graduástete en París?

ROGERIO.

Con aplauso universal;
fue el concurso general,
honróme la flor de lis.
Dicen exageraciones (1)
varias alabanzas mias;
tuve en escuelas tres dias
tres diversas conclusiones.
De cánones y de leyes,
señor, las primeras fueron,
y agradables asistieron
á autorizarlas los reyes.
Tuve de filosofia
las segundas: la alabanza
propia poca fama alcanza;

(1) Los veinte y ocho versos siguientes hasta el de, *y en fin, llegué á tanta estima*, faltan en la reimpresion hecha por doña Teresa de Guzman.

no he de exagerar la mia;
mas dígalo el envidioso;
que de él la quiero fiar:
rótulos haz trasladar,
que en ellos *el prodigioso*
me llaman, donde ver puedes,
porque mas honras me apoyen,
que si las paredes oyen,
ya hablan por mí las paredes.
De toda la teología
las terceras sustenté,
y tan noble este acto fue,
que duró por todo el dia.
Salí en hombros de maestros
por las calles laureado,
despues que recebí el grado
del decano de los nuestros;
y, en fin, llegué á tanta estima,
que los que mas me envidiaban,
por cláustro despues me daban
las tres cátedras de prima.
Enviásteme á llamar
para cosas de importancia,
dejé la corte de Francia,
y al vulgo que murmurar,
y, en fin, vengo á tu presencia,
donde podré defender
que el saber obedecer
es la mas perfeta ciencia.

PINARDO.

De mas consideracion
es el cargo que te espera,
que cuantos darte pudiera
París en tu profesion.
Si el venir juzgas á agravio,
verás en distancia corta
cuanto, Rogerio, te importa
ser en esta ocasion sabio.
No te quiero decir mas,
por darte junto el contento.

ESCENA IV.

CARLIN.—DICHOS.

CARLIN.
¡Verá el acompañamiento
que traen delante y detras!

PINARDO.
¿Qué es eso?

CARLIN.
Que se desliza
acá el duco y sus vasallos,
y con mulas y caballos
mos destruyen la nabiza.
Ya se apea en el zaguan
de casa la gente toda,
y á fe que viene de boda.

PINARDO.
Si aquí los duques estan,
por tí vienen; ven, y anima
tu valor.

ROGERIO.
Declara mas
tus palabras.

PINARDO.
Hoy sabrás
el alma de aqueste enìma.
(*Vanse Pinardo y Rogerio.*)

CARLIN.
¡Verá qué engorgollotada
la hermana duca venia!
Carlancas crô que traia,
segun que la vi espetada.

ESCENA V.

—

FIRELA.—CARLIN.

FIRELA.

¿Hay mas roído y tropel?
¡Malos años para ella,
y cuál viene la doncella
guarnecida de oropel!
¿Acá estabas tú, Carlin?

CARLIN.

Acá estó. ¿Vistes la dama?

FIRELA.

Trabajo tendrá quien la ama
con tanta ropa y botin.

CARLIN.

Dad al diabro la muger,
que gasta galas sin suma;
porque ave de mucha pluma
tiene poco que comer.

FIRELA.

Ya parece que despuntas.

CARLIN.

El que la llegue á abrazar,
por fuerza se ha de picar,
segun la guarnecen puntas.
¡Pues el carro en que venia....!

FIRELA.

Esa se llama carroza.

CARLIN.

¿Nombre le dan de coroza?
Debe ser en profecía;
porque ninguna carreta
de estas, aunque tachonada,
escapa de encorozada
por lo que tien de alcahueta.
Mas vó á verlos, ya que estan
aquí.

FIRELA.

¿Para qué?

CARLIN.

Dijoren
los que el duco acompañoren
que ambos son de mazapan. (*Vase.*)

ESCENA VI.

—

LEONISA.—FIRELA.

LEONISA.

¡Ay Firela! muerta vengo.
Si supieras las desgracias
que tras el pasado bien
mis tormentas acompañan,
cuán de ordinario se sigue
tormenta tras la bonanza,
tras la serenidad, nubes,
y tras los contentos, ansias,
¡qué lástima me tuvieras!
No há un instante que colmaba
el corazon de alegrías,
la voluntad de esperanzas;
yá mi paz se volvió guerra,
mi buena suerte trocada,
lutos ya mis regocijos.
¡Ay cielos!

FIRELA.

Pues bien, ¿qué pasa?

LEONISA.

¿Viste venir á Rogerio
añadiendo al mayo galas,
gentilezas á esta sierra
y envidias á su alabanza,
el mas sabio de París,
mas noble de esta comarca,
mas bizarro de este reino,
mas firme de cuantos aman?

FIRELA.

Vile, y díle bienvenidas.
Pues, ¿qué hay de nuevo?

LEONISA.

¡Ay serrana!
Agravios de mis desdichas,
rigores de sus mudanzas.

FIRELA.

¿Mudóse?

LEONISA.

Peor, Firela.

FIRELA.

¿Es muerto?

LEONISA.

Poco le falta,
si se va y no ha de volver,
si, en fin, me olvida, y se casa.

FIRELA.

Vuelve en tí, serrana hermosa.
¿Qué dices? Si no es que agravias
tu cordura, nunca afirmes
cosas en tí tan contrarias.
¡Hoy venido, y hoy ausente
Rogerio! Apenas se aparta
de tí perdido de amores,
¡y ya agenas prendas trata!
No lo creas.

LEONISA.

¡Ojalá
que locuras me engañaran,
á trueque que no salieran
verdaderas mis desgracias!
Estaba contenta yo
de que siendo su vasalla,
de Pinardo sucesor,
aunque noble su prosapia,
imposibles prometia,
y pagándome en palabras,
en sabrosas dilaciones
mis deseos dilataba;
que aunque nunca se cumplieran,
dificiles esperanzas

voluntades entretienen,
y desengaños los matan.
Mi Firela, aquestos lloro:
llegó el duque de Bretaña
con Clemencia su sobrina
y toda su corte, á casa.
Fueron Pinardo y Rogerio
á darles la bien llegada....
¡Quién pensara tal desdicha!
Siempre es necio el *¿quién pensara?*
Apenas llega Rogerio,
cuando amoroso le abraza
y por hijo le confiesa
el duque, bañando canas
tributos del corazon.
Toda la gente se espanta;
Pinardo le llama alteza,
Clemencia esposo le llama.
Húbole, segun dijeron,
Carlos duque en una dama,
cuya nobleza publica,
puesto que su nombre calla.
Crióle (por no dar celos
á Isabela que Dios haya,
del duque Carlos esposa)
Pinardo en estas montañas;
por padre le respetó;
mas ya que viudo repara
dificultades el duque,
hasta agora receladas,
y la duquesa sin hijos
hospedages desampara
del cuerpo, que á sus principios
se vuelve, volando el alma,
clausuras rompe el secreto,
y toda lenguas la fama,
hijo natural publica
á Rogerio. ¡Cosa estraña!
Grave admite parabienes,
y como si no ignorara
desde el dia en que nació,
dichas, para mi desgracias,

sin causarle este contento
turbacion, muestra en la cara
que al sabio y al generoso
no le alborotan mudanzas.
En fin, le lleva consigo
el duque, y enamorada
Clemencia, (si he de creer
celos que todo lo alcanzan)
á un conde llamado Enrique
que con esperanzas falsas
ser su esposo pretendia,
y al viejo duque acompaña,
olvida, desdeña, ofende,
martiriza, hiela, abrasa,
niega, desprecia, despide,
injuria, despulsa y mata.
Todo esto he visto en su rostro,
que las colores desmaya
que bosquejaba el contento,
y ya su muerte amenazan.
¿Qué he de hacer, Rogerio duque,
viudas ya mis esperanzas,
Clemencia triunfando de ellas,
yo por pastora olvidada,
él á su padre obediente,
amor con mayores llamas,
quiméricos mis deseos,
él sin amor, yo sin alma?

FIRELA.

Olvidar, Leônisa hermosa,
y advertir que eres serrana,
y Rogerio nueso duque;
que diz que amor no tien alas
para alcanzar imposibles,
ni jamas mide distancias,
por mas que alegues ejempros
que de este modo se apartan.
Filipo es noble y es rico,
y si á Rogerio no iguala,
pues por esposa te pide,
no es la contrayerba mala.
Ama á quien te quiere bien:

olvida, pues eres sábia;
desprecia á quien no te quiere,
y un clavo con otro saca.

LEONISA.

¡Qué bien receta remedios
la voluntad que está sana,
Firela, á la que está enferma!
Facil olvidar me mandas;
pero ¿dónde está ese olvido?
Quítale al mar toda el agua,
y pasarásle á pie enjuto:
los celos diz que se llaman
provision de la memoria;
celosa y enamorada,
¿cómo quieres tú que olvide?

FIRELA.

Acá se acerca la dama
con un hombre.

LEONISA.

Ese es Enrique.

FIRELA.

Pues, Leonisa, ó vete, ó calla.

LEONISA.

¿Cómo podré?

FIRELA.

¿Qué sé yo?
(*Yéndose.*)

LEONISA.

Pues ¿vaste?

FIRELA.

A ver lo que pasa
allá; que no quiero ser
testigo aquí de tus ansias. (*Vase.*)

ESCENA VII.

—

ENRIQUE. CLEMENCIA.—LEONISA, *que se queda oculta, escuchando.*

ENRIQUE.

Entretanto que recibe
Rogerio los parabienes
de lisonjeros, y vive
una esperanza que tienes
casi muerta en mí, apercibe,
Clemencia, obsequias funestas,
de mi suerte triste fruto,
si ya no te son molestas;
que sí serán, pues mi luto
no viene bien con tus fiestas.
¡Ay prima! (que no me atrevo
á darte nombre de dama,
mientras á los rayos pruebo
de mi amor, que es todo llama,
tu fe) el regocijo nuevo
conozco con que ya estimas
al pupilo de Pinardo,
á quien con tu amor animas,
y del gran duque bastardo,
en tus ojos legitimas.
Casarle el duque pretende
contigo, y sin resistencia..
el valor que en tí se ofende,
atribuirás á obediencia
la inclinacion que te enciende.
Darásle el sí con la mano,
porque el alma te dedique
hoy un duque, ayer villano;
ya habrás olvidado á Enrique;
ya le juzgarás tirano
de tus gustos; ya en tus ojos
rigores deletrearé,
si antes risueños despojos;

ya quien blanco de amor fue,
lo será de tus enojos.
Muere mi amor donde nace
el de Rogerio, Clemencia;
es duque, y te satisface,
y darásme por sentencia
que todo lo nuevo aplace.

CLEMENCIA.

Enrique, ¿qué has visto en mí
para culparme indiscreto?

ENRIQUE.

Almas en tus ojos ví
transformadas en objeto
villano.

CLEMENCIA.

Si hablas ansí,
desacreditas cuidados
en ti siempre comedidos,
y agora demasïados.

ENRIQUE.

Nunca entre los ofendidos
son los cèlos bien criados.
Pero pues vuelves por él,
¿qué mas certidumbre buscan
mis penas, prima crüel?

CLEMENCIA.

Las quimeras que te ofuscan,
como vienen de tropel,
no te dejan discurrir:
sosiégalas poco á poco;
que si es de cuerdos sufrir,
todo arrojamiento es loco,
y no digno de sufrir.
¿Qué favores hasta agora
á Rogerio ves que he dado,
que así mi fe se desdora?
El duque le ha confesado
por su heredero, y le adora;
lleguéle el pláceme á dar
por hijo suyo y mi primo,
sabio y digno de admirar;
porque yo no desestimo

quien de mí se quiere honrar.
Ofrecióle que seria
mi esposo el duque; es ansí:
¿dije yo que lo admitia?
¿díle agradecida el sí?
¿mostré en oirlo alegría?
¿Con qué livianos favores
le honré, que tanto te espantas,
y me atribuyes rigores?
¿Ves, primo, como adelantas
antes de tiempo temores?

ENRIQUE.

¿Luego no le quieres bien?

CLEMENCIA.

Quiérole como á mi primo.

ENRIQUE.

Y como á amante tambien.

CLEMENCIA.

Estímame, pues te estimo;
que no todo lo que ven
ojos nobles, lo apetecen.

LEONISA, *aparte.*

¡Ay si esto fuese verdad!

ENRIQUE.

Sospechas me desvanecen;
pero si en esa beldad
mis dichas se fortalecen,
á tu ilustre resistencia
trofeos labre mi amor.
Mas él vuelve á tu presencia.
¡Ay! Si te hallase *rigor*,
fueras para mi *Clemencia*.

ESCENA VIII.

—

ROGERIO.—CLEMENCIA. ENRIQUE. LEONISA, *escondida.*

ROGERIO.

Hame mi padre mandado,
bella señora, que asista

de ordinario á vuestra vista,
porque conoce el cuidado
que me causa estar ausente,
y darle gusto deseo
por lo mucho que granjeo
siéndole en esto obediente.

CLEMENCIA.

Débole yo, gran señor,
tanto al duque que procura
aumentos de mi ventura
con vuestro.... (*Aparte.* Dijera amor,
á no estar Enrique aquí.
¡Qué apacible gallardía!)

ROGERIO.

Cuando de la suerte mia,
que quiere mostrar en mí
el poder con que me ampara,
otra dicha no tuviera;
cuando ilustre no naciera,
y á Bretaña no heredara;
indicios he visto claros
de lo mucho que le debo,
pues por su causa me atrevo....
Iba á decir, á adoraros;
pero juzgaréisme loco,
si sois tambien de opinion
que la amorosa pasion
se introduce poco á poco.

LEONISA, *aparte.*

¡Ay alma! ¿no escuchais esto?
Murió mi esperanza aquí.
¡Que me haya olvidado ansí!
¡Que se enamoró tan presto!
¡Amada y aborrecida
en un instante! ¡en un punto
mi amor nacido y difunto!
¡él ingrato y yo sin vida!
Troqué dichas por enojos;
toda soy penas.

ENRIQUE, *aparte.*

Por Dios,

que en mirándose los dos,
se despulsan por los ojos.

CLEMENCIA.

(*A Rogerio.*)

Mandóme el duque mi tio
deciros cierta advertencia.

(*A Enrique.*)

Conde, con vuestra licencia.

ENRIQUE, *aparte.*

Alto, desengaño mio,
apercebid sepultura
á mi esperanza, que ya
indicios de muerta da.

(*Retírase, y quédase al paño.*)

ROGERIO, *aparte.*

Aunque divertir procura
la memoria mi cuidado
de Leonisa, á la presencia
bellísima de Clemencia,
bien podré mudar de estado;
mas de amor, es imposible.

CLEMENCIA.

Mandóme el duque, en efeto,
deciros que en el objeto
de vuestro talle apacible....
No me ha dicho el duque nada;
que si secretos fingí,
fue para apartar de aquí
quien os compite y me enfada.

ROGERIO.

Si es amor entre los dos
antigua correspondencia....

CLEMENCIA.

Fuélo; mas no hay competencia,
duque gallardo, con vos;
los suyos fueron ensayos
de este amor ya verdadero.

LEONISA, *aparte.*

Yo me abraso, yo me muero.

ENRIQUE.

(*Desde donde está acechando.*)

¡O celos, de amor desmayos,

de mi muerte esploradores!

ROGERIO.

No há mucho que fui villano;
si me atreviere á esta mano,
(*Tómasela.*)
aumento de mis favores,
ya veis que me da licencia
nuestro proverbio vulgar.

LEONISA, *aparte.*

¿Que se la dejó besar?
Seso, á Dios; á Dios, paciencia.

(*Sale, y apártales las manos, metiéndose en medio, como que busca en el suelo algo.*)

Con su licencia, señora;
que se me perdió un zarcillo,
dádiva de mi carillo,
y le ando buscando agora.

CLEMENCIA.

¿Qué es esto? Apártate allá,
grosera.

LEONISA.

¡Válgamos Dios!
¿tan delgados son los dos?

ROGERIO, *aparte.*

¡Ay mi bien!

LEONISA.

Hágase acá;
que ancia aquí se me cayó.

ENRIQUE, *aparte.*

¡O serrana mas discreta
que yo!

LEONISA.

Cuando aquí me meta,
¿no estoy en mi casa yo?
Cada cual mande en la suya.

ROGERIO, *aparte.*

¡Ay Leonisa de mis ojos!
autor soy de tus enojos;
no há mucho que prenda tuya
me llamabas: soy yo duque;
por fuerza te he de olvidar.

LEONISA.

¿Qué piensa? Hele de buscar,
aunque la casa trabuque.

CLEMENCIA.

Rústica, ¿sabes quién soy?

LEONISA.

Una muger, cuando mucho,
con gorguera y cocurucho.
Veré agora.....

ENRIQUE, *aparte.*

Muerto estoy;
celos me abrasan el pecho.

ROGERIO.

Apartaos, señora, aquí.
(*Apártanse Rogerio y Clemencia á un lado.*)

LEONISA, *aparte.*

Busco un alma que perdí,
y que es en vano sospecho.

ROGERIO.

(*A Clemencia.*)
Sois perfeccion de los cielos;
sois cifra de su esplendor.

LEONISA, *aparte.*

Buscan mis penas amor,
y todo cuanto hallo es celos.

CLEMENCIA.

Creed, Rogerio gallardo,
que en un hora habeis podido
engendrar amor y olvido.....

ENRIQUE, *aparte.*

Desdichas, ¿qué mas aguardo?

CLEMENCIA.

Olvido de cierto amante
que es vuestro competidor,
y en la privanza de amor
estuvo muy adelante;
y amor, por lo que os estimo
despues que gustos mejoro;
que sobre el amor que es oro,
es esmalte el ser mi primo.

ROGERIO.

Dadme á besar esa mano,

que tanto favor me da.

LEONISA.

¿Otra vez? Hágase allá.

(*Vuelve á separarlos.*)

CLEMENCIA.

¿Hay proceder mas villano?
¡Bárbara!

LEONISA.

¿Bárbara yo?
No soy, aunque caritiesa,
ni Bárbara, ni Teresa;
sí Leonisa.

CLEMENCIA.

Aparta.

LEONISA.

¿Yo?
Apártese ella; que aquí
nenguno puede mandar,
sí yo, y tengo de buscar
diez años lo que perdí.

CLEMENCIA.

¡Vive el cielo, mal criada....!

LEONISA.

¿Mal criada? Por su vida,
mas gorda soy y cumprida
que ella. ¡Verá la empringada!

ROGERIO.

No hagais caso, dueño mio,
de simplezas de la sierra:
dejalda; que, en fin, si yerra,
es simple su desvarío.

LEONISA.

Y aun por ser simple y sencillo,
sois vos, Rogerio, doblado.

ROGERIO.

Volviendo á nuestro cuidado....

LEONISA.

Volviendo yo á mi zarcillo....

ROGERIO.

Para alentar mas mi amor,
quiere mi suerte que elija

glorias en esta sortija.

(*Quítale una á Clemencia.*)

LEONISA.

(*Aparte.* ¿Sortija tomó el traidor?)
Apártense que ancia aquí
debe de estar.

CLEMENCIA.

¡Qué molesta
villana!

LEONISA.

¡Ingrato, para esta!
Verá como le cogí.

(*Ase de la mano á Rogerio.*)

No le buscaba yo en vano;
este es mi arillo perdido;
los dos me le habian cogido.

CLEMENCIA.

Suelta.

LEONISA.

(*Quitando la sortija á Rogerio.*)

Echad acá la mano;
que no ha de estar sí en la oreja.
¡Verá la dama ladrona!

CLEMENCIA.

¡Hola! ¿no hay aquí persona?

ROGERIO.

Leonisa, basta la queja;
mirad que estais ya pesada.

LEONISA.

Sí haré, porque fuí ligera.

(*Aparte á él.*)

¡Pegaos á la caballera,
y no pagueis la posada
de quien os tuvo en su pecho!
¡Ah mudable, ingrato, infiel,
traidor, liviano, crüel!
¿paréceos que esto es bien hecho?
¡Bien pagais mi amor sencillo!
¡mucho hay en vos que fiar!

ESCENA IX.

—

UN CRIADO.—ROGERIO. CLEMENCIA. LEONISA. ENRIQUE, *oculto.*

CRIADO.

El duque os envia á llamar.

LEONISA.

Llevaréme yo el anillo,
que fue mi arracada dantes.

CLEMENCIA.

¡Hay igual atrevimiento!
¿Esto consentís?

ROGERIO.

Consiento
rustiquezas ignorantes.
(*Aparte á Leonisa.*)
Leonisa, ya ves que mudo
de estado; améte primero
como hijo de un caballero
particular, ya lo dudo.
Hijo de un duque, trocó
la suerte mi amor; reporta
tus inquietudes.

LEONISA.

No importa:
bueno es Filipo.

ROGERIO.

Eso no;
que me matareis los dos.

LEONISA.

Pues ¡qué! ¿queria el liviano
ser perro del hortelano?
Con él, y sino con vos.

ROGERIO.

Dilata un poco mudanzas;
no me atormentes con celos;
que te amo saben los cielos;
no desmayes esperanzas.

CLEMENCIA.

Duque, sospechosa estoy
de que con esa grosera
trateis.

LEONISA.

Oye, caballera,
tan buena como ella soy.

ROGERIO.

Persüádola á que deje
el favor que me habeis dado.

LEONISA.

¿Dar? Dardada; yo le he hallado;
y vos sois un grande hereje....
(*Aparte á él.* De amor.) Él ha de ir conmigo.

CRIADO.

El duque sale á buscaros.

ENRIQUE, *aparte.*

¡Hay menosprecios mas claros!

LEONISA, *aparte.*

¡Hay mas mudable enemigo!

CLEMENCIA, *aparte.*

¡Hay villana semejante!

ROGERIO, *aparte.*

¡Hay mas dudosa aficion!

ENRIQUE.

(*Saliendo, y hablando aparte á Clemencia.*)
¡A la primera ocasion
olvidada, y inconstante!
Prima, ¿esto ha sido el jurar
firmezas?

CLEMENCIA.

Conde, es violento
en quien ama el juramento,
aunque no le he de quebrar,
si bien habeis de ofenderos;
pues si juré no olvidaros,
olvidaréme de amaros;
pero no de aborreceros.

(*Vanse ella y Enrique.*)

LEONISA.

¡Buena me dejais!

ROGERIO.

Mudanzas
de estado son la ocasion.

LEONISA.

Tambien desengaños son
incentivos de venganzas.

ROGERIO.

Culpad , Leonisa, á los cielos;
que aquesta es fuerza precisa.

LEONISA.

Culpe mi amor á Leonisa,
si no vengare sus celos.



ACTO SEGUNDO.

Salon en el palacio ducal.

ESCENA I.

EL DUQUE. ROGERIO. ACOMPAÑAMIENTO.

DUQUE.

Ya que estás legitimado,
y te llama sucesor
Bretaña de aqueste estado,
para que puedas mejor
dar treguas á mi cuidado,
quiero, Rogerio, que empieces
á tratar de su gobierno;
llevemos su peso á veces
los dos, pues al cano invierno
de mi edad, alivio ofreces.
Comiénzate á ejercitar
en regir y despachar
negocios que la esperiencia
reduce despues á ciencia;
que habiéndome de heredar,
bien será que desde luego
diestro en el gobierno estés
que desde agora te entrego,
porque no estrañes despues
mudanzas de tu sosiego.

ROGERIO.

Ese estimaba yo en tanto,
le prometo á vuestra alteza,
que si en el confuso espanto
de esta que llaman grandeza,
y á mí me parece encanto,

no me facilita el uso
á que el cielo me dispuso,
teme mi melancolía
echar menos cada dia
la quietud que ya rehuso.
Estaba yo, gran señor,
contento con el estado
de mi mediano valor,
ni por muy rico envidiado,
ni por pobre con temor
de desdecir de quien era,
ó de quien pensaba ser.
Era el sosiego mi esfera;
pensé á Pinardo deber
el ser y vida primera,
que ya por tí se mejora;
encontrábame el aurora
los mas dias, ó estudiando,
las riberas margenando,
frescas lisonjas de Flora,
ó en la caza, que las llamas
del nieto de las espumas
refrena, engañando ramas,
robándole al viento plumas,
hurtándole al mar escamas.
Vasallos me respetaban
sencillos, puesto que pocos,
que mi hacienda acrecentaban;
y ni ambiciosos, ni locos,
me mentian ó adulaban.
Perdí esta felicidad,
señor, en la brevedad
de un instante; troqué luego
la quietud por el sosiego,
la aldea por la ciudad,
por un duque padre, un hombre
cuya mediana nobleza
sustenta solo en el nombre,
la merced por el alteza.
Siendo esto así, no te asombre
que sin uso ni costumbre,
tema la vida presente;

porque ¿quién sube á la cumbre
de un monte alto de repente,
que no sienta pesadumbre?

DUQUE.

Hechizos tiene, Rogerio,
el gobierno, que sazonan
su apacible cautiverio.
Los trabajos le coronan
con el laurel del imperio;
probarás lo que es mandar,
y no lo sabrás dejar
despues, porque es el leon
que despedazó Sanson,
y sabe panales dar.
Clemencia, sobrina mia,
de quien has de ser esposo,
contra tu melancolía
será remedio amoroso:
de ella algunos ratos fia,
que hurtes á la ocupacion
del gobierno principal,
y hallarás en conclusion
que es sazonado panal
lo que te asombra leon. (*Vase.*)

ESCENA II.

ROGERIO.

Todo esto es, Leonisa mia,
con sofísticas razones
buscar necias evasiones
para mi melancolía.
Si yo no te viera el dia
que perdí mi libertad,
fuera esta prosperidad
el colmo de mi contento;
ya sin tí será tormento
la mas regia dignidad.
Perdíte; ya no es posible

en desiguales estados
dar alivio á mis cuidados,
ni ver tu rostro apacible;
pues amar un imposible
será eterno padecer;
no amarte no puede ser;
pues amarte y no esperar,
padecer, y no olvidar,
es morir, y no poder.
Intentar cumplir mi amor
por medio menos que honesto,
ni aun pensarlo, porque he puesto
todo mi honor en tu honor.
Morir, Leonisa, es mejor;
batalle mi fantasía
en tan contraria porfia
mientras la vida haga pausa,
como se ignore la causa
de tanta melancolía.

ESCENA III.

LEONISA.—ROGERIO.

LEONISA.

¡Valga el diablo los jodíos,
y qué de ello que me cuesta
la entrada!

ROGERIO, *aparte.*

Leonisa es esta;
refrenaos, cuidados mios;
ojos, no perdais por vella
la autoridad que acobarda
mi amor.

LEONISA.

¡Verá qué de guarda
tien la puerta! ¿Sois doncella,
que os cercan con tal cuidado?
¿Piensan que os hemos de aojar?

ROGERIO.

Leonisa....

LEONISA.

Véngoos á dar
el pláceme del ducado,
porque el pésame me deis;
que desque en-ducado os ví,
no valgo un maravedí.

ROGERIO.

Mucho, Leonisa, valeis;
y si el mundo, en todo necio,
prendas del alma estimara,
y á la voluntad dejara
poner la hermosura en precio,
para compraros á vos
poco su tesoro fuera.
El interes es su esfera,
la ambicion sola es su Dios;
esta y aquel han podido
violentar mi natural;
lo que el amor hizo igual,
la fortuna ha dividido.
Améos hijo de Pinardo,
hijo del duque, no puedo;
penas con Bretaña heredo,
la muerte sin vos aguardo.
Manda mi padre casarme
con Clemencia, prima mia;
en Orliens, su dote, fia,
y es forzoso conformarme
con el estado presente:
no querais mayor venganza
de mi forzosa mudanza,
que el vivir de vos ausente,
Midas pobre en la riqueza,
solo, por acompañado,
sin amor, enamorado,
abatido en la grandeza,
y espuesto á que el vulgo note
acciones en que es precisa
la murmuracion. Leonisa,
casaos; que yo os daré el dote. (*Vase.*)

ESCENA IV.

LEONISA.

"¡Leonisa, casaos; que yo
os daré el dote!" ¿Equivale
dote que á Bretaña iguale,
al alma que me robó?
Porque Clemencia nació
duquesa, ¿es bien que me impida
ser de Rogerio querida?
Si es el alma la que da
valor, aquella será,
que es mejor, mas bien nacida.
¿No es mas noble el alma, cielo (1)
de pensamientos mejores?
¿no son los mios mayores,
pues encumbran mas su vuelo?
Amor, ante vos apelo;
Clemencia á Rogerio adora,
que es su igual; mas yo, pastora,
mientras el alma le doy,
mas noble en amarle soy,
por ser su competidora.
Yo, que de mi esfera salgo
con mejores pensamientos,
animando atrevimientos,
merezco mas, pues mas valgo:
no temais, amor hidalgo;
industria, en la diligencia
estriba la competencia,
que ha puesto mi dicha en duda:
Dios al animoso ayuda;
no ha de vencerme Clemencia.

(1) Esfera.

ESCENA V.

FIRELA.—LEONISA.

FIRELA.

Pues, Leonisa, ¿podré darte
de duquesa parabienes?
Dirás que si; pues que tienes
en Rogerio tanta parte.

LEONISA.

¡Ay Firela! si á contarte
dichas desdichadas llego,
confesarás que navego
viento en popa, y con tormenta;
lo que me acobarda, alienta;
todo es nieve, todo es fuego.
Quien me aborrece, me adora;
Rogerio es cortés villano;
lo que por Leonisa gano,
vengo á perder por pastora;
vence mi competidora,
porque nació con nobleza;
y yo que en fe y en firmeza
la venzo, y mi amor abono,
que compitan ocasiono
fortuna y naturaleza.
La fortuna me ha negado
generosa ostentacion;
natural inclinacion
suerte en Rogerio me ha dado.
Estrangero y desterrado,
me trujo de Ingalaterra,
niña, mi padre á la sierra
donde avecindada estoy;
sé que adoro, y no quien soy;
amé en paz, y muero en guerra.
Persüádeme á elegir
dueño Rogerio, y á el paso
conozco yo si me caso,

que de pena ha de morir.
¿Cómo podré yo sufrir
verle en ageno poder?
¿cómo tiene de querer
otro esposo quien le adora?
¿cómo, siendo labradora,
seré de un duque muger?
¡Ay de mí!

FIRELA.

Leonisa mia,
si era locura el querer
á Rogerio antes de ser
ó escelencia ó señoría,
agora que el duque fia
de él su estado y magestad,
¿qué será?

LEONISA.

Temeridad;
mas todo amor es esceso:
no quiere quien tiene seso.
¡Loca estoy!

FIRELA.

Dices verdad.

ESCENA VI.

—

CLEMENCIA *y* ENRIQUE, *que salen hablando sin ver á* LEONISA *y* FIRELA, *las cuales se desvian á un lado.*

CLEMENCIA.

Yo, Enrique, no he conocido
fuera del duque, otro padre;
dejóme niña mi madre;
á su cargo me ha tenido.
Cuando intentaba ofender
mi verde edad con sus años,
y en desiguales engaños
trocar por el de muger
el título de sobrina,
llevábalo, Enrique, mal;

pero ya que con igual
juventud se determina
darme por dueño á Rogerio,
de suerte contenta estoy,
que con el alma le doy
de mis gustos el imperio,
y solo que venga aguardo
la feliz dispensacion
de Roma.

ENRIQUE.

¿Y será razon
que tiranice un bastardo
mis esperanzas, Clemencia?
¿Es bien que amándoos los dos,
me venga á usurpar con vos
de estos estados la herencia
un pobre, hijo de una sierra,
entre rústicos criado?

CLEMENCIA.

El oro, que idolatrado
es en el mundo, se encierra
en las groseras entrañas
de un monte; una sierra fria
diamantes produce y cria;
planta nos dan las montañas
mas ásperas, que despues
goza del mundo imperio:
nació en los montes Rogerio;
mas es diamante, oro es,
que os hace tanta ventaja
en presencia y discrecion,
que cualquier comparacion
es con él humilde y baja.
Esta es verdad manifiesta;
él ha de casar conmigo;
básteos esto por castigo,
y el dejaros sin respuesta. (*Vase.*)

ESCENA VII.

ENRIQUE. LEONISA. FIRELA.

ENRIQUE.
(*Para sí.*)
Conjuróse contra mí
el cielo; soy desdichado;
de un monte un hombre ha sacado
por quien la herencia perdí
de Bretaña, y á Clemencia.
Mas si el amor y el reinar
ni á la sangre dan lugar,
ni permiten competencia,
¿por qué sufre mi valor
que el hijo de una montaña
me tiranice á Bretaña,
y desazone mi amor?
Ingeniosos son los celos,
y cauteloso el agravio;
aquellos me han de hacer sabio,
y este, á costa de desvelos,
ejecutor ha de ser
de lo que mi amor procura;
que á falta de la ventura,
suele el ingenio vencer.

LEONISA.
En buena fe, señor conde,
aunque no me conozcais,
que la pasion que mostrais,
es igual á la que esconde
quien no há mucho que tenia
presunciones de duquesa;
pero á un mismo paso cesa
vuestra esperanza y la mia.

ENRIQUE.
Pues vos ¿conocéisme á mí?

LEONISA.
Suelen con facilidad

los de una enfermedad
conocerse. Desde aquí
los desprecios he escuchado
con que Clemencia os despide;
mas no es mucho que os olvide;
que vale mucho un ducado.
Era yo en la sierra amada;
ya en la corte, aborrecida;
lloro cual vos ofendida,
muero cual vos despreciada.
Rogerio me quiso bien,
y agora me trata mal;
es duque, no soy su igual.
Juntad vos vueso desden
con el mio, y procuremos
uno y otro consolarnos;
que si un mal puede igualarnos,
no es mucho que emparentemos.

ENRIQUE.

Vuestro donaire y belleza,
serrana, es tal, que agradezco
vuestro feliz parentesco.

LEONISA.

Hace hermosa la tristeza.

ENRIQUE.

¿Qué, en fin, Rogerio os amó?

LEONISA.

Testigos troncos diversos
maltratados con sus versos.
Una vez me comparó
al alba cuando nacia
afeitada de arrebol;
otra vez me llamó sol;
mire ¡qué grande heregía!
Mas como ya el lisonjero
se ha visto ceñir de salva,
quedóse en *albis* el alba,
y vine á ser sol de hebrero.
Pero aguarde; haga una cosa:
los celos suelen hacer
milagros, y la muger
despreciada es ingeniosa.

Aconséjese conmigo:
verá despues lo que pasa.

ENRIQUE.

¿Hay tal donaire?

LEONISA.

A su casa
vamos; que allí, yo le digo
que mis ardides celebre:
vengaremos nuestra ofensa.

ENRIQUE.

¿Cómo?

LEONISA.

De donde no piensa,
dicen que salta la liebre;
quizalles le daré yo
invencion con que la dama,
que á Rogerio dueño llama,
le quiera. ¿Piensa que no?

ENRIQUE.

Pienso que en tu lengua está
el hechizo del amor.

LEONISA.

Pues el engaño es mijor.

ENRIQUE.

¿Quién duda?

LEONISA.

Vamos allá;
que yo le daré á Clemencia,
por mas que de él haga risa.

FIRELA.

¿Qué quieres hacer, Leonisa?

LEONISA.

Pretender en competencia,
enredar y disponer
ingeniosa mi aficion,
y ver para lo que son
los celos en la muger. (*Vanse.*)

ESCENA VIII.

CLEMENCIA. CARLIN.

CLEMENCIA.
(Dirigiéndose á un criado á quien no se vé.)
Yo gusto de esto; dejalde.
CARLIN.
Pues ¿por qué no habian de entrar?
CLEMENCIA.
Cuando salí yo á cazar,
te conocí.
CARLIN.
Ni el alcalde,
ni el cura me quita á mí
que no entre, si se me antoja,
en la igreja.
CLEMENCIA.
¿Quién te enoja?
CARLIN.
Un viejo porque entro aquí.
CLEMENCIA.
¿No ves que es el guarda-damas?
CARLIN.
¡Válgame Dios! ¿que hay quien deba
guardar damas, y se atreva
á que no quemen las llamas?
Pues aun no puede un marido
guardar solo á su muger,
¿y habrá quien pueda tener
tanto pájaro en un nido?
El tiene gentil tempero.
CLEMENCIA.
¿A qué has venido á palacio?
CARLIN.
En el campo hay mas espacio
que acá. Mas diga ¿es de vero
que Rogerio es duco?
CLEMENCIA.
Sí.

Vendrásle á pedir mercedes.

CARLIN.

Sí vengo, ó no.

CLEMENCIA.

Muy bien puedes;
que yo rogaré por tí.

CARLIN.

¿Y que el duco viejo es ya
su padre?

CLEMENCIA.

A él le debe el ser.

CARLIN.

¿Y ella diz que es su muger?

CLEMENCIA.

Mi esposo ha de ser.

CARLIN.

¡Verá!
Hombre hué siempre de chapa;
desde mochacho lo tuvo;
hombre en nueso lugar hubo
que endevinó verle papa.

CLEMENCIA.

¿Cómo?

CARLIN.

Desde el primer dia,
que espenzó de gorjear,
á todos los del lugar
«taita» y «papa» les decia;
y como no se le escapa
cosa al cura, al punto dijo:
«¿papa sabeis decir, hijo?
pues yo espero veros papa.»

CLEMENCIA.

(*Aparte.* ¡Graciosa rusticidad!)
Pues le vais, serrano, á ver,
procuralde entretener,
y su tristeza aliviad;
que despues que es duque, vive
melancólico en estremo,
y á el paso que le amo, temo
su salud.

CARLIN.

¡Oh! si él recibe
cierto envoltorio que aquí
le traigo, yo le aseguro
que ella vea cual le curo.

CLEMENCIA.

¿Es regalo?

CARLIN.

Creo que sí.

CLEMENCIA.

Mostralde acá.

CARLIN.

Viene oculto.

CLEMENCIA.

¿Es de Pinardo?

CARLIN.

No es de él.

CLEMENCIA.

¿Pues cuyo?

CARLIN.

Está en un papel.

CLEMENCIA.

Regalo que no hace bulto,
¿qué será?

CARLIN.

¿No lo penetra?
Son unos polvos.

CLEMENCIA.

¿De qué?

CARLIN.

De carta, que si los ve,
tambien podrá ver la letra.

CLEMENCIA.

¿Es billete?

CARLIN.

Sí, por Dios.

CLEMENCIA.

¿Quién le escribe?

CARLIN.

No hay decillo.

CLEMENCIA.

¿Por qué?

CARLIN.

Mándanme encubrillo,
principalmente de vos.

CLEMENCIA.

(*Aparte.* ¡Ay cielos!) ¿Y es quien le avisa
en él, alguna serrana?

CARLIN.

Mas fresca que la mañana.

CLEMENCIA.

¡Bueno! Y ¿llámase?

CARLIN.

Leonisa.

CLEMENCIA.

Segun eso, no me espanto,
si es su amante y no la ve,
que triste Rogerio esté.
¿Quiérense bien?

CARLIN.

Tanto cuanto.

CLEMENCIA.

¿Y cuál de aquellas dos era,
que cuando á cazar salí,
con Rogerio hablando vi?

CARLIN.

Picando os va la celera.
La que me ha dado esta carta,
cuyo porte pagais vos,
es, señora, de las dos
barbinegra y carilarta.

CLEMENCIA.

¿Y á esa quiere?

CARLIN.

Es bella moza.

CLEMENCIA.

Mostrad el papel acá.

CARLIN.

¡Mas nonada!

CLEMENCIA.

(*Queriéndosele quitar.*)
Acabad ya,
villano.

CARLIN.

¡Ay que me retoza!

CLEMENCIA.

¿Vos usais aquestas tretas,
rústico, zafio, villano?

CARLIN.

Aquí del rey, que la mano
quiere meterme en las tetas.

ESCENA IX.

ROGERIO.—CLEMENCIA. CARLIN.

ROGERIO.

¿Qué es esto?

CLEMENCIA.

Esta es la ócasion
de vuestra melancolía,
si de la desdicha mia,
duque, presagios no son.
¡Triste estais! Teneis razon;
que el mudar naturaleza
¿á quién no causa tristeza?
y mas á vos, que trocado
habeis un ilustre estado
por esta vil rustiqueza.
Alegraos, pues os avisa
de que en esta triste ausencia
no ha de malograr Clemencia
esperanzas de Leonisa;
guardad para ella la risa,
y para mí los enojos;
que si villanos despojos
el alma tiranizaron,
yo porque á vos os miraron,
sabré castigar mis ojos. (*Vase.*)

ESCENA X.

ROGERIO. CARLIN.

ROGERIO.
¡Bárbaro! ¿qué has hecho?

CARLIN.
¿Yo?
¿No lo ve? ¿Qué quiere que haga?
¡Aquesta será la paga
del parabien que le do!
Dos dias há que ando encantado
para darle esta escritura,
y nunca tuve ventura,
segun que vive encerrado,
de poder topar con él:
¡mire qué dirá Leonisa,
que enviándome de prisa,
tanto há que me dió el papel!

ROGERIO.
¿Leonisa te envió acá?

CARLIN.
Desde anteyer: ¿no lo digo?
Con tanta guarda y postigo,
el dimuño lo hallará.

ROGERIO.
Y le habrás dicho á Clemencia
todo cuanto en mi amor pasa?

CARLIN.
Pues si con ella se casa,
encobrillo ¿no es conciencia?

ROGERIO.
¿Hay disparate mayor?

CARLIN.
El marido y la muger
¿una carne no han de ser,
y una alma? El sermonador
mos lo dijó el otro dia.

ROGERIO.

¿Qué querrás decir por eso?

CARLIN.

Pues si es su carne y su hueso,
el papel que le traia,
y yo le negué importuno,
cuando á su muger le diera,
¿qué importa que le leyera?

ROGERIO.

¿Hay tal necio?

CARLIN.

¿No es todo uno?

ROGERIO.

¿Dístesele, en fin?

CARLIN.

¡Mal año!

ROGERIO.

¿Qué es de él?

CARLIN.

Aquí vien metido.

ROGERIO.

Discreto tercero has sido.

CARLIN.

Ya no hay discretos ogaño.
Tome, y venga la respuesta.

ROGERIO.

Ya Leonisa la llevó,
que al papel se adelantó.

CARLIN.

Tales lágrimas la cuesta.

ROGERIO.

¿Pues llora por mí Leonisa?

CARLIN.

¿Si llora? Dale tal murria,
que crò que tien estangurria
en cada ojo, en vez de risa;
un rio tien en la cholla.

ROGERIO.

¿Tanto llora?

CARLIN.

Es compasion;
y mas si hace salpicon,

y es bermeja la cebolla.
No embargante que hay ya quien,
ocupando el lugar vueso,
anda por élla sin seso,
y la enmusica tambien.

ROGERIO.

¿Quién es?

CARLIN.

Filipo, el señor
de Castel y Fuen-Molino.

ROGERIO.

¿Filipo, nuestro vecino?

CARLIN.

Ese la tien tanto amor,
que do quiera que la ve;
la pestilencia le toma.
No hay desde París á Roma
quien tales musquinas dé.
Anoche cantó á su puerta
con otros dos una troba,
y pardiez que no era boba;
pero no estaba despierta
la moza, y quedóse en seco.

ROGERIO.

Y ¿qué dice á eso Leonisa?

CARLIN.

Aunque hace de su amor risa,
perdóneme Dios si peco;
que ella es hembra, y él es tal,
que temo ha de derriballa
á la postre.

ROGERIO.

Torpe, calla.

CARLIN.

¡Verá! Hurtómos del corral
el gallo el año pasado
no sé cual de las vecinas,
y viudas de él las gallinas,
no atravesaban bocado.
Llevéles otro menor;
y él todo prumas y gala,
ya quillotrando el un ala

hasta el suelo al rededor,
ya escarbando, apenas toca
el muladar con la mano,
cuando por darlas el grano,
se lo quita de la boca.
Ellas con los gustos nuevos
menospreciando el ausente,
(que dó no hay gallo presente,
diz que no se ponen huevos)
darán á Leonisa olvido,
y hará en la memoria callos;
que de galanes y gallos,
uno ido y otro venido.—
Mas no sé quien entra acá.

ROGERIO.

Espérame afuera un rato,
mientras que de mirar trato
el papel.

CARLIN.

¿Escribirá?

ROGERIO.

No sé.

CARLIN.

Acabe, pues; que es tarde.
Al puebro, pardios, me acojo;
que me miró de mal ojo
la duca; el dimuño aguarde. (*Vase.*)

ESCENA XI.

—

UN CRIADO.—ROGERIO.

CRIADO.

El duque, señor, os llama. (*Vase.*)

ROGERIO.

¡Ay Leonisa! ¿de qué suerte
podré animarme á perderte,
si con pinceles de llama
pintó en mi pecho el dios ciego
tu copia, que eterna vive?

No se borra lo que escribe
amor con plumas de fuego. (*Vase.*)

ESCENA XII.

ENRIQUE. ALBERTO.

ALBERTO.
Tú intentas cosas estrañas.
ENRIQUE.
Alberto, aquesta muger
no es posible deba el ser
á las rústicas montañas
que por su patria confiesa.
No produce el sayal vil
agudeza tan sutil:
habla la lengua escocesa
mejor que quien se ha criado
en ella; su entendimiento
es asombro y argumento
de que vive disfrazado
debajo de aquel sayal
algun valor generoso.
De Clemencia estoy celoso;
por un hijo natural
del duque, mi amor olvida;
el mismo rigor padece
Leonisa, que es quien me ofrece
la maraña prevenida.
De Escocia habrá ya llegado
la duquesa de Clarencia,
huyendo de la inclemencia
de su rey, contra ella airado.
Desembarcóse en un puerto
de mi estado, acompañada
no mas que de una criada
y un page, y hase encubierto
de suerte, que sin saber
persona de su venida,
animosa ó atrevida,

se ha querido socorrer
de mí.

ALBERTO.

Siendo su pariente,
y fiada en tu valor,
no es mucho que tu favor
Margarita hermosa intente.

ENRIQUE.

Halléla en casa, volviendo
de palacio con Leonisa:
de sus desgracias me avisa;
y la serrana entendiendo
lo que pasa, para dar
á Rogerio y á Clemencia
celos, yendo á su presencia,
da en que se ha de transformar
en Margarita, y fingir
que huye del rey enemigo;
y tratándolo conmigo,
ha sabido persuadir
á Margarita de suerte,
que por estar mas segura
del escocés, que procura
ó prenderla ó darle muerte:
la traza alaba discreta
de esta ingeniosa mentira,
y á un castillo se retira,
donde pretende secreta
aguardar el fin que tiene
su indigna persecucion.

ALBERTO.

¡Estraordinaria invencion,
si á parar en mal no viene!

ENRIQUE.

Hase vestido á lo inglés
Leonisa, dándola el trage
Margarita, y el lenguage,
que en ella tan propio ves,
de tal suerte la disfraza,
que si antes era pastora,
ya su hermosura enamora,
y su respeto amenaza.

Margarita se ha partido
á una fortaleza mia,
que se llama Roca-Fria,
y estoy, en fin, persuadido
á seguir esta maraña,
pidiendo al duque licencia
para que la de Clarencia
viva segura en Bretaña.

ALBERTO.

¿Y qué piensas sacar de eso?

ENRIQUE.

Crêrán todos que es Leonisa
duquesa.

ALBERTO.

Cuento es de risa.

ENRIQUE.

En su amor estuvo preso
Rogerio, y por ser pastora,
su pobreza y humildad
violenta su voluntad;
viéndo, pues, lo que mejora
con Clemencia su esperanza,
finge tenerla aficion,
y, contra su inclinacion,
paga á Leonisa en mudanza.
Si la ve duquesa agora,
y en ella el vivó retrato
de Leonisa, á quien fue ingrato,
y desdeña por pastora,
claro está que la ha de amar,
y aborrecer á Clemencia.
¿Qué te parece?

ALBERTO.

Evidencia.

ENRIQUE.

Yo la fingiré adorar,
y diré al duque que intento
casarme con ella.

ALBERTO.

Bien.

ENRIQUE.

Clemencia, cuyo desden

ya es casi aborrecimiento,
viéndose de mí olvidada,
se tendrá por ofendida;
que toda muger querida
pierde el seso despreciada.
Celosa ya, podrá ser
que despertando su amor,
deje á mi competidor,
y volviéndome á querer,
á costa de estos desvèlos,
paren desdenes en paces;
porque no hay mas eficaces
terceros de amor, que celos.
Mira lo que se interesa
de esta aficion.

ALBERTO.

Sin cimientos
fundas torres por los vientos;
pero amor, como profesa
disparates, ya podria
sacarte bien del presente.
La serrana es escelente;
pues su autoridad la fia
Margarita, empieza á dar
principio á aquesta aventura.

ENRIQUE.

El amor me la asegura.
A los duques voy á hablar. (*Vanse.*)

Gabinete del duque.

ESCENA XIII.

EL DUQUE, *con un pliego.* CLEMENCIA. ROGERIO.

DUQUE.

¡Estraña novedad! No ha sucedido

en mi corona caso semejante.

ROGERIO.

Díganos vuestra alteza lo que ha sido.

DUQUE.

Perdió Arturo la vida por amante.
Del escocés un pliego he recibido,
cuyas nuevas dan lástima bastante,
y admiracion en ellas al mas sabio,
para que en la muger tema el agravio.
Mandó en su corte el rey hacer justicia
del duque de Clarencia, por consejo
de la envidia si no de la avaricia,
por ser rico en estremo el noble viejo;
dejó sola una hija, en la noticia
del mundo celebrada por espejo
de la beldad que amor siempre acredita,
en valor como en nombre Margarita.
Arturo que del rey era privado,
y ocasionó esta muerte rigurosa,
de su hacienda ó su hija enamorado,
suplica al rey la obligue á ser su esposa;
en fin, de su favor apadrinado,
no supo Margarita cautelosa,
ó no quiso negar el sí pedido,
y al ofensor admite por marido.
Celebróse la boda, y cuando intenta,
en el silencio de la noche obscura,
al tálamo de amor dejar contenta
verde esperanza en posesion segura,
la venganza que tímidos alienta,
mostró que sin crueldad no hay hermosura,
pues con filos fingidos (1) de una daga,
si no amor, Margarita ofensas paga.
A su esposo dió muerte, y atrevida,
en un baul que la lealtad previno
de algun vasallo, viuda y homicida,
por páramos de sal abrió camino.
Esto me escribe el rey, que con su vida

(1) Traidores.

pretende castigar su desatino,
y sospechoso que paró en Bretaña,
pide no ampare tan crüel hazaña.

ROGERIO.

¡Lastimoso suceso! aunque bastante
á disculpar la noble vengadora
de su padre.

CLEMENCIA.

No puede ser amante
quien desleal ofende á quien adora.

DUQUE.

Mi sangre es Margarita, y importante
el socorrella, si se ampara agora
de mi favor.

ROGERIO.

Tal ánimo y belleza
merece que halle sombra en vuestra alteza.

ESCENA XIV.

—

ENRIQUE.—DICHOS.

ENRIQUE.

Vuestra alteza, señor, sepa
que tenemos en Bretaña
la huéspeda mas hermosa
que dió al amor flechas, alas.
Por parienta y por muger,
es digna de que en su casa
halle favor su hermosura,
y consuelo sus desgracias.

DUQUE.

¿La duquesa de Clarencia?
Ya, conde, por estas cartas
que el rey de Escocia me escribe,
he sabido las hazañas
de su valor vengativo.

ENRIQUE.

¡Válgame Dios!

DUQUE.

No se engaña
en pensar el escocés
que de mi favor se ampara.
¿Dónde está?

ENRIQUE.

Desembarcó,
gran señor, ayer mañana
en un puerto de mi estado,
por ser la menor distancia
que hay desde aquí á aquella tierra;
y solo seguro aguarda
de vuestra alteza, y licencia,
para postrarse á sus plantas.

DUQUE.

Margarita es descendiente,
como sabeis, de mi casa,
y su rey siempre enemigo
de las tres lises de Francia.
Vengó injurias Margarita
de la ambiciosa privanza
que á su padre causó muerte,
y descrédito á su fama.
Muger que fue para tanto,
no es bien, porque desagravia
injurias que en honra tocan,
cobarde desampararla.
Entre en mi corte segura.

ENRIQUE.

Eres generosa rama
del tronco de Clodoveo,
que en tí logra su prosapia.
Por ella los pies te beso;
y porque de la palabra
que la das, estaba cierta,
humilde en palacio aguarda
que entrarte á ver la permitas.

DUQUE.

¿Aqui está?

ENRIQUE.

Sí señor.

DUQUE.

Salgan
á recebilla conmigo
todos cuantos hay en casa.

ENRIQUE.

No hay, gran señor, para qué;
que en esta merced fiada,
entra Margarita hermosa,
dando luz á aquesta sala.

ESCENA XV.

LEONISA, *de inglesa, muy bizarra, de camino.*
ACOMPAÑAMIENTO.—DICHOS.

LEONISA.

Vuestra alteza reconozca
por parienta y por vasalla
una muger perseguida
de un rey, puesto que vengada.

DUQUE.

Dadme, sobrina, los brazos;
que aunque en tal belleza y gracia
la crueldad parece fea,
os debo dar alabanzas
por la parte que me toca
en vuestra justa venganza,
y en vuestro favor poner
á riesgo mi estado y armas.
¿Qué hospedaje el mar os hizo?

LEONISA.

Por ser crüel, pues maltrata
á quien se atreve á sus olas,
y ser amor semejanza,
pasaje me dió apacible.

ENRIQUE, *aparte.*

¿Hay maravilla mas rara?
¡Que una pastora hable ansí!
Vive el cielo que me engaña,
y que con saber quien es,

respeto y temor me causa.

DUQUE.

Besad las manos, Rogerio,
á la duquesa.

ROGERIO, *aparte.*

Si el alma
conoce por los sentidos
lo que objetos la retratan,
¿no son de Leonisa, cielos,
estos ojos, esta cara,
aquel aire, aquel hechizo,
aquella risa, aquel habla?

LEONISA.

Perdóneme vuestra alteza,
gran señor; que la ignorancia
de forastera, disculpa
mi cortedad, siendo causa
de no haberos conocido.

ROGERIO.

Yo tambien me disculpara
con vuescelencia, señora,
si á la libertad dejara
el alma hacer cortesías;
pero como se traslada
toda á los ojos, no da
permision á las palabras.

CLEMENCIA.

Aunque contenta, envidiosa,
de que afrenteis nuestras damas,
os da, señora, los brazos
quien os rinde las ventajas
en discrecion y hermosura.
Honreis, prima, nuestra patria
mil años!

DUQUE.

Es la duquesa
de Orliens, mi sobrina.

LEONISA.

Basta
su presencia para prueba
de que no miente la fama,
que en nuestro reino mas corta

queda, cuanto mas la alaba.
La merced que me habeis hecho,
estimo, no confiada,
pero agradecida sí;
porque honrar con alabanzas
á los huéspedes, es propio
de la grandeza, que pasa
con nobles ponderaciones
justos límites y rayas.

ENRIQUE, *aparte.*

¡Vive Dios que es imposible
que puedan unas montañas
engendrar tal discrecion!

ROGERIO, *aparte.*

Vive el cielo que traslada
amor en esta muger
el rostro, acciones y gracia
de Leonisa, ó que estoy loco.

DUQUE.

Margarita, en nuestra casa
tendreis hospicio decente.

LEONISA.

Si mi rey os amenaza,
gran señor, no será bien
que ocasione su ira y armas.
Mas encubierta estaré,
mientras este rigor pasa,
en un castillo de Enrique,
hasta que dé al rey de Francia
cuenta de aquestos sucesos.

ENRIQUE.

Sí, gran señor; retirada
mi prima en mi estado, puede
asegurar las desgracias
que del poder de Inglaterra
puede recelar Bretaña.

DUQUE.

Si gustais de eso los dos,
y el conde suple mis faltas,
no os quiero contradecir:
cumpla el cielo la esperanza
que teneis en nuestro rey.

Id, hijo, y acompañalda.

LEONISA.

Guarde el cielo á vuestra alteza.

CLEMENCIA.

Dadme licencia, madama,
que os vaya sirviendo.

LEONISA.

Yo
soy, madama, vuestra esclava.
No habeis de pasar de aquí.

ROGERIO, *aparte.*

Imaginaciones vanas,
si una misma imagen veo
en mi amorosa serrana,
y en la hermosa Margarita,
duquesa es cual yo; adoralda. (*Vanse.*)

ESCENA XVI.

—

FIRELA, *de inglés.*

¿Que me haya metido en esto
Leonisa? ¿hay mas estremada
determinacion? ¿Yo inglés?
¿yo varon? ¿yo marimacha?
¿Qué respuesta podré dar
á los que me ven, si me hablan
en lenguaje que no entiendo?
Solamente dos palabras
me ha enseñado que responda,
y sacándome de entrambas,
doy con nuestra traza en tierra,
y á la vergüenza me sacan.

ESCENA XVII.

UN CRIADO.—FIRELA.

CRIADO.

Diga, señor gentil-hombre,
¿qué nombre tiene madama
la duquesa ?

FIRELA.

Bona guis
toixton.

CRIADO.

No entiendo palabra.
¿Tiene en Londres su asistencia ?
¿Es doncella ó es casada?

FIRELA.

Bona guis toixton.

CRIADO.

¡Tostones,
y ambar gris! ¡Buena demanda!
¿Es caballero?

FIRELA.

Milord.

CRIADO.

Milord es lo que en España
viconde ó baron. (*Aparte.* Por Dios,
que es la figura estremada.
Voime; que no hay entenderle.) (*Vase.*)

FIRELA.

Si de esta el cielo me escapa,
no mas disfraces ingleses,
no mas figuras lacayas.

ESCENA XVIII.

CARLIN.—FIRELA.

CARLIN.

No hay encontrar á Leonisa,
ni dar con Firela; dambas
despues que es duco Rogerio,
dadas á los diabros andan.—
Buen hombre, ¿acaso habés visto
en palacio dos serranas
vestidas de.... ¡Ay Dios! ¿qué es esto?
¡Firela! ¿vos atacada?
¿Sois danzante ó bolatina?
¿Quién os volvió marimacha?
Al santo oficio os acuso.
¡Verá el mundo qué tal anda!
¿Quién diabros os puso ansí?

FIRELA.

Bona guis toixton.

CARLIN.

¡Fayancas
conmigo, que las entrevo!
Alto al puebro; que os aguarda
nueso amo. ¿Qué es de Leonisa?

FIRELA.

Bona guis toixton.

CARLIN.

Borracha,
¿pullas á mí? Voto al sol,
si empiezo, que os eche tantas,
que deis al diabro el oficio.
Dejaos de eso, y alto á casa;
que Pinardo envia por vos.

FIRELA.

Toixton, toixton.

(*Pícale con la daga, y vase.*)

CARLIN.

¡Ay! Tostada

te vea yo por la josticia.
Voto al sol, ó que trocada
tengo la vista, ó que es ella.
Pues no os han de valer chanzas. (*Vase.*)

ESCENA XIX.

ROGERIO.

¿Podré persuadirme yo
á tan grande disparate,
ni á que mi Leonisa trate
fingirse duquesa? No.
Sé que el inglés solicita
al duque, y cuenta le da
de que sospecha que está
en Bretaña Margarita;
sé que el conde lo confiesa;
sé que á la corte ha venido
para quitarme el sentido;
sé que he visto á la duquesa;
que en el trage y en el trato
por inglesa es bien la dé
crédito; mas tambien sé
que es de Leonisa retrato.
Ya suele naturaleza,
que al pincel de cuenta alcanza,
mostrar en la semejanza
su divina sutileza.
Diversas veces pintó
(aunque siempre es cosa rara)
en dos una misma cara;
mas unas acciones no;
que esas por ser de la esencia
de cada individuo varias,
por fuerza han de ser contrarias,
y es infalible esta ciencia.
Pues si son estas razones
evidentes, ¿cómo imita
á Leonisa Margarita

en cara, en habla y acciones?
Alma, averigualdo vos;
que aunque este milagro ignoro;
la una por la otra adoro,
y estoy dividido en dos.

ESCENA XX.

LEONISA *y* FIRELA, *de pastoras.*—ROGERIO.

LEONISA.
Rogerio, ya yo he cumplido
lo que vos me habeis mandado:
por daros gusto, he buscado
desde ayer acá marido.
El señor de Moncastel
la mano me ofrece dar
con el dote, porque ahorraȓ
del amor os quiero, y de él.
Dadme el parabien, y á Dios;
que es tarde, y vengo de prisa.

ROGERIO, *aparte.*
Alto; engañéme: Leonisa
es esta, y entre las dos
dividido mi amor crece,
adorando mi interes
en mi serrana lo que es,
y en la otra lo que parece.

LEONISA.
Echadme la bendicion,
y á Dios, que es tarde.

ROGERIO.
¡Ah Leonisa!
quien despide tan aprisa
memorias del corazon,
no las tuvo en mucho precio.
Casaos con Filipo vos,
y hágaos venturosa Dios;
que yo moriré por necio,
pues á mi padre sujeto,

en dignidades repara,
que por vos menospreciara
mi amor, á ser yo discreto. (*Vase.*)

ESCENA XXI.

LEONISA. FIRELA.

LEONISA.

Asomábanle á los ojos
lágrimas cuando se fue.
¡Ay mi Rogerio! yo haré
que paren vuestros enojos
en regocijos, si el cielo
mis quimeras favorece.
Firela, ¿qué te parece
de estas cosas?

FIRELA.

Que recelo
que no han de tener buen fin.

LEONISA.

¿Por qué, si el principio ves
tan próspero?

FIRELA.

Aunque en inglés
me transformase, Carlin
me conoció en ocasion
que segun fue porfiado,
apenas de él me han librado
la bona guis y el toixton.
Volvámonos al aldea,
si quieres que no nos echen
menos en ella.

LEONISA.

Aprovechen
mis industrias, y no sea
Clemencia dueño pesado
de quien sé yo que me quiere,
y venga lo que viniere.

ESCENA XXII.

CARLIN.—LEONISA. FIRELA.

CARLIN.

Este puebro está encantado:
escapóseme el toston,
no sé por dó diabros. Hela.

FIRELA.

¡Carlin....!

CARLIN.

¡Cátala Firela,
y cátala inglés! No son
vuesas mañas para menos,
Firela, que chamusquinas.
¡Buena estuvo la invencion!
Gana teneis de ser macho.

LEONISA.

Pues ¿qué ha sido?

FIRELA.

Está borracho.

CARLIN.

Si, bona guis y toixton.

FIRELA.

Si escuchamos sus razones,
Leonisa, es nunca acabar.

CARLIN.

A fe que os han de costar
caro el guis y los tostones.



ACTO TERCERO.

ESCENA I.

ROGERIO. FILIPO. PINARDO.

ROGERIO.

Es mucha desigualdad,
puesto que amor os abrasa;
sois deudo de nuestra casa;
y ofendeis su calidad.
Leonisa es una pastora
incapaz de tal ventura;
gastan años la hermosura,
que el tiempo en breve desdora;
acabaráseos el gusto,
y crecerán los cuidados;
temo veros mal casados,
y consentirlo no es justo.
Mirad, Filipo, primero
lo que haceis.

PINARDO.

Su mucho amor
pone por intercesor,
duque y señor, lo que os quiero.
Pobre y serrana es Leonisa;
mas en tal desigualdad
la virtud es calidad
que al cuerdo á elegirla avisa;
y cuando haga ejecucion
la vejez en su hermosura,
no envejece la cordura,
ni cansa la discrecion.
En esta el cielo la dota,
y esta suple lo demas.

FILIPO.

Si atencion á ejemplos das,
no mancha al mar una gota
de tinta, ni en sangre noble
(que por ser tuya, es un mar)
podrá Leonisa manchar
mi calidad. ¿De qué roble
no sale una imagen bella
que el mundo despues adora?
Si es roble por ser pastora,
amor piensa sacar de ella
una imagen soberana.
En mi real tapicería
la industria igualar porfia
al oro y seda la lana:
con ella se mezcla y teje,
y siendo por sí tan baja,
al brocado se aventaja.
Lana es Leonisa; mas deje
tu permision, gran señor,
que esta mezcla el gusto vea;
telar el tálamo sea,
y su artífice el amor:
verás de este desacierto
la imagen que saca un roble,
de la lana un tapiz noble,
y el fruto de aqueste enjerto.
Solo tu licencia espero.

PINARDO.

Criándose en nuestra casa
Leonisa, cuando se casa,
y mas siendo yo el tercero,
no es bien que su gusto impidas.

ROGERIO.

Si uno ruega, otro intercede,
casarse Leonisa puede;
que á llamas encarecidas
con tanta ponderacion,
no es bien hacer resistencia.
Amor es todo violencia;
pero de la discrecion
de Leonisa conjeturo

que tiene de llevar mal
casamiento desigual,
tan pocas veces seguro.
¿Admítelo ella?

FILIPO.

¿Pues no?
Tu licencia, alegre, espera.

ROGERIO.

(*Aparte.* ¡Ay Leonisa! al fin ligera.
Mas si estoy culpado yo,
¿por qué á mudanza atribuyo
lo que en tí fue discrecion?)
No quiero en tanta aficion
quitarle á amor lo que es suyo.
Casaos, Filipo, gozad
de Leonisa la belleza:
el alma es quien da nobleza;
la virtud es calidad.
Alma de tal perfeccion,
y virtud tan conocida,
justo es sea preferida
á otra cualquier eleccion.
¿Cuándo intentais desposaros?

FILIPO.

Quisiera, señor, Leonisa
esta tarde.

ROGERIO.

¿Tan aprisa?
¡Qué de ello debe de amaros!

FILIPO.

No le sabré encarecer
á vuestra alteza, señor,
los estremos de su amor.

ROGERIO.

(*Aparte.* Es Leonisa, en fin, muger;
en aborrecer y amar
son ejecutivas todas.)
Yo he de apadrinar sus bodas,
y tambien la he de dotar:
así se lo he prometido.
Andad, Filipo, con Dios;
que siendo su esposo vos,

cuerda eleccion ha tenido.
Preveníos; que esta tarde
vuestro padrino he de ser.

FILIPO.

Si tal dicha he de tener,
¿qué temor hay que acobarde
mi ventura? Vuestra alteza,
yéndonos á honrar allá,
generoso suplirá
las faltas de su nobleza.
Los pies mil veces os beso.

ROGERIO.

Siendo vuestro intercesor
Pinardo, cualquier favor
mereceis; yo os lo confieso,
como á padre le respeto,
y le debo lo que soy.

PINARDO.

Soberbio, señor, estoy,
viéndoos tan cuerdo y discreto.
Bien logra mi dicha en vos
los años que os enseñé.
Mil siglos de vida os dé
el cielo.

ROGERIO.

Pinardo, á Dios.
(*Vanse Pinardo y Filipo.*)

ESCENA II.

—

ROGERIO.

¡En fin, Leonisa se casa,
y no conmigo! ¡en fin, cielos,
cobró en libranzas de celos
deudas de amor, que me abrasa!
Amante Filipo pasa
inconvenientes de estado
que mi dicha han estorbado,
sin reparar que es pastora:

luego mas que yo la adora,
pues mas que yo la ha estimado.
Porque soy duque, desprecio
prendas, que aunque en la corteza
contradicen mi grandeza,
son de inestimable precio:
si mi amor no fuera necio,
pudiera conjeturar
con Filipo que manchar
no puede el mar una gota,
ni dar en mi sangre nota
Leonisa, si amor es mar.
La imagen del roble bella
con que Filipo me avisa,
en abono de Leonisa,
puede obligarme á querella:
el cielo ha encerrado en ella
discrecion de mas valor
que la calidad mayor,
y es ignorante bajeza
despreciar por la corteza
lo que es noble en lo interior.
Yo la estimo, yo la adoro,
¡y yo rehuso escoger
tapiz que pueda tejer
su humilde estambre con mi oro!
Ó soy bárbaro, ó ignoro
que amor, hortelano astuto,
en sazonado tributo,
si la voluntad es huerto,
estima en mas el enjerto
de dos almas, que otro fruto.
Perdonaráme Clemencia,
Filipo perdonará:
los ejemplos que me da
sirven contra él de sentencia.
Amorosa (1) competencia,
no mancha una gota el mar;

---

(1) *Amor hereje, en competencia,* dice la primera edicion.

la imagen quiero labrar
que aqueste roble me ofrece
para mí, que no merece
tal imagen otro altar.

ESCENA III.

EL DUQUE. CLEMENCIA. ENRIQUE.—ROGERIO.

DUQUE.

Murió el rey perseguidor
de la duquesa, y hereda
Eduardo en quien solo queda
el reino, mas no el rigor:
á Margarita perdona,
y restituye en su estado.

ENRIQUE.

Yo que el parabien la he dado,
si el ser tu sangre me abona,
te suplico, gran señor,
me des licencia de ser
su esposo.

DUQUE.

¿Cómo?

ENRIQUE.

Es muger
Margarita que en amor
el hospedage ha pagado
que perseguida la dí;
ya que á Clemencia perdí,
y el suceder en tu estado,
no dudo que te has de holgar
de la dicha que intereso.

ROGERIO.

¿Cómo, Enrique? ¿cómo es eso?

ENRIQUE.

La mano me ofrece dar
Margarita, siendo gusto
de vuestras altezas dos.

DUQUE.

Si ella se casa con vos,
negároslo fuera injusto.

CLEMENCIA.

¡Gran casamiento habeis hecho!
Sea, conde, para bien.

ROGERIO, *aparte.*

Dos bellezas quiero bien
en una, y cuando sospecho
que las llamas que me abrasan,
en una se han de templar;
porque no haya que esperar,
juntas las dos se me casan.
A Clemencia estoy tambien
por amar, y intentará
casarse; pero no hará
cosa que á mi esté bien.

DUQUE.

Partamos, hijos, á darla
los plácemes del estado
y esposo que han restaurado
su penar.

CLEMENCIA.

Comunicarla
deseo; que es tan discreta,
segun dicen, como hermosa.

ENRIQUE.

Es suspension milagrosa
del mundo, que la respeta.

ROGERIO, *aparte.*

Es de Leonisa retrato,
que es mas.

CLEMENCIA.

Si vos la alabais,
conde, cuando os abrasais
en su amor, yo tambien trato
aventajarla entre todas.

DUQUE.

Partámosla á visitar;
que si tiene de alegrar
nuestra corte con sus bodas,
juntándolas con las vuestras

será la fiesta mayor.

ROGERIO, *aparte.*

¡Celos de Leonisa; amor!
¿Celos tambien á las muestras
primeras de Margarita?
Cásese Clemencia y todo,
y quíteme de este modo
el mal quien el bien me quita.

(*Vanse el duque y Rogerio.*)

CLEMENCIA.

Quien delante de otra dama
á quien primero sirvió,
de mas hermosa alabó
la que milagro la llama,
ó tiene mucho de necio,
ó peca de descortés;
juzgad vos de esto lo que es,
quien me tiene en poco precio;
que yo que ocupé el cuidado
un tiempo en vos, (poco fue)
tambien desterrar sabré
las reliquias que han quedado. (*Vase.*)

ESCENA IV.

ENRIQUE.

Ya va buena esta quimera;
ya este celoso artificio
ha empezado á hacer su oficio,
y dichoso fin espera;
pero Leonisa es de modo,
que aunque en sangre desigual,
si ser quiere el principal,
temo que se alce con todo.
Perlas enseña su risa,
cielos logra su presencia;
¿qué tiene que ver Clemencia
con los ojos de Leonisa?
Pero ¿qué digo? ¿estoy loco?

Leonisa á Rogerio adora,
Clemencia de él se enamora,
y con las dos puedo poco.
A la inglesa van á ver
(ó á Leonisa convertida
en ella) los duques; pida
mi amor lo que puede ser.
Vuélvame Clemencia á amar,
Leonisa á Rogerio enlace;
que como sus bodas trace,
no hay, amor, tal negociar. (*Vase.*)

Quinta de Enrique.

ESCENA V.

LEONISA, *de luto bizarro*, y FIRELA, *de inglés.*

LEONISA.

Es cosa estraña el amor
que Margarita me tiene:
dice que estimará en tanto
mi buen despacho y el verme
sucesora de Bretaña,
como todas las mercedes
que con su restitucion
el nuevo rey la promete.
Seis millas se fue de aquí,
donde encubierta pretende
que su nombre sostituya,
y mis venturas concierte.
Hasta en esto soy dichosa,
que este alcazar (Castil Verde
por nombre) de nuestra sierra
dista media legua breve:
con que sin echar de ver
mi falta cuando me ausente,

ya represento á Leonisa,
ya á Margarita.

FIRELA.

En fin, ¿eres
duquesa á un tiempo y pastora
y el sí de esposa prometes
al conde Enrique y Filipo,
dividida en dos mugeres?

LEONISA.

Y no he de ser de ninguno;
que amor nacido entre redes
de Vulcano, no te espantes
que enredos fabrique siempre.

FIRELA.

Y á mí, ¿para qué me traes
entre disfraces ingleses,
lacayo de disparates,
con que he de echar á perderte?

LEONISA.

Para hacer mas verisimil
este engaño, que no puede
dejar de tener buen fin,
si amor y fortuna quieren.
Si tú, Firela, me faltas
agora, ¿con quién pretendes
que mis trazas comunique?

FIRELA.

A estrañas cosas te atreves.

ESCENA VI.

CARLIN.—DICHAS.

CARLIN.

(*Sin reparar en las dos.*)
De esta vez hemos de ver,
voto al sol, si estuve alegre
de cascos el otro dia,
ó si es de casta de duendes
Firela: en ayunas salgo;

agora no podrá herme
trampantojos el tintillo,
si me dió él gato por liebre.
De bodas dejo á Leonisa
en la aldea: mucho puede
la hermosura, pues pastora
hasta á un medio conde vence.
Ocupada queda allá
Firela vaciando vientres,
y rellenando lechones,
porque hay convite solene.
Diz que aquí con la escocesa
vive el page que me tiene
un mes há huera de mí,
y á Firela se parece.
Si agora topa conmigo,
Bercebú que despergeñe
el quillotro que me aturde.
¡Pero voto al sol que es este
Bona-guis-toixton! ¡Verá!
No sé yo que se semeje
un huevo tanto con otro.

LEONISA.

¡Qué es esto! ¿hasta mi retrete
se entran los hombres ansí?
Llamad mi guarda. Hola, gente.

CARLIN.

¡Ay Dios! ¡otro que él! ¿Hay cosa?
Leonisa, si no es que vueles,
¿por dónde diabros veniste?
¿quién te ha vestido de requiem?
¿cásaste acá por ventura?
¿háse pasado el banquete
á esta casa? ¿cómo diabros
estar en dos partes puedes?
No há media hora que te ví
recibiendo parabienes
del cura, alcalde y vecinos,
y de todos los parientes
de Filipo, sin querer
trocar la palmilla verde,
el cordellate y la frisa,

por las telas y joyeles
que tu marido te trajo,
¡y agora sofalamente
te vistes de viernes santo,
no siendo viuda, ni viernes!
Firela, dímelo tú.

LEONISA.
Hola, ¿qué rústico es este?
Echadle de aquí.

FIRELA.
Villano,
¿he de abrirle dos ojetes
con la daga?

CARLIN.
Esos serán
ojales; Dios me revele
si estó todavia borracho,
y si duermo, me despierte.

ESCENA VII.

ENRIQUE.—DICHOS.

ENRIQUE.
Los duques están en casa;
vuestra escelencia se apreste,
y amorosa los reciba.

CARLIN.
(Para sí.)
Esto es hecho, Carlin duerme.
Aqueste era el conde Enrique;
pero si toda la gente
de Escocia es tan semejante
á la que Bretaña tiene,
otro Enrique habrá tambien
allá. Si no es que lo sueñe,
válgate el diablo el tintillo.

FIRELA.
Hola, rústico, despeje
la sala; acabemos ya.

CARLIN.

¡Miren lo que un sueño puede!
¡Que imagine agora yo
que Firela á echarme viene
de palacio, hecha lacaya!

FIRELA.

Sígame y salga.

CARLIN.

Saldréme,
ó soñaré que me salgo.
Si otra vez mas os bebiere,
ojo de gallo, en geringa
me envasen vueso escabeche.
Agora sueño que voy
andando; Firela, tenme.
(*Vanse Firela y Carlin.*)

ESCENA VIII.

—

EL DUQUE. CLEMENCIA. ROGERIO. ACOMPAÑAMIENTO.—
LEONISA. ENRIQUE.

DUQUE.

Vengo á dar á vuescelencia
duplicados parabienes
de estados restituidos
y del esposo que adquiere
por mano de su eleccion;
que quien tambien agradece
hospedages de Bretaña,
envidia es bien que nos deje
á los que no merecimos
regalar tan noble huesped,
puesto que participemos
dichas del conde presente.

LEONISA.

Por serlo, gran señor, vuestro
Enrique, es bien que interese
la gloria que se me sigue
de que él por mi dueño quede.

ROGERIO, *aparte.*

Vive el cielo que me abraso
de celos, y que impaciente
estoy por hacer locuras.
¡Ay similitud alegre
del original que adoro!
Si en tí se retrata el fenix
de mi Leonisa, ¿por qué
mi agravio y pena consiente
que esté en ageno dominio
su imagen, y reverencie
tirano dueño la copia,
cuyo origen mi alma tiene?

LEONISA.

El veros enagenado,
gran señor, de aquesa suerte,
me impide el llegar á hablaros.
¿Qué tristezas os suspenden?

ROGERIO.

¡O señora! agenos gustos
suelen causar que se aumenten
las tristezas en el triste,
y estáilo yo las mas veces.
Perdonad mi suspension,
y el conde que está presente,
dilate dichas y estados,
que gocen títulos reyes.

CLEMENCIA.

Las mismas gratulaciones
es bien que yo á daros llegue,
envidiando, aunque muger,
la hermosura que merece
llamar dueño al conde Enrique.
(*Aparte.* ¡Ay pensamientos crueles!
¿Por qué de olvidadas prendas
sufrís que llamas recuerden?
Quise á Enrique; entró Rogerio;
pero ¿qué dueño no siente
el ver posesiones suyas,
que se pierdan ó enagenen?
Abrásome en celos vivos.)

(*Apártase con Leonisa Rogerio.*)

ROGERIO.

Duquesa, amor, que á la muerte
compararon tantos sabios,
tiene por ley romper leyes.
Retrato de un imposible
sois, tan propio, que les debe
dos estudios de una accion
la hermosura á sus pinceles.
Vuestro original ó copia
adoré, y inconvenientes,
cuanto necios, poderosos,
diluvios de amor detienen.
Vos fuistes la suspension
de mis sentidos, que leves
correos, al alma avisan
que en vos sus hechizos tienen.
En semejanza os amé
primero, y ya con poderes
de mi dicha, en propiedad,
que en vos ganan lo que pierden.
Sucesor soy de Bretaña;
mi padre es duque; no intente
que lo que estrellas influyen,
razones de estado fuercen.
Yo no tengo inclinacion
á Clemencia, ni suceden
descendencias que se logren,
de casamientos parientes.
Junte á Orliens su estado Enrique;
bien se han querido; recuerden
memorias amortiguadas
que estriban en intereses.
Vos habeis de ser mi esposa;
que no es posible que nieguen
retratos de quien adoro,
lo que su origen pretende..
Como vos me deis el sí,
efetuaráse, aunque pese
á Clemencia, al duque, á Enrique,
y á cuantos su estorbo intenten.
Ni términos me pidais,
ni alargueis con plazos breves

resoluciones de amor
que á lo mas árduo se atreven.
¿Qué decís?

LEONISA.

La brevedad
del tiempo, y los que presentes,
duque generoso, estorban
que conmigo me aconseje,
no bastan á que no elija
lo que há tanto que apetece
un amor disimulado,
que ha callado porque teme.
Por la amorosa deidad
que tanto en las almas puede,
y en las nuestras predomina,
que desde el instante alegre
que os ví, Rogerio, os adoro,
y que Clemencia inclemente,
usurpando al sueño noches,
ha ocasionado mi muerte.
Pero advertid, duque mio,
que aunque mi rey me concede
restauracion de mi estado,
y con él otras mercedes,
mientras que no se efetúa,
es la mudanza en los reyes
el móvil de sus acciones,
y sus privados los ejes.
Si se muda, y quedo pobre....

ROGERIO.

No prosigas; que aunque fueses,
no duquesa, una serrana....

LEONISA.

Basta, pues; esto se quede
entre los dos, dueño mio.

ROGERIO.

Y este anillo, si merece
(*Pónesele.*)
confirmar tálamos justos,
oro esmalte en vuestra nieve.
(*Se separan Rogerio y Leonisa.*)

LEONISA.

Enrique, llegaos acá,
y agradeced con corteses
demostraciones, favores
que liberal nos ofrece
el duque mi señor. Tanto
se regocija de verme
empleada en vuestro amor,
que ser el padrino quiere
de nuestras bodas, honrando
con prendas que al sol se atreven,
la mano que os he de dar.

ENRIQUE.

Si besar sus pies merecen
mis labios, duplicará
favores.

CLEMENCIA, *aparte.*

¿Que me atormenten
celos de amor despedido,
envidias impertinentes?
¡Vive el cielo que estoy loca!

DUQUE.

Mi corte en veros ausente,
está, Margarita, triste;
y aunque el luto á que la muerte
de vuestro rey os obliga,
estorbe fiestas, bien pueden
salir á vistas de corte
lutos que bodas guarnecen.
¿Cuándo la pensais honrar?

LEONISA.

Señor, cuando dispusiere
vuestra alteza.

DUQUE.

Sea mañana,
porque os sirvamos presente,
y dadnos licencia agora.

LEONISA.

Mil años, gran señor, cuente
vuestra ilustre senectud
tiempos que en vos se conserven.

CLEMENCIA, *aparte.*

Perdida de celos voy.

LEONISA, *aparte.*

Amorosos pretendientes,
esto sí que es negociar:
la industria todo lo vence.

(*Vanse el duque, Clemencia, Leonisa, Firela y el acompañamiento.*)

ESCENA IX.

—

ROGERIO. ENRIQUE.

ROGERIO.

Escuchad, Enrique, un poco;
que los dos alcanzaremos
al duque. Amor, todo estremos,
no es perfeto, si no es loco.
Vos amastes á Clemencia.

ENRIQUE.

Es, duque y señor, ansí.

ROGERIO.

Y aunque ella os dejó por mí,
yo tengo alguna esperiencia
en esto de querer bien,
y sé que no os quiere mal.

ENRIQUE.

Siendo interes el caudal
de su amor ó su desden,
venceràla vuestra alteza,
que ha de heredar á Bretaña.

ROGERIO.

Eso mismo desengaña
mi amor, y de la tristeza
que tengo es causa, y aviso
de escarmentar, si es que puedo:
quiéreme por lo que heredo,
y á vos por quien sois os quiso.
Segun esto, aunque es tan bella,
si es mi herencia su cuidado,
agradézcale mi estado
lo que yo he de agradecella.

Orliens es su dote real;
ella os quiere bien á vos;
troquemos damas los dos;
y con su estado ducal
y el vuestro, faltará poco
para ser rey: Margarita,
por lo que en la cara imita
á quien me ha tenido loco,
su memoria ha de curar.
Esto os está á vos mejor,
á Clemencia, y á mi amor.

ENRIQUE.

Señor, yo supe olvidar;
mas no tornar á querer.
La duquesa de Clarencia
lleva en belleza á Clemencia
tanta ventaja....

ROGERIO.

Ha de ser,
que querais, Enrique, ó no,
Margarita esposa mia.

ENRIQUE.

Si el duque....

ROGERIO.

En la monarquía
de amor soy el duque yo.
Mi padre el duque no tiene
voto en este tribunal;
es Margarita mi igual,
y con mi gusto conviene.
Conde, esto está de los cielos;
los dos nos queremos bien.

ENRIQUE.

(*Aparte.* ¡Que estándome esto tan bien,
me dé á mí Leonisa celos!)
Señor, yo no puedo amar
á Clemencia; aborrecido
de ella, la puse en olvido;
y querer resucitar
pasiones muertas, es cosa
á los cielos reservada.
Si Margarita mudada

promete ser vuestra esposa,
no quiera mayor venganza
de mis desdichas Clemencia:
será, con vuestra licencia,
mi esposa su semejanza.
Una serrana hay aquí,
que en esta sierra es hechizo
del amor; yo sé que le hizo
salir un tiempo de sí
á vuestra alteza; con ella
me pretendo desposar;
que en ella podré gozar
á mi Margarita bella.
Estado tengo bastante
para los dos.

ROGERIO.

¿Cómo es eso?

ENRIQUE.

Pierdo por Leonisa el seso,
no siendo de estotra amante.

ROGERIO.

Leonisa, á lo que imagino,
con Filipo concertada,
hoy ha de estar desposada,
y yo he de ser su padrino.
Si hoy se tienen de casar,
mal os convendreis los dos.

ENRIQUE.

Permitildo, señor, vos;
que yo la sabré obligar
á que se case conmigo.

ROGERIO.

Pues ¿quiéreos Leonisa bien?

ENRIQUE.

Con mas amor que desden
me mira.

ROGERIO.

Siendo mi amigo
Filipo, y mi deudo, es mengua
el menosprecialle ansí.

ENRIQUE.

Yo he dado á Leonisa el sí.

ROGERIO.

Pues sacaréos yo la lengua
con que ese sí le habeis dado,
pues si ha de ser Margarita
mi esposa, y á esotra imita,
quien de ella está enamorado,
de mi esposa lo estará,
porque es semejanza amor,
y ofendereis vos mi honor
si esa permision se os da.
Dejad, conde, de ser loco.

ESCENA X.

UN PAGE.—DICHOS.

PAGE.

Señor, el duque da prisa.

ROGERIO.

Ni habeis de amar á Leonisa,
ni á Margarita tampoco. (*Vanse.*)

Casa de Filipo en la aldea.

ESCENA XI.

LEONISA *y* FIRELA, *de labradoras.* PINARDO. FILIPO.

LEONISA.

¿Qué de ello debe de haber
que me echan menos los dos?
Miren, si esto está de Dios,
y tengo de ser muger
de Filipo, claro está
que he de buscar muchas cosas
para la boda forzosas;

las mas de ellas tengo ya.
Prevenido dejo al cura,
y al alcalde he convidado.

FILIPO.

Todo, Leonisa, es cuidado,
no viendo vuestra hermosura.

PINARDO.

En fin, ¿no pensais mudar
trage para desposaros?

LEONISA.

Si á los dos puedo obligaros,
criada en este lugar,
hasta salir de él, quisiera
no dar á las labradoras
envidia, que á todas horas
como serrana grosera
me han visto. Mire, señor,
¿no se enamoró de mí
Filipo, viéndome ansí?
Pues ¿si me pierde el amor
vestida de caballera,
y pongo mi dicha en duda?
El trage las caras muda;
tal vez la muger mas fiera
es como un sol de pastora:
esto lo debo al sayal;
no quiero pagarle mal;
allá andaré de señora.
Demos este fin honrado
á nuestra serrana frisa.

FILIPO.

Vuestra discrecion, Leonisa,
justas razones ha dado.
Aquí y allá determino
que á vuestro gusto os vistais.

PINARDO.

El duque, si lo ignorais,
viene á ser vuestro padrino.

LEONISA.

¿Cuál duque? ¿el mozo ó el viejo?

PINARDO.

El mozo.

LEONISA.

Pues ¿para qué?
Mírese allá su mercé
en Clemencia, que es su espejo.
¿De qué ha de servir aquí,
si no es con su gravedad
de asombrar nuesa humildad?

FILIPO.

Su alteza lo quiere ansí.

LEONISA.

Pues si lo quiere su altura,
¿quién replicarle podrá?

ESCENA XII.

CARLIN.—DICHOS.

CARLIN.

(*Para sí.*)
¿Si habré despertado ya?
¡Oh lo que este sueño dura!
Juraré que agora estó
en presencia de Leonisa
y Firela, y que de frisa
se visten, de seda no.
Tambien sueño que está aquí
Filipo y Pinardo.

FIRELA.

¿A qué
sales tú acá?

CARLIN, *aparte.*

¿Qué diré?

FIRELA.

¿No se puede hacer sin tí
la boda?

CARLIN.

(*Aparte.* Agora soñaba
que Firela me reñia
porque á la boda salia,
y que de casa me echaba.)

Firela, decidme vos
si aun duermo; que á mi pesar
crô que aun me estó en el pajar.
Buenos dias les dé Dios,
señores.

PINARDO.

Carlin, ¿qué es esto?
¿Al anochecer nos dais
buenos dias? ¿Qué pensais?

CARLIN.

Debo venir hecho un cesto.
Cuatro dias há que sueño
que á Firela veo lacaya,
en calzas vuelta la saya,
y que me mira con ceño,
y á Leonisa hecha duquesa,
á fuer de tumba vestida,
ya en serrana convertida,
ya labradora, ya inglesa.
Despiérteme su mercé,
ansí Dios le dé salú.

PINARDO.

El duque viene.

CARLIN.

¡Jesú!
En este punto soñé
que el duque á vernos venia.

LEONISA.

Avisen al cura, pues.

CARLIN.

Y que Leonisa despues
avisar al cura hacia.

ESCENA XIII.

—

ROGERIO. ACOMPAÑAMIENTO.—DICHOS.

PINARDO.

Gran señor, ¡tanto cuidado
en honrarnos!

ROGERIO.

No he podido
venir antes, divertido
en negocios de mi estado.
Leonisa, en fin, ¿os casais,
y á Filipo llamais dueño?

CARLIN.

¡Válgate el diabro por sueño!

LEONISA.

Si vos nuesa boda honrais,
siendo el padrino, ¿quién deja
de gozar tal ocasion?
Estoy muerta por un don;
Pinardo me lo aconseja,
y obedecello imagino.

CARLIN.

¡Verá en sueños lo que pasa!
Leonisa, en fin, se mos casa,
y es el dueño su padrino.

ROGERIO.

Daros quiero el parabien.
(*Aparte.* ¡Ay celosos desvaríos!
¿Sufrireis, agravios mios,
lo que aqui mis ojos ven?
No es posible.) Oid un poco,
Leonisa, á parte, primero
que os desposeis. (*Aparte.* Yo me muero;
perdido estoy; yo estoy loco.)
El dote que os he mandado,
quiero acomodar con vos.
(*Desvianse á un lado, y hablan en voz baja.*)

CARLIN.

Ahora sueño que los dos
se apartan á hablar á un lado.

ROGERIO.

¡Ah mudable, ingrata, aleve!
¿Es este el pago debido
al amor que te he tenido,
y al que á mis penas se debe?
¿Tú te casas, vivo yo?
¿Tú te puedes atrever
á estar en otro poder?

LEONISA.

Pues él ¿no me lo mandó?

ROGERIO.

¡Yo! ¿cuándo, ó cómo?

LEONISA.

¡Verá!
Yo por él marido elijo.
«¿Casaos Leonisa, no dijo,
que yo os daré el dote?» Ya
me caso; lo que él me avisa,
cumplo.

CARLIN.

Agora estó soñando
que á solas refunfuñando
están el duco y Leonisa.

ROGERIO.

Si yo esto dije, liviana,
fue por probar tu firmeza;
pero, en fin, fue tu belleza,
con ser divina, villana.
No has de casarte con él,
ó abrasaré esta montaña.
Ser duquesa de Bretaña
¿no es mejor?

LEONISA.

Pues.

ROGERIO.

¡Ah, cruel!
¡Qué presto hiciste testigo
al tiempo de que en fin eres
lo que las demas mugeres!

LEONISA.

¿Quiere él casarse conmigo?

ROGERIO.

Quiero buscar mi descanso.

LEONISA.

Pues toque, y reportesé;
(*Dale la mano.*)
que á Filipo le diré
que hablé por boca de ganso.

ROGERIO.

En fin, ¿no le quieres bien?

LEONISA.

Como á un dolor de costado.

ROGERIO.

Este anillo esté esmaltado
en esta nieve.

(*Pónesele.*)

LEONISA, *aparte.*

¡Oh qué bien!)
Otro tanto no há media hora
oí siendo Margarita,
y otro anillo solicita
lo que prometo pastora.
¡Casada de dos con uno!
¿Quién tal suceso ha escuchado?
Con dos en una casado
un hombre, ¿vióló ninguno?
Miren lo que celos son:
mira, amor, lo que me ofreces,
que casándome dos veces,
no es caso de inquisicion.

ROGERIO.

Ya Leonisa está contenta,
y juntamente dotada;
pues ser su esposo os agrada,
y ya correis por mi cuenta;
celebrad, Filipo, luego
vuestro deleitoso estado.
En vuestro nombre la he dado
un diamante.

FILIPO.

Humilde llego
á honrar mi boca á esos pies.

CARLIN.

¡Bravo sueño! Si hay comida,
duerma yo toda la vida,
y catorce años despues.

ROGERIO, *aparte.*

¡Yo estoy loco! ¿Qué he de hacer?
La mano y anillo dí
á Margarita; ¡ay de mí!
Pues si ha de ser mi muger,
¿cómo me desposo agora

con Leonisa? En mis desvelos
sois casamenteros, celos.
En esta, por ser pastora,
rehusa mi noble estado
lo que en la otra apetece,
porque á esta se parece
¡y con las dos me he casado!
¿Qué haré? ¡Cielos, triste yo!
¿Desposado allá y aquí?
Con la semejanza sí;
mas con las personas no.
Remedialdo vos, fortuna,
amor, mostrad que sois Dios;
ó haced que me parta en dos,
ó convertildas en una.

ESCENA XIV.

UN CRIADO.—DICHOS.

CRIADO.

Los duques, señor, están
aquí; que en fe que han sabido
que honrando á los desposados,
venís á ser su padrino,
autorizallos desean;
que estima el duque á Filipo,
y Clemencia á la serrana
que tal dueño ha merecido.

ROGERIO.

(*Aparte.* ¡Válgame el cielo!) Salgamos
todos cuatro á recebillos.
(*Aparte.* Alto, amor, aquesto es hecho;
Leonisa, en fin, ha podido
mas que razones de estado:
ella ha de ser dueño mio.
Si mi padre se indignare,
perdone; que en mas estimo
ser de mi serrana esposo,
que del duque Cárlos hijo.)

CARLIN.

Agora sueño que llegan
el duco y los dos sobrinos.
Talle tengo de soñar,
si no se dijiere el vino,
que vienen los reyes magros,
Carlo Magno y Baldovinos.

ESCENA XV.

EL DUQUE. CLEMENCIA. ENRIQUE.—DICHOS.

ROGERIO.

Gran señor...

DUQUE.

Hijo, ¿qué es esto?
¿Qué es lo que el conde me ha dicho?
¿Vos impedís que se case
con Margarita?

ROGERIO.

Sí impido,
porque á Margarita intento
dar la mano, con que obligo
á Clemencia que del conde
pague amores y servicios.
Los dos se han querido bien;
y ya que el cielo me hizo,
gran señor, vuestro heredero,
no es bien quitarle á mi primo
á Bretaña y á su dama,
ni en derecho tan antiguo
tendré yo seguridad
de quien á otro amante quiso.

ENRIQUE.

Gran señor, en pretensiones
lícitas, que ya han tenido
fin alegre, no es razon
fundar agravios prolijos.
Si á Clemencia quise bien,
pues se mejora, os suplico

que no permitais privarme
del dueño que cuerdo elijo.

ROGERIO.

Margarita es ya mi esposa.

LEONISA.

¿Quién? ¡Margarita! ¡oh qué lindo!
Si no es que errastes los nombres;
duque, matrimeño pido:
yo estoy con vos desposada.

FILIPO.

¿Estás loca?

LEONISA.

Sean testigos
esa lengua, aquesta mano,
esos cielos y este anillo.

CARLIN.

Agora digo que duermo,
si lo dudé á los principios;
porque no hay sueño ordenado
que no acabe en desatinos.
¡Verá el diabro del dislate!

ROGERIO.

Señor, dejando prolijos
ejemplos, que semejantes
cuentan historias y libros,
yo me crié con Leonisa
en estas sierras; y niño
amor, siendo ya gigante,
¿qué mucho engendre prodigios?
Su esposo tengo de ser,
aunque el patrimonio rico
pierda que en Bretaña adquiero,
y otra vez viva estos riscos.
Sé que he de perder la vida
luego que pierda el arrimo
que hasta agora la sustenta;
y ansí el menor daño elijo.

DUQUE.

¿Qué es esto, cielos? ¿qué es esto?
Rogerio, si no has perdido
el seso, da fin mejor
á estos años que han vivido

para ver desdichas tales.

CARLIN.

Mezclóse el blanco y el tinto.
¡Miren las cosas que sueño!
Llora el padre, y calla el hijo.

ESCENA XVI.

UN CRIADO.—DICHOS.

CRIADO.

De una carroza se apea
Margarita, que ha venido,
segun dice, á convertir
pesares en regocijos.

ROGERIO, *aparte.*

Pediráme el sí de esposa,
y yo en las dos dividido,
y enamorado de entrambas,
vendré á perder el jüicio.

ESCENA XVII.

MARGARITA, *de luto.* ACOMPAÑAMIENTO.—DICHOS.

MARGARITA.

Dadme, señor, esos pies.

DUQUE.

Alzad, señora. ¿Quién dijo
que érades vos la duquesa?

MARGARITA.

Quien por tal me ha conocido.
Margarita soy, señor.

DUQUE.

¿Cómo?

ROGERIO, *aparte.*

Amor, ¿qué laberintos
de confusiones son estas?

CLEMENCIA, *aparte.*

¿Qué es lo que advertís, sentidos?

CARLIN.

Todos sueñan como yo.

ENRIQUE.

No os admireis; que yo he sido
autor de estas suspensiones.
Esta serrana, el hechizo
de la hermosura y ingenio,
nombre y estado ha fingido
de la duquesa presente.

DUQUE.

Pues ¿á qué efeto?

ENRIQUE.

Ha querido
con la industria remediar
lo que su suerte ha impedido.
Rogerio la amó pastora;
duque la puso en olvido;
y ingeniosa, con engaños
á su amor le ha reducido,
porque yo goce á Clemencia.

DUQUE.

No logrará sus designios,
siendo villana.

MARGARITA.

Señor,
eso el cielo lo previno.
Leonisa es mi prima.

LEONISA.

¿Cómo?

MARGARITA.

Porque es su padre mi tio,
que huyendo rigores reales
semejantes á los mios,
os trajo niña a Bretaña,
y hoy que le he reconocido,
vengo á que en bodas alegres
paren amor y peligros.
En vuestra corte os espera.

ROGERIO.

¡Ay, cielo, á mi amor propicio!

LEONISA.

¡ *Esto sí que es negociar* !

DUQUE.

Vamos, pues; que si averiguo
ser verdad lo que afirmais,
casándose con su primo
Clemencia, daré á Rogerio,
sin riesgos de honor, alivio.

MARGARITA.

Y yo me restituiré
á mi patria.

ROGERIO.

Yo á Filipo
desposaré.

LEONISA.

Yo á Firela.

CARLIN.

Comedia sin boda ha sido
la presente; yo tambien,
por no casarme dormido,
dejo para en despertando
tentaciones de marido.

LEONISA.

En pretensiones de amor,
yo, ilustre senado, he sido
la que supo negociar,
si agradaros he sabido.



El argumento de *Esto sí que es negociar*, y el de *El Melancólico*, que le sigue, es uno mismo. Por esta razon solo se ha hecho un examen para ambas comedias, y va colocado al fin de la segunda.



EL MELANCÓLICO,

COMEDIA.

PERSONAS.

EL DUQUE DE BRETAÑA.
ROGERIO, *duque.*
LEONISA, *pastora.*
CLEMENCIA, *duquesa.*
ENRIQUE, *conde.*
PINARDO, *viejo.*
FILIPO, *caballero.*
CARLIN, *pastor.*
FIRELA, *pastora.*
RICARDO.
SEIS CABALLEROS.
TRES CRIADOS.
UN PAGE.
MÚSICOS.
LABRADORES.
ACOMPAÑAMIENTO.

La escena es en Nantes y en un pueblo inmediato.

ACTO PRIMERO.

Campo.

ESCENA I.

LEONISA *y* FIRELA, *con lios de ropa en la cabeza.* CARLIN.

FIRELA.

Carlin, déjanos aquí;
no seas siempre pelmazo.

CARLIN.

¿Pues qué importaba un abrazo,
si ves cual ando tras tí?

FIRELA.

¿Cuál andas?

CARLIN.

Cual te dé Dios
la salud; ando cual ves.

FIRELA.

¿Cuál andas?

CARLIN.

Ando en dos pies,
porque andas tú en otros dos.

FIRELA.

En cuatro fuera mejor;
que eres un asno.

CARLIN.

Si tratas
de que ande, Firela, á gatas,
á gatas anda el amor;
que es niño, aunque canas tien.

LEONISA.

Déjanos ir á lavar;
que es tarde.

CARLIN.

Pues ¿no han de habrar?

LEONISA.

Déjale, Firela, y ven.

CARLIN.

¡Válgame Dios! ¿tambien ella
rezonga? Pues venga acá:
¿qué cuenta al cura dará
despues mi pastora bella,
si por no amarme, me mata?

FIRELA.

¡Oh! ¡qué pesado que estás!

CARLIN.

El quinto: "¡no matarás!"
No mateis, Firela ingrata,
con desden á las criaturas;
que teneis, aunque gallarda,
mucho, Firela, de albarda,
en esto de her mataduras.

FIRELA.

Mira que estamos cargadas

con los lios de la ropa.

CARLIN.

Si no mas de en eso topa,
¿hay son soltallo, y sentadas
escuchar la arenga larga
de mi amor? Soltaldos, ea;
que lo que el amor desea,
es echarse con la carga.
Lejos está el lavadero;
escuchad mis desvaríos,
y yo os llevaré los lios.

LEONISA.

(*Aparte á Firela.*)

Oye aqueste majadero,
porque la ropa nos lleve,
y acabe ya de cansarte;
que tengo á solas que hablarte.

FIRELA.

Vaya.

CARLIN.

Vaya.

FIRELA.

En breve.

CARLIN.

En breve.

Mi burro y yo.... No va bien;
que el burro no ha de ir delante.—
Yo y mi burro.... ¡Qué ignorante!
Cuantos á un borrico ven
cargado, ¿no es cosa clara
que lleva al dueño tras sí,
dándole de palos?

FIRELA.

Sí.

CARLIN.

Pues llevando yo la vara
con que dalle cuesta arriba
y cuesta abajo á compas,
llevándome á mí detras,
el burro delante iba.

LEONISA.

Y eso ¿importa para el cuento?

CARLIN.

¡Válgamos Dios! De aquí arguyo
que es bien dalle lo que es suyo
tambien al pobre jumento.

FIRELA.

Pasa adelante.

CARLIN.

¿Quién? ¿yo?
Si adelante he de pasar,
no querrá el borrico andar,
porque si detras no vó,
se me eleva al primer paso;
que es bestia de mucho tiento.

FIRELA.

Que pase adelante el cuento,
te digo.

CARLIN.

Vamos al caso.
La borrica del barbero,
que venia del molino,
luego que vió á mi pollino....
No sé yo quien vió primero
á quien. Mi burro bajaba,
y la borrica sobia;
la vista el burro ponia
en cada paso que daba;
la burra, al sobir la cuesta,
no le debió de mirar,
porque nunca suele alzar
los ojos; que es muy honesta.

LEONISA.

Acaba ya.

CARLIN.

No se aburra:
mas diga, cuando se ven,
¿quién mira primero á quién,
amándose? ¿el burro ó burra?

FIRELA.

Ambos á dos, si en tal caso
es igual la voluntad.

CARLIN.

Por Dios que decís verdad;

así hue: vamos al caso.
El burro, como se pica
de cortesano, al pasar,
á la burra hizo lugar;
mas díjole la borrica:
"no pasaré ciertamente.—
Pase vuestra borriquencia,
dijo él.—No haré en mi conciencia."—
Yo que estaba ya impaciente,
alzando la vara y voz,
le dí un palo entre las cejas;
y ella, alzando las orejas,
le dió al borrico una coz
tal, que ha menester braguero,
porque está el pobre quebrado.
El alcalde ha sentenciado
que la burra del barbero,
si mi burro lo consiente,
con él tien de desposarse,
porque el dar coz es casarse
por palabras de presente.
Mas yo por ello no paso.

FIRELA.

Pues eso ¿qué tien que ver,
bestia, con darme á entender
el tu amor?

CARLIN.

Vamos al caso.
El dar coces, ¿no es, Firela,
querer desposarse dos?
Dadme, pues, una coz vos
con botin ó con chinela;
cuésteme una quebradura,
aunque os estará á vos mal;
que con esto no habrá tal,
como ahorrar de baile y cura;
pues si por pleito se saca,
venimos los dos á ser
tan marido y tan muger,
como Adan y doña Urraca.
Y porque no es para mas,
y voy á buscar amigos,

CARLIN.

¡Válgamos Dios! De aquí arguyo
que es bien dalle lo que es suyo
tambien al pobre jumento.

FIRELA.

Pasa adelante.

CARLIN.

¿Quién? ¿yo?
Si adelante he de pasar,
no querrá el borrico andar,
porque si detras no vó,
se me eleva al primer paso;
que es bestia de mucho tiento.

FIRELA.

Que pase adelante el cuento,
te digo.

CARLIN.

Vamos al caso.
La borrica del barbero,
que venia del molino,
luego que vió á mi pollino....
No sé yo quien vió primero
á quien. Mi burro bajaba..
y la borrica sobia;
la vista el burro ponia
en cada paso que daba;
la burra, al sobir la cuesta,
no le debió de mirar,
porque nunca suele alzar
los ojos; que es muy honesta.

LEONISA.

Acaba ya.

CARLIN.

No se aburra:
mas diga, cuando se ven,
¿quién mira primero á quién,
amándose? ¿el burro ó burra?

FIRELA.

Ambos á dos, si en tal caso
es igual la voluntad.

CARLIN.

Por Dios que decís verdad;

así fue: vamos al caso.
El burro, como se pica
de cortesano, al pasar,
á la burra hizo lugar;
mas díjole la borrica:
"no pasaré ciertamente.—
Pase vuestra borriquencia,
dijo él.—No haré en mi conciencia."—
Yo que estaba ya impaciente,
alzando la vara y voz,
le dí un palo entre las cejas;
y ella, alzando las orejas,
le dió al borrico una coz
tal, que ha menester braguero,
porque está el pobre quebrado.
El alcalde ha sentenciado
que la burra del barbero,
si mi burro lo consiente,
con él tien de desposarse,
porque el dar coz es casarse
por palabras de presente.
Mas yo por ello no paso.

FIRELA.

Pues eso ¿qué tien que ver,
bestia, con darme á entender
el tu amor?

CARLIN.

Vamos al caso.
El dar coces, ¿no es, Firela,
querer desposarse dos?
Dadme, pues, una coz vos
con botin ó con chinela;
cuésteme una quebradura,
aunque os estará á vos mal;
que con esto no habrá tal,
como ahorrar de baile y cura;
pues si por pleito se saca,
venimos los dos á ser
tan marido y tan muger,
como Adan y doña Urraca.
Y porque no es para mas,
y voy á buscar amigos,

de este concierto testigos,
porque no os volvais atras,
los lios que os prometí,
llevo á la huente veloz;
mas mirad dó dais la coz;
no os quejeis despues de mí.
(*Vase, llevándose los lios.*)

ESCENA II.

LEONISA. FIRELA.

LEONISA.

Es un tonto, dejalé;
no hagas caso de él, Firela;
que cosas de mas caudal
te quieren decir mis quejas.
Ese Rogerio, aquese hombre
que tiene el alma de piedra
en cuerpo de hueso y carne,
descuidado me desvela.
Ese que todo lo sabe,
y haciendo del campo escuelas,
le llaman fenix los sabios
en las armas y en las letras,
desdeñoso, presumido
con saber todas las ciencias,
ignora las del amor,
que son las que el alma precia.
Bien sabes tú, mi pastora,
que me da nombre esta sierra
verdadero de crüel,
si mentiroso, de bella.
Aunque entre frisa y sayal
nací, serrana y grosera,
en cuerpo humilde y villano
aposento un alma reina.
Caudalosos ganaderos
juran (podrá ser que mientan)
que el alma les tiranizo,

cautivando sus potencias.
¿Qué abril de la juventud
no me ofrece, si no pecha,
entre esquilmos de intereses,
tributos de gentilezas?
¿Qué tálamos de deseos
no son túmulos que enseñan
de desdenes homicidas
esperanzas ya funestas?
¿Qué tronco no es ya letrado
á puras cifras y empresas,
libros de la voluntad,
del sencillo amor imprentas?
¿Hay fuente que no murmure
mi rigurosa aspereza,
prado que no me retrate,
eco que no me dé quejas?
Pues á todos soy ingrata,
solo agradecida, necia,
á un hombre sabio, ignorante,
que enamorando atormenta.

FIRELA.

Rogerio, Leonisa mia,
que en tantas cosas diversas
se ocupa, no da al amor,
ociosa deidad, licencia.
Es padre suyo Pinardo,
y sucede en la herencia
de estas fértiles montañas,
que rústicos pueblos cercan.
Tenémosle por señor,
y como tal le respetan
los frutos de aquestos valles,
que siempre le pagan renta.
No querrá humillar el alma
á pastoriles bellezas;
que entre sayales vasallos
se ensoberbece la seda.
Hale enseñado su padre
todas sus armas y ciencias,
porque le herede el ingenio,
como el estado le hereda.

Las letras, segun el cura,
causan al sabio soberbia:
sabio es Rogerio; ¿qué mucho,
si lo es, que se ensoberbezca?
Tú, si bien la mas hermosa,
eres hija de una aldea,
pajiza choza tu casa,
y tu dote cien ovejas.
A la sombra de las canas
que obediente reverencias,
mil aldeanas te envidian,
mil zagales te desean.
¿Qué abril hay que en flor y en rama
no te entapice la puerta?
¿Qué mayo en gigantes mayos,
que á tu puerta no amanezca?
Quiere á quien te quiere bien,
y imposibles locos deja;
que del brocado y sayal
nunca se hizo buena mezcla.

LEONISA.

Eso díselo tú al alma;
verás, amiga Firela,
qué de cosas te responde
en mi abono y su defensa.
El amor ¿no es fuego?

FIRELA.

Sí.

LEONISA.

Y este, por naturaleza,
¿no sube lo mas arriba
que es posible hasta su esfera?

FIRELA.

Así será, pues que tú
lo afirmas, que eres discreta.

LEONISA.

Pues ¿qué importa que esté el fuego
cebado en la tosca leña,
ó en la despreciada paja?
Por eso ¿es razon que pierda
su inclinacion generosa,
y que el subir no apetezca?

Pues ¿qué importa que mi amor,
cebado en alma grosera,
humilde sugeto abrace,
si esperimento en mí mesma
que á pesar de mi ser tosco,
subir al valor intenta
de Rogerio, noble y rico,
que es centro donde sosiega?
Todas las almas, amiga,
son iguales; la materia
de los cuerpos solamente
hacen esa diferencia.
Alma noble me dió el cielo;
no te espantes, si con ella
el amor, fuego con alas,
intenta subir, y vuela.
A Rogerio he de adorar.

FIRELA.

Basta, que estás bachillera,
despues que en Rogerio sabio
tus esperanzas alientas.
Vamos á lavar agora,
por ver si en la fuente templas
ardores tan desiguales.

LEONISA.

No hayas tú miedo que pueda;
que es poca el agua del mar.

FIRELA.

Los serranos que desdeñas,
¿qué han de hacer si no los amas?

LEONISA.

Que pues padezco, padezcan. (*Vanse.*)

ESCENA III.

—

ROGERIO. PINARDO.

PINARDO.

Ya no tengo que enseñarte:
en la esgrima tu destreza,

junto con tu fortaleza,
retratan en tí otro Marte;
la pintura verá su arte
eternizada por tí;
las liciones que te dí
en la música, maestro
te han de llamar del mas diestro,
cifrándole Apolo en tí.
Sutil dialéctico estás;
docto en la filosofía;
sabes de la astrología
lo que es lícito, y no mas;
metafisica podrás
enseñar á quien la enseña:
y aunque una parte pequeña
sabes de la arquitectura,
por tí Vitrubio asegura
el renombre que en tí empeña.
Versos haces estremados,
los que para un cuerdo bastan;
que los que á resmas los gastan,
no estan ya bien opinados;
los términos no escusados
de la corte, en que publíques,
cuando al palacio te apliques,
lisonjas, estudiado has:
no falta, Rogerio, mas
de que cuerdo los platiques.

ROGERIO.

Si al padre se debe el ser,
y al maestro el ser de hombre,
y en tí de uno y otro el nombre,
señor, te llego á deber,
¿cómo podré agradecer
el doble ser que te debo?
Por padre, á darte me atrevo
gracias de eternos loores;
mas por maestro, mayores,
pues que me engendras de nuevo.
¡Dichoso yo que traslado
vengo á ser de original,
como el sol universal,

de tanta ciencia adornado!
Mil cosas me has enseñado,
que como dices, quisiera
que alarde de ellas hiciera
mi estudio, y tu nombre claro;
que encierra el oro el avaro,
y el noble le ostenta fuera.
¿Qué aguardas, padre, en llevarme
á la corte?

PINARDO.

Aun falta mas;
que puesto que docto estás
en todo, y puedes honrarme,
temo desacreditarme
por otra parte.

ROGERIO.

¿En qué modo,
si á tu gusto me acomodo?

PINARDO.

Aunque tan sabio te siento,
voluntad y entendimiento
componen un hombre todo.
Y puesto que sea verdad
que al entendimiento debes
las letras con que te atreves
á cualquiera facultad,
no sé que la voluntad
en hombre te constituya,
pues es tan seca la tuya,
que muestras por esperiencia
que te falta esta potencia
porque tu ser te destruya.
Tu juventud tan florida,
cuando estímulos de amor
desde el rey hasta el pastor
dan á sus incendios vida;
tú que imagen esculpida
de bronce debes de ser,
¡has podido defender
de apacibles tiranías
el alma, si en piedras frias
se puede amor encender!

¿No te viera yo siquiera,
no digo amar, mas gustar
de ser visto, y de mirar
alguna cara hechicera?
¿Alguna vez no te viera
hurtar del estudio ratos,
y en los hermosos retratos,
del cielo de amor despojos,
tal vez descuidar los ojos
que ya blasonan de ingratos?
¿Cómo podré yo atreverme
que vaya á la corte un hombre,
si es que merece este nombre
quien entre las llamas duerme?
Voluntad que allá no enferme,
no es cortés; esto es verdad;
ni es bien que en tu sequedad
lleves, por hacerme agravio,
un entendimiento sabio,
y una idiota voluntad.

ROGERIO.

Aquí, señor, no hay sugeto
en que lograr esperanzas,
ni entre groseras labranzas
mi amor halla igual objeto.
Si me tienes por discreto,
y amor es similitud,
¿por qué culpas la quietud
que en mi libertad desprecias?
¿Es bien que serranas necias
malogren mi juventud?
Viva el alma libre y franca,
pues en su estudio me alegra.

PINARDO.

Ensayar la espada negra,
suele hacer diestra á la blanca.
Nunca tras el toro arranca
quien no ensayó su valor
en el novillo menor;
y un discreto, si lo ignoras,
llamaba á las labradoras
espadas negras de amor.

Si el filósofo admirable
llamó animal racional
al hombre, Platon su igual,
le llama animal sociable;
el que no es comunicable,
no es hombre, segun Platon;
y siguiendo su opinion,
te hará tanta sequedad
bruto por la voluntad,
aunque hombre por la razon.
Si ver la corte pretendes,
como aprendiste á saber,
tambien aprende á querer;
que en verte un marmol, me ofendes.
Ama del modo que entiendes,
mas apacible y humano
porque en el palacio, es llano
que gradúa el menosprecio
al mas docto por mas necio,
si es sabio y no es cortesano. (*Vase.*)

ESCENA IV.

ROGERIO.

Entre el amor y el desden
mal la ciencia se conserva,
porque Venus y Minerva
jamas se llevaron bien;
ojos que hermosuras ven,
contra pasiones confusas
no hallan á su daño escusas,
pues su ocupacion distinta
deshonesta á Venus pinta,
y vírgenes á las musas.

ESCENA V.

CARLIN, *mojado y lleno de jabonaduras.*—ROGERIO.

CARLIN.

¡Ay! ¡cuál vengo! Amor, no mas.
¡Huego de Dios en tal dios!
Yo me acordaré de vos.

ROGERIO.

Pues, Carlin, ¿á dónde vas?

CARLIN.

¡Ay nuesamo el mozo! á echarme
catorce vizmas.

ROGERIO.

¿Caiste?

CARLIN.

En la cuenta ó en el chiste
de amor. ¿Podreis escucharme
cuatro gruesas de razones?

ROGERIO.

¡Qué tales ellas serán!

CARLIN.

Y dichas, pues fama os dan
que sabeis por seis Salmones,
¿una traza no podreis
darme, con que de Firela
que es tramposa, y me desvela,
si no me ama, me vengueis?

ROGERIO.

¿Yo?

CARLIN.

Porque no me reproche.

ROGERIO.

De amor no sé jugar treta.

CARLIN.

Pues yo conozco poeta,
que compra trazas de noche.

ROGERIO.

¿Qué te ha sucedido?

CARLIN.

Estaba
en la huente, gorda y lucia
lavando.... que lo que ensucia
mi amor, Firela lo lava;
parlaban las compañeras;
(que todas nuesas serranas,
por lo que tienen de ranas,
en el agua son parleras)
y dábanle con los mazos
en la ropa, (que el regalo
que dan, es jabon de palo)
arremangados los brazos.
Yo que topé la ocasion,
lleguéme á Firela, y dije:
"mi amor, que es niño y me aflije,
debe de ser pañalon,
porque tal vez huele mal
cuando triste á casa vuelvo,
y el alma donde le envuelvo,
hace oficio de pañal.
Cerapez tien, ¿qué os espanta?
lavádmela, si os molesta;
que quien con niños se acuesta,
ya vos veis cual se levanta."
Que mos prace, respondieron
todas, asiendo los mazos....
Par Dios, que á puros porrazos
las costillas me molieron.
Pegaban con tanta acucia,
que de miedo el alma helada,
creyendo salir lavada,
ó suda, ó vuelve mas sucia;
y á no llegar cortesanos
con el duque en compañía,
llenas de volatería,
como los cascos las manos,
cazando, daban los mazos
en la huesa con Carlin;
que ropa de mazo, en fin,
muere moza hecha pedazos.
Dadme algun remedio vos.

ROGERIO.

¿El duque ha salido á caza?

CARLIN.

A volar una picaza.

ROGERIO.

¿Aquí cerca?

CARLIN.

Sí, por Dios;
y si no se me trabuca
el meollo, una muger
machorra, que debe ser,
pues va á caballo, la duca.

ROGERIO.

No hay tal entretenimiento
cual la caza para mí.
Vóile á ver. (*Vase.*)

CARLIN.

Y yo, que ahí
batanada el alma siento,
echarme cien vizmas trazo.
Para el enfermo de amor,
Firela es lindo dotor,
que le cura con un mazo. (*Vase.*)

ESCENA VI.

—

ENRIQUE *y* CLEMENCIA, *bizarros, de caza.*

ENRIQUE.

Mientras el duque caza,
y en ejercicios nobles se embaraza,
oye, Clemencia mia,
desvelos de mi ciega fantasía;
darás, árbitro juez, en ellos traza
de mi vida ó mi muerte,
que estriban en gozarte ó en perderte.
Veniste de Borgoña
á darle á él la mano, á mí ponzoña;
y siendo su sobrina,
hacerte esposa suya determina;

mas la llama por tierna en mí visoña,
hechizo de mis ojos,
si en él engendra gustos, en mí enojos.
Sobrino y heredero
soy suyo, y de sus deudos el primero;
su vida, es imposible
que dilate mas tiempo el infalible
censo fatal, que en vasallage fiero
á la tirana ingrata
tributa el mozo en oro, el viejo en plata....

CLEMENCIA.

¿Qué sacas de todo eso?

ESCENA VII.

EL DUQUE, *que se queda escondido observando á Clemencia y Enrique.*—DICHOS.

DUQUE, *aparte.*

Es vieja la sospecha, amor sin seso,
y Enrique con Clemencia
creciendo celos, menguan mi paciencia.
Yo soy viejo, ella moza y él travieso;
tras ellos mi sospecha
me trae; que amor con celos, siempre acecha.

ENRIQUE.

Si al duque al fin heredo,
y en verde mocedad, Clemencia, puedo
en tálamos iguales
amarte esposo y remediar mis males,
¿cuánto mejor te está gozar, sin miedo
de caducos engaños,
florida juventud, que helados años?
No ofendas tal tesoro,
ni con fallida plata mezcles oro
de preciosos quilates;
pues cuando al ciego amor coyundas ates,
si bien te quiere el duque, yo te adoro;
ni tan hermoso espejo
niegue objetos á un mozo por un viejo.

DUQUE, *aparte.*

¡O amante lisonjero!
no serás, si yo puedo, mi heredero;
que no es bien me suceda
deudo que en vida lo mejor me hereda.
Hijo tengo, retrato verdadero,
que á quien es corresponde.
Pero veamos lo que dice al conde.

CLEMENCIA.

Enrique, en la tutela
del duque, que en amarme se desvela,
quedé desde la cuna,
muertos mis padres; y en igual fortuna,
el tiempo de mi edad, que joven vuela,
conoce satisfecho
la poca falta que con él me han hecho.
Duquesa me obedece
Orliens, estado real; si me apetece
mi tio el de Bretaña,
y el fuego de mi amor la nieve engaña
que este hechicero amor rejuvenece,
no sé que el gusto mio
admita ver esposo á quien ve tio.
Ataja tú esos daños,
y persüade sus nestóreos años
que yo que le obedezco,
no amante, padre sí, la mano ofrezco
á quien, cuando consulte desengaños,
el duque me dedique.

ENRIQUE.

Espera.

CLEMENCIA.

Harto os he dicho, conde Enrique. (*Vase.*)

ESCENA VIII.

—

ENRIQUE. EL DUQUE, *escondido.*

ENRIQUE.

Harto, y tanto que dudo

si estoy dispierto ó sueño. Dios desnudo,
pues que rapaz te llamas,
destierren canas tus sabrosas llamas;
que tu reino jamás sufrillas pudo.
Al duque desengaña;
dame á Clemencia, amor, dame á Bretaña. (*Vase.*)

ESCENA IX.

EL DUQUE.

Ni á Bretaña, ni á Clemencia;
que tengo ya sucesor,
menos impulsos mi amor,
y mis canas mas prudencia.
La duquesa ha dicho bien;
no dice mi senectud
con la verde juventud
que en su edad mis ojos ven.
Sucesores deseaba,
que legítimos en ella,
me heredasen; mas la estrella
que en Rogerio Francia alaba,
me inclina á que de Bretaña
el ducado ilustre herede,
y el conde Enrique se quede
con la opinion que le engaña.
Hijo es mio natural
mi Rogerio, y la prudencia
que hace á mi amor resistencia,
le dará muger igual. (*Vase.*)

Sala en casa de Pinardo.

ESCENA X.

PINARDO. ROGERIO.

ROGERIO.

Ya he vuelto por la opinion
que perdió mi voluntad
por seca y sin aficion;
ya, señor, la autoridad
y sentencia de Platon
puede difinirme en hombre;
pues si es animal sociable,
porque en tí el amor te asombre,
una belleza agradable
me ha honrado con este nombre.
Ya estoy tan enamorado,
que no sé si vivo en mí.

PINARDO.

¿Tan presto?

ROGERIO.

Es precipitado
amor; vine, vi, y perdí
la libertad, no el cuidado.
Ya juzgaré por mejor
potencia la voluntad
que el entendimiento: amor
de su noble facultad
hoy me ha hecho profesor:
desde hoy cursaré su escuela.

PINARDO.

Rogerio, perdido estás.

ROGERIO.

Amor, como es ave y vuela,
llegó presto: oye, y sabrás
la causa que me desvela.

La caza, ocupacion que al noble muestra
del trato militar cifras y sumas,
al duque trajo á la comarca nuestra,
que yo salí á gozar, porque presumas
que el ver servir al viento de palestra
á escaramuzas de enemigas plumas,
mi natural inclina venturoso,
en ser símil del tuyo generoso.
Emboscóse, perdíle, y á la fuente
del arrayan guiando amor mi paso,
la humildad contemplaba de su oriente,
la soberbia, ya rio, de su ocaso,
cuando vagando amor por su corriente,
corrida su deidad del poco caso
que hacia de sus llamas mi sosiego,
rayos de agua forjó, si antes de fuego.
Una serrana entre otras lavanderas
cristales con cristales afrentaba,
lavando linos, y aumentando esferas
en círculos de plata que acendraba:
espejos eran todos, donde vieras
que el sol con sus reflejos retrataba,
no ciego, lince sí, bellos despojos,
dando ojos á la ropa, y á amor ojos.
Esta es vasalla nuestra, esta Leonisa,
de libres presunciones vengadora,
que flores crece cuando flores pisa,
perlas produce cuando perlas llora:
pagaba el agua en sucesiva risa
contactos suyos, mas murmuradora
que otras veces; que en ver que no podia
cursos parar, corriendo se corria.
Presas madejas, no de las que á Febo
peina el Aurora, que esas son de oro;
de ébano sí, que estima el uso nuevo;
cabellos negros, no rubio tesoro,
en un jardin de red, cárcel que apruebo,
si es bien tener en la prision que adoro
grillos de voluntades, que traviesos,
mas almas prenden, cuando estan mas presos;
blanca gorguera, abierta lechuguilla
guarnecida de puntas, mejor flechas,

que entre limpia camisa, maravilla
será si ves sus pechos, y no pechas;
ribeteado sayuelo de palmilla
verde en color, azul en mis sospechas,
mangas presas al hombro, cuyo lino
humano fue esta vez con lo divino....
Gozaba el agua lo demas que callo,
puesto que bien pudieran por viriles,
cuando no distinguillo, penetrallo
los ojos del amor, Argos sutiles:
de mi vasalla, en fin, siendo vasallo,
criminales deseos, en civiles
ejercicios de estudios ocupados,
á nuevo amor dan ya nuevos cuidados.
No sé lo que la dije divertido;
mas sé que respondiéndome agradable,
mudó palabras al mayor sentido,
si amor ciego, por ojos es bien que hable.
Tus consejos, señor, he ya cumplido;
hombre soy con Platon comunicable:
no dirás, si intratable daba nota,
que ya me agravia voluntad idiota.

PINARDO.

Ni tanto, hijo, ni tan poco:
ni en amar tan descuidado,
ni de suerte enamorado,
que de libre dés en loco.
De dos estremos contrarios
un medio se perficiona;
la sequedad te ocasiona
á efetos estraordinarios;
y el amor que ahora adquieres
en cosa tan desigual,
de tu noble natural
te ha de hacer que degeneres.
A todo pondrás remedio,
si ves que para querer
el cuerdo, no ha de escoger
por fin lo que solo es medio.
Quita tú de aquese amor
lo supérfluo, y quedará
en buen punto.

ROGERIO.

No será
posible eso ya, señor.
La memoria que por tarda,
con dificultad aprende,
lo que difícil entiende,
sin olvidarlo lo guarda.
Yo, que en la memoria tengo
esta vez la voluntad,
si puse dificultad
en amar, y ya prevengo
prenda en que mi gusto viva,
al angel he de imitar
en no saber olvidar,
porque eterno en ella viva.

PINARDO.

¿Hay mudanza semejante?

ESCENA XI.

—

CARLIN.—PINARDO. ROGERIO.

CARLIN.

Nuesamo, los dos duquesos,
con pájaros y sabuesos,
están en casa.

PINARDO.

Ignorante,
¿qué dices?

CARLIN.

Que en casa están
los dos ducos, hembra y macho.
¿Pensará que estó borracho?
Pues ya llegan al zaguan.

PINARDO.

¡Válgame el cielo! Salgamos
á recebillos.

CARLIN.

¡Verá!

De rondon se entran acá;
boda hay hoy, cena esperamos.

ESCENA XII.

EL DUQUE. CLEMENCIA. ENRIQUE. MÚSICOS. LABRADORES. LEONISA *y* FIRELA, *con lios llenos de flores.*—PINARDO. ROGERIO. CARLIN.

LABRADORES.

(Cantan.) *Que el clavel y la rosa,*
¿cuál era mas hermosa?

UN LABRADOR.

El clavel, lindo en color,
y la rosa, toda amor;
el jazmin de honesto olor,
la azucena religiosa....

TODOS LOS LABRADORES.

¿Cuál es la mas hermosa?

LABRADOR.

La violeta enamorada,
la retama encaramada,
la madreselva mezclada,
la flor de lino celosa....

LABRADORES.

¿Cuál es la mas hermosa?
Que el clavel y la rosa,
¿cuál era mas hermosa?

PINARDO.

Mucho debe, gran señor,
á vuestra casa esta quinta,
pues por ella aquesta vez,
para honrarnos, la visita.

DUQUE.

¡O Pinardo! ya que á vos
de nuestra corte os retira
la quietud de aquestos campos,
envidiando vuestra vida,
pues no me veis, vengo á veros.

LEONISA.

Rogerio, Firela mia,
(*Aparte á ella.*)
á pesar de resistencias,
á mi amor añade dichas.
Como te digo, es mi amante.
¿No ves el alma en su vista,
con mas ojos que pestañas,
porque sus penas me digan?

FIRELA.

(*Aparte á Leonisa.*)
¿Qué no podrán los hechizos
de tu gracia, Lëonisa,
pues las llamas de tu amor
has cebado en agua fria?

DUQUE.

Si teneis tales serranas,
Pinardo, no es maravilla
que olvideis telas de corte
por aldeanas palmillas.
¡Qué curiosas lavanderas!

LEONISA.

A lo menos, señor, limpias,
libres de los badulaques
que allá á las damas empringan.

ROGERIO, *aparte.*

¡Ay serrana de mis ojos!
¡qué bien dices! ¡qué bien pintas
la diferencia que al arte
hacen bellezas sencillas!

CARLIN.

Lavan la ropa de casa,
señor, Firela y Leonisa,
y hay pastor que les da á vueltas
el alma, de las camisas.
Pero hay mazo lavandero
que desmenuza costillas,
y batana enamorados;
mis espaldas se lo digan.

DUQUE.

¿Qué os parecen, mi Clemencia,
las lavanderas?

CLEMENCIA.

Que obligan
á su alabanza los ojos,
y las almas á su envidia.

CARLIN.

¡Oh! pues si lavar las viera
un menudo con sus tripas,
y henchir de sangre y cebolla
un obispillo sin mitra,
yo sé, por mas que es duqueso,
que sin buscar gollorías,
á la comida y la cena
no pidiera si morcillas.

PINARDO.

Rústico, apártate allá.

DUQUE.

Dejalde, por vida mia;
que tiene donaire estraño.

CARLIN.

Principalmente esta niña,
que ahorra de suerte el agua,
que hizo un vientre el otro dia
sin gastar mas de un caldero:
¡mirad si es barata y limpia!

DUQUE.

Este mancebo ¿quién es?

PINARDO.

Mi hijo, y en quien se cifra,
gran señor, mi sangre y casa.

CARLIN.

Perdióscle el otro dia,
señor, la escofieta al cura,
(que hay quien dice que tien tiña)
y con Firela cenando,
la halló dentro una morcilla.

ROGERIO.

Deme los pies vuestra alteza.

DUQUE.

(*Aparte.* ¡Cielos! ¿no fuera injusticia
á tal presencia negalle
mi sucesion, siendo digna
de la corona de Francia?

Mi hijo es, y imagen misma
de la prenda milagrosa
que en el cielo estrellas pisa.)
Alzad. ¿Cómo es vuestro nombre?

ROGERIO.

Gran señor, Rogerio.

DUQUE, *aparte.*

Admita
Bretaña por su señor
tan heróica gallardía;
que Enrique no lo ha de ser.

ROGERIO, *aparte.*

Suspenso el duque me mira.

DUQUE.

(*Aparte.* Pues no ha de heredarme en muerte
quien piensa heredarme en vida.)
Pinardo, ya que las canas
lícitamente os jubilan
de la asistencia en mi corte,
Rogerio es bien que la siga.
Conmigo quiero llevarle.

ROGERIO, *aparte.*

¡Ay cielos!

LEONISA.

(*Aparte con Firela.*)
¿Qué es esto, amiga?
¡Hoy amada, y hoy ausente!

FIRELA.

Quien bien ama, tarde olvida.

PINARDO.

Ha cumplido vuestra alteza
en esa accion con distintas
esperanzas y deseos:
lo primero con las mias,
viendo que en Rogerio puede
daros mi vejez prolija
traslado de original
que mi fe y lealtad imita;
y con las suyas, señor,
porque de suerte se inclina
á serviros en la corte,
que importuno cada dia

mi tibieza reprehende.

ROGERIO, *aparte.*

¡Ay serrana de mi vida!
¡Ojalá que estas verdades
no fueran por tí mentiras!
Pretendí ser cortesano
antes de verte, ya vista,
la corte será desierto,
que ausente de tí me aflija.

DUQUE.

Hoy Rogerio, segun esto,
vuestra esperanza es cumplida:
trocais por la corte campos,
y por palacios las quintas.

ROGERIO.

Honrándome vuestra alteza
por tan clara mejoría,
¿qué interes es despreciar
lo que en sí no tiene estima?

(El duque y Pinardo á un lado, á otro Clemencia y Enrique, á otro Leonisa y Rogerio, y algo apartados Carlin y Firela.)

DUQUE.

Escuchad, Pinardo, aparte.

ENRIQUE.

Creed de mí, hermosa prima,
que si no le persüado,
y el duque viejo porfia,
he de perder á Bretaña.

CLEMENCIA.

Téngole amor de sobrina,
y aunque le desdeño amante,
no será bien que permita
desacatos licenciosos.

ROGERIO.

No merecen mis desdichas,
dulce hechizo de mi alma,
duracion en su alegría.
Hoy os amé, y hoy me parto.
¡Amor y ausencia en un dia!
¡Pena y gloria en un instante!
Si no acaban con la vida,

no son efetos de amor.

LEONISA.

Sin vos, Rogerio, la mia,
que há tanto que sustentaba
su esperanza en vuestra vista,
peor lo habré de pasar;
que vos, en fin, cuya herida,
por nueva no es penetrante,
presto hallareis medicina.
¿A qué desierto os partís
sino á la corte, en que habitan,
entre hermosuras y engaños,
amorosas tiranías?
¡Pobre de quien sola queda!

ROGERIO.

¿Borran años, prenda mia,
señales que en un instante
el rayo en bronce eterniza?
¿Pueden injurias del tiempo
memorias de las rüinas
que á Troya han dado tragedias,
aniquilar, ni aun cenizas?
Pues ¿por qué rayos de amor
no quieres que eternos vivan
en una voluntad bronce
que vitoriosa conquistas?
Inmovil soy á mudanzas.

LEONISA.

Que se cumpla y no se diga,
es, Rogerio, lo que importa.

ROGERIO.

¿Qué temes?

LEONISA.

Circes que hechizan.

ROGERIO.

Ulises soy.

LEONISA.

Todo engaños.

ROGERIO.

Tú me agravias.

LEONISA.

Tú me olvidas.

ROGERIO.

¿Yo? ¿cómo?

LEONISA.

Como te ausentas.

ROGERIO.

En tí me quedo.

LEONISA.

¿En mí misma?

ROGERIO.

Sí, mi bien.

LEONISA.

¡Ay! que eres hombre.

ROGERIO.

Hombre, y firme.

LEONISA.

¿Quién lo afirma?

ROGERIO.

Quien te adora.

LEONISA.

Jura.

ROGERIO.

Juro.

CARLIN.

(*Llegándose á ellos.*)
Arre allá, que el duco os mira.

DUQUE.

¿Que es tan sabio? ¿que es tan diestro?

PINARDO.

Es, gran señor, copia y cifra
de tus hazañas y letras.

ENRIQUE.

No querrá el amor que viva
para dilatar mi gloria,
y dar á tu edad florida
el enero de sus años
que la tuya esterilizan.

CLEMENCIA.

Déle Dios, Enrique, al duque
salud con tan larga vida
como en mí crecen deseos
de que en su amor no prosiga.

LEONISA.

En fin, Rogerio, ¿os partís?

ROGERIO.

Luego que yo ví, Leonisa,
mi primero amor en agua,
pronostiqué su rüina.
¡Qué facilmente se enturbian
sus esferas cristalinas!
¡qué facil desaparecen,
dando á sus corrientes prisa!

LEONISA.

No dista mucho la corte
de estas soledades.

ROGERIO.

Dista
lo que basta para estorbo
de verte yo cada dia.

LEONISA.

Cazas hay que amor inventa,
garzas nuestros bosques crian,
amor es todo ocasion,
si la ausencia no la entibia.
Si vos la buscais, Rogerio,
yo haré tambien de las mias
para iros á ver allá.

ROGERIO.

Cumple tú eso, Leonisa:
volverás el alma á un muerto,
y verás que resucitan,
las veces que á verme fueres,
mis esperanzas marchitas.

LEONISA.

Ya querreis otra.

ROGERIO.

¿Yo? ¿á quién?

LEONISA.

Hay allá damas que pisan
plata en corchos coronados.

ROGERIO.

De su mudanza me avisan.

LEONISA.

Arrastran telas.

ROGERIO.

¿Qué importa?

LEONISA.

Pues ¿qué estimais vos?

ROGERIO.

Tu frisa.

LEONISA.

¿Mas que el brocado?

ROGERIO.

¿Pues no?

LEONISA.

¿Por qué, si es tosca?

ROGERIO.

Es sencilla.

LEONISA.

Traen cadenas.

ROGERIO.

Son prisiones.

LEONISA.

Traen firmezas.

ROGERIO.

Son postizas.

LEONISA.

Traen diamantes.

ROGERIO.

Son engaños.

CARLIN.

Arre allá, que el duco os mira.

DUQUE.

Casaréle con Clemencia,
si el papa le legitima,
y sucederá en mi estado.

PINARDO.

Sola su hermosura es digna
del esposo que la ofreces.

ROGERIO.

¿Permitirás que te escriba?

LEONISA.

Si las cartas son la sal
que conserva amor, ¿quién quita
que no escribais por instantes?

ROGERIO.

¿Sabes leer?

LEONISA.

La cartilla
de tu amor, donde comienzo
el A, b, c, de mis dichas.

ROGERIO.

Y escribir, ¿sabrás?

LEONISA.

Tambien,
pues siendo de amor pupila,
plumas serán pensamientos,
y lágrimas darán tinta.

ROGERIO.

¿De quién podremos fiarnos?

LEONISA.

De Carlin, cuyas malicias
son en toda aquesta sierra
sin perjüicio y de risa.

ROGERIO.

En fin, ¿no me olvidarás?

LEONISA.

Amor labrador no olvida.

ROGERIO.

¿Serás firme?

LEONISA.

Seré bronce.

CARLIN.

Arre allá, que el duco os mira.

DUQUE.

(*Separándose de Pinardo.*)
Ya me parece que es hora
que nos partamos, sobrina.
Traigan, conde, los caballos.

CARLIN.

Boca abajo el zaguan pisan.

DUQUE.

Venga conmigo Rogerio.

PINARDO.

¡Gracias á Dios que cumplidas,
hijo, ves tus esperanzas.
Letras, armas, cortesía,

te he enseñado; si con ellas
entre enredos y mentiras
te conservas, bien logradas
serán las liciones mias.
Hágate dichoso el cielo.

ROGERIO.

A Dios, señor.—Mi Leonisa,
(*Hablando aparte con ella al salir.*)
esto es partir.

CARLIN, *aparte.*

Con dolores,
porque es parto una partida.

ROGERIO.

No me olvides.

LEONISA.

¿Cómo puedo?

ROGERIO.

¿Irásme á ver?

LEONISA.

Cada dia.

ROGERIO.

A Dios.

LEONISA.

A Dios.

ROGERIO.

¡Ay mi bien!

CARLIN.

Arre allá, que el duco os mira.



ACTO SEGUNDO.

Salon del palacio ducal en Nantes.

ESCENA I.

EL DUQUE. ROGERIO. CLEMENCIA. ACOMPAÑAMIENTO.

DUQUE.

Ya estás legitimado,
y por sucesor mio declarado
en Bretaña, que estima
las partes con que el cielo te sublima;
ya yo, cansado y viejo,
seguro de tus letras y consejo,
en tus hombros alivio
el peso del gobierno; que no envidio
sino ociosos descansos
de cazas leves y de libros mansos,
porque en vejez lograda,
me manda el tiempo jubilar la espada.
Clemencia es mi sobrina,
en hermosura y discrecion divina,
del de Borgoña hermana,
de Orliens duquesa, que apacible y llana,
mientras Roma dispensa,
solo en amarte como á dueño piensa,
juzgando á gloria inmensa el bien que gana.
Rogerio, pues ¿qué es esto?
¡Tú triste agora, cuando manifiesto
secretos que ha tenido
el tiempo en las entrañas del olvido,
cuando solo creias
heredar las groseras alquerías
que viste en sayal pardo!

Hijo de un duque ya, no de Pinardo,
en posesion segura
del estado breton, donde te jura
por señor la nobleza,
¡melancólico tú! ¡tú con tristeza!
Pudiera hacerte agravio,
á no llamarte tus estudios sabio,
creyendo que echas menos
montes de riscos y de encinas llenos,
rústico por costumbre,
y que te da la corte pesadumbre,
el palacio tristeza,
y bárbaro disgusto esta belleza;
que aunque ilustre has nacido,
podrás, como entre montes has vivido,
de la costumbre hacer naturaleza.

ROGERIO.

Las razones que alegas
contra el tropel de mis pasiones ciegas,
á mi tristeza añaden
grados, señor, que mas me persüaden
á la melancolía
que ocupa mi confusa fantasía.
Estaba yo contento
con un mediano estado, fundamento
de la alegre esperanza
que intenta malograr esta mudanza;
ni pobre jornalero,
ni privado en la corte lisonjero;
mas con la medianía
que Salomon prudente á Dios pedia;
porque ni la pobreza
deja volar ingenios, ni la alteza
que estriba en la abundancia,
se escapa de soberbia é ignorancia;
pues solo hallan remedio
estos estremos en el quinto medio
que forman la bajeza y la arrogancia.
Eran mi pasatiempo
los libros y las armas contra el tiempo
que el ocio necio pierde;
ya el agua, el viento, y ya el campo verde

midiendo (1) auroras frescas
con envidiosas cazas y con pescas;
y mientras estudiaba,
agradecido al cielo, me preciaba
que á pesar de la herencia,
en que en el mundo estriba la potencia
de necios opulentos
(que llamo sabios yo por testamentos),
yo con la industria mia,
lo que no á la fortuna, le debia
á la naturaleza,
ambicioso de fama y de grandeza,
no heredada, adquirida
con noble ingenio y estudiosa vida,
que ilustra mas la personal nobleza.
Agora, pues, que veo
frustrados mis estudios y deseo,
y que en fe de esta herencia,
no hay entre mí y el necio diferencia,
pues fortuna inconstante
con riquezas me iguala al ignorante,
¿no te parece justo
que cuando adquiero estado, pierda el gusto,
viendo como soldado
en la paz, el ingenio reformado?
A pocos poderosos
he oido celebrar por ingeniosos;
que en ellos, de honras llenos,
es el ingenio lo que vale menos;
y así siento, ofendido,
tener en menos lo que mas ha sido;
pues crêrá quien me jura
que no es sabio quien tiene tal ventura.
Y si es así, ¿en qué precio
tendré este estado, en opinion de necio,
contra el ingenio que volar procura?

DUQUE.

Toda melancolía

---

(1) *En auroras frescas, en frescas mañanas*, omitiendo la preposicion, como cuando decimos: *yo fui* otro tiempo *mas feliz.*

ingeniosa es un ramo de manía,
y no hay sabio que un poco,
si á Platon damos fe, no toque en loco.
En tí lo verificas,
sintiéndolo del modo que lo esplicas.
Feliz Platon llamaba
el reino donde el rey filosofaba:
mira tú ¡cuán opuesta
es la opinion que triste te molesta!
Probarás cuan süave
es el gobierno para aquel que sabe;
y en medio la esperiencia,
la divina hermosura de Clemencia
será como instrumento
que divierta tu triste pensamiento.
Sus discursos reprime;
que suele hacer mas mal el mas sublime,
pues tal vez daña el mucho entendimiento.
(*Vase con el acompañamiento.*)

ESCENA II.

ROGERIO. CLEMENCIA.

CLEMENCIA.

Si como yo os tengo amor,
ventura tambien tuviera
para alegraros, señor,
contento Bretaña os viera,
y á mí con gusto mayor.
Mas si para divertiros
os pueden ser de provecho
propósitos de serviros,
deseos de un firme pecho,
y de un alma fiel suspiros,
toda yo en vos empleada
os me ofrezco, dedicada
al templo de vuestra fe;
vos sois mi sol, yo seré
nube por vos ayudada.

Si estais triste, en la tristeza
se entretendrá el alma mia
que ya á imitaros empieza;
si alegre, hará mi alegria
alarde de esa belleza.
Seré, en fin, espejo fiel
que en todas las ocasiones,
sin colores ni pincel,
retrate hasta las acciones
vuestras, mirándoos en él.

ROGERIO.

Perdóneme vuestra alteza;
que merece su belleza
un gusto mas sazonado
que el mio, agora asaltado
de esta enfadosa tristeza.
Para mejor ocasion
guardo el agradecimiento
que debo á tanta aficion,
cuando el amor y el contento
pongan el gusto en sazon.
Y entre tanto dé lugar
á que sin mas compañía
que mi descortés pesar,
ceda á la melancolía
el derecho del amar.

CLEMENCIA.

No tengo mas gusto yo
que el vuestro.—¡Ay amór! llegó
(*Aparte al irse.*)
de la esfera de mi cielo
la llama que envuelta en hielo,
abrasándome me heló.
Esta sequedad adoro,
este entendimiento estimo,
de este mármol me enamoro,
y amando me desatino,
porque si sospecho, ignoro.
Discreto que tanto sabe,
triste sin mas ocasion
de la que alega, no cabe
en buen discurso y razon.

Celos, falsead la llave
de su escondido secreto,
y aunque perdais el respeto
al recato y al temor,
sabed si es la causa amor,
porque llore yo el efeto.
Mi sospecha temerosa
sacará á luz sus desvelos;
pues son, pasion amorosa,
inquisidores los celos,
que no se les pierde cosa. (*Vase.*)

ESCENA III.

ROGERIO.

Todo esto es, Leonisa mia,
con sofísticas razones
buscar necias ocasiones
para mi melancolía.
Si yo no te viera el dia
que perdí mi libertad,
fuera esta prosperidad
el colmo de mi contento;
ya sin tí, será tormento
la mas régia voluntad.
Perdíte; ya no es posible
en desiguales estados
dar alivio á mis cuidados,
ni ver tu rostro apacible;
pues amar un imposible
será eterno padecer;
no amarte, no puede ser;
pues amarte y no esperar,
padecer, y no olvidar,
es morir, y no poder.
Si yo de Pinardo fuera
hijo, cual pensé, y te amara,
cuando á mi ser te igualara,
poco tu suerte subiera.

Soy duque: ¡ay fortuna fiera!
tormentos con honras das;
ya yo sé que igualado has,
midiendo amorosas leyes,
los pastores á los reyes;
mas yo soy sabio, que es mas.
En cuanto rey, no era mucho
llevarme de mi pasion;
en cuanto sabio, es accion
en que mi deshonra escucho.
¡Con qué de contrarios lucho!
Amando, he de aborrecer;
príncipe, tengo poder;
sabio, ocasiono mi agravio;
y amante, príncipe y sabio,
queriendo, he de no querer.
Pues dar alivio á mi amor
por medio menos que honesto,
ni aun pensarlo, porque he puesto
todo mi honor en tu honor.
Morir, Leonisa, es mejor;
batalle en mi fantasía
esta contraria porfia
mientras la vida haga pausa,
como se ignore la causa
de tanta melancolía.

ESCENA IV.

—

ENRIQUE.—ROGERIO.

ENRIQUE.

Que el duque me haya quitado
por vos, bastardo y espurio,
á Bretaña, no me injurio;
que mi nobleza me ha dado
la sucesion suficiente
que mi sangre ha merecido:
legitime á un mal nacido
el papa, estando yo ausente;

que de su eleccion aguardo
el suceso que merece
la provincia que obedece
por duque suyo á un bastardo.
Pero que con esta herencia
el duque á Clemencia os dé,
eso no; que os sacaré
el alma yo con Clemencia.
Si fuérades sabio vos,
y por consiguiente, cuerdo,
entrárades en acuerdo,
y comparándoos los dos,
vos y Clemencia mi prima,
temiérades su nobleza,
porque en la naturaleza
el papa no legitima;
ni por mas que os habilite
para el estado que os da,
posible al papa será
que mancha de sangre os quite.
Al agua mas limpia y clara,
como á otro cualquier licor,
se le pega el mal sabor
del vaso vil donde para;
y aunque de reyes franceses
sangre el duque os haya dado,
el vaso en que habeis estado
por lo menos nueve meses,
que os habrá pegado, es llano,
el bajo ser que teneis,
pues sois duque y no perdeis
los resabios de villano.
Que no es mas que villanía
el soberbio pretender
á Clemencia por muger,
legítima y sangre mia.
¿Conmigo competís vos,
sin honra, ser, ni consejo?

ROGERIO.

Conde, miraos á un espejo,
y vengaréisme de vos. (*Vase.*)

ESCENA V.

ENRIQUE.

¿Que yo á un espejo me mire,
y de mí le vengaré?
Estraña respuesta fue:
causa me da que me admire.
Cuando le injurio, y espero
que usando de su poder,
ó ha de mandarme prender,
ó vengar en mí su acero,
sin airarse contra mí,
sin hacer de injurias caso,
sin descomponer el paso,
¡se parte y me deja así!
Suceso es digno, por Dios,
de admiracion y consejo.
"Conde, miraos á un espejo,
y vengaréisme de vos."
¿Si quiso decir por esto
lo que Séneca divino,
que la cólera y el vino
en un mismo grado ha puesto,
cuya furia y frenesí,
si la razon no la aplaca,
al hombre mas cuerdo saca,
para afrentalle, de sí?
"Si el airado se mirase
(dijo Séneca) á un cristal,
yo sé que viéndose tal,
de sí mismo se afrentase."
Ya mi cólera se mira
á vuestro espejo, razon,
y ya mi loca pasion
afrentada se retira.
Justamente os llaman sabio,
pues por tal es bien se estime
quien sus pasiones reprime,

y disimula su agravio.
No haya mas entre los dos;
que me direis si me quejo:
"conde, miraos á un espejo
y vengaréisme de vos." (*Vase.*)

ESCENA VI.

CLEMENCIA. CARLIN.

CLEMENCIA.
(*Dirigiéndose á un criado á quien no se vé.*)
Yo gusto de esto; dejalde.

CARLIN.
Pues ¿por qué no habian de entrar?

CLEMENCIA.
Cuando yo salí á cazar,
te conocí.

CARLIN.
Ni ell alcalde,
ni el cura me quita á mí
que no entre, si se me antoja,
en la igreja.

CLEMENCIA.
¿Quién te enoja?

CARLIN.
Un viejo porque entro aquí.

CLEMENCIA.
Es aquese el guarda-damas.

CARLIN.
¡Válgamos Dios! ¿que hay quien deba
guardar damas, y se atreva
á que no quemen las llamas?
Pues aun no puede un marido
guardar solo á su muger,
¿y habrá quien pueda tener
tanto pájaro en un nido?
Él tiene gentil tempero.

CLEMENCIA.
¿A qué has venido á palacio?

CARLIN.

En el campo hay mas espacio
que acá. Mas diga: ¿es de vero
que Rogerio es duco?

CLEMENCIA.

Sí.
Vendrásle á pedir mercedes.

CARLIN.

Si viniere ó no....

CLEMENCIA.

Bien puedes;
que yo rogaré por tí.

CARLIN.

¿Y que el duco viejo es ya
su padre?

CLEMENCIA.

Él le ha dado el ser.

CARLIN.

¿Y ella diz que es su muger?

CLEMENCIA.

Mi esposo ha de ser.

CARLIN.

¡Verá!
Hombre hué siempre de chapa;
desde mochacho lo tuvo;
cura en nueso lugar hubo
que adivinó el verle papa.

CLEMENCIA.

¿Cómo?

CARLIN.

Desde el primer dia
que espenzó de gorjear,
á todos los del lugar
"taita" y "papa" les dicia.
Y como no se le escapa
nada al cura, al punto dijo:
"Papa sabeis decir, hijo?
pues yo espero veros papa."

CLEMENCIA.

(*Aparte*. ¡Graciosa rusticidad!
Pues le vais, serrano, á ver,
procuralde entretener,

y su tristeza aliviad;
que despues que es duque, vive
melancólico en estremo,
y al paso que le amo, temo
su salud.

CARLIN.

¡Oh! si él recibe
cierto envoltorio que aquí
le traigo, yo le aseguro
que ella vea cual le curo.

CLEMENCIA.

¿Es regalo?

CARLIN.

Crô que sí.

CLEMENCIA.

Mostralde acá.

CARLIN.

Viene oculto.

CLEMENCIA.

¿Es de Pinardo?

CARLIN.

No es de él.

CLEMENCIA.

¿Pues cuyo?

CARLIN.

Es cierto papel.

CLEMENCIA.

Regalo que no hace bulto,
¿qué será?

CARLIN.

¿No lo penetra?
Son unos polvos.

CLEMENCIA.

¿De qué?

CARLIN.

De carta, que si los vé,
tambien podrá ver la letra.

CLEMENCIA.

¿Es billete?

CARLIN.

Sí, par Dios.

CLEMENCIA.

¿Quién le escribe?

CARLIN.

No hay decillo.

CLEMENCIA.

¿Por qué?

CARLIN.

Mándaume encubrillo,
principalmente de vos.

CLEMENCIA.

(*Aparte.* ¡Ay cielos!) ¿Y es quien le avisa
en él, alguna serrana?

CARLIN.

Mas fresca que la mañana.

CLEMENCIA.

¡Bueno! Y ¿llámase?

CARLIN.

Leonisa.

CLEMENCIA.

Segun eso, no me espanto,
si es su amante y no la vé,
que triste Rogerio esté.
¿Quiérense bien?

CARLIN.

Tanto cuanto.

CLEMENCIA.

Y ¿cuál de aquellas dos era,
que cuando á caza salí,
con Rogerio hablando ví?

CARLIN.

Picando os va la celera.
La que me ha dado esta carta,
cuyo porte pagais vos,
es, señora, de las dos,
barbinegra y cariharta.

CLEMENCIA.

¿Esa es Leonisa?

CARLIN.

¿No bonda
decir que sí? En muesa villa
la llaman "la albondiguilla,"
por ser tan cariredonda.

CLEMENCIA.

¿Y á esa quiere?

CARLIN.

Es bella moza.

CLEMENCIA.

Mostrad el papel acá.

CARLIN.

¡Mas nonada!

CLEMENCIA.

Acabad ya,
villano.

CARLIN.

¡Ay que me retoza!

CLEMENCIA.

¿Vos sabeis aquestas tretas,
rústico, zafio, villano?

CARLIN.

¡Aquí del rey, que la mano
quiere meterme en las tetas!

ESCENA VII.

ROGERIO.—CLEMENCIA. CARLIN.

ROGERIO.

¿Qué es aquesto?

CLEMENCIA.

La ocasion
de vuestra melancolía,
si de la desdicha mia
presagios ciertos no son.
¡Triste estais! Teneis razon;
que el mudar naturaleza
¿á quién no causa tristeza?
y mas á vos, que trocado
habeis un ilustre estado
por esta vil rustiqueza.
Será para vos desierto
la corte que os recibe,
porque donde el gusto vive,

que vive la corte es cierto;
cambio os da el amor abierto
en letras que os ha librado:
cobrad; quedareis pagado,
si acetais de mejor gana
una morada villana
que un generoso ducado.
Y alegraos, que ya os avisa
de que en vuestra triste ausencia
no ha de malograr Clemencia
esperanzas de Leonisa;
guardad para ella la risa,
y para mí los enojos;
que si villanos despojos
el alma os tiranizaron,
yo porque á vos os miraron,
sabré castigar mis ojos. (*Vase.*)

ESCENA VIII.

—

ROGERIO. CARLIN.

ROGERIO.

¡Bárbaro! ¿qué has hecho?

CARLIN.

¿Yo?

No me sé: ¿qué quiere c'aga?
¡Aquesta será la paga
del parabien que le do!

ROGERIO.

¿Envióte acá Leonisa?

CARLIN.

¿Pues quién me habia de enviar?

ROGERIO.

¿Y escribe?

CARLIN.

Todo un plenar,
por mas que la daba prisa.

ROGERIO.

¿Y le habrás dicho á Clemencia

todo cuanto en mi amor pasa?

CARLIN.

Pues si con ella se casa,
¿no era encubrillo conciencia?

ROGERIO.

¿Hay disparate mayor?

CARLIN.

El marido y la muger,
¿una carne no han de ser,
y un alma? El sermonador
mos lo dijo el otro dia.

ROGERIO.

¿Qué querrás decir por eso?

CARLIN.

Pues si es su carne y su hueso,
el papel que á él le traia,
y yo le negué importuno,
cuando á su muger le diera,
¿qué importa que le leyera?

ROGERIO.

¿Hay tal necio?

CARLIN.

¿No es todo uno?

ROGERIO.

¿Distesele al fin?

CARLIN.

¡Mal año!

ROGERIO.

¿Qué es de él?

CARLIN.

Aquí está metido.

ROGERIO.

Discreto tercero has sido.

CARLIN.

No hay ya discretos ogaño.

ROGERIO.

Muestra acá.

CARLIN.

¡Qué mala cuca
la duca debe de ser!

ROGERIO.

¡Ay mi bien!

CARLIN.

Un Lucifer
es, si se enoja, la duca.

ROGERIO.

(Lee.) *Del pláceme que os envio,*
volvedme el pésame á mí,
pues lo que siempre temí,
llora ya mi desvarío.
Duque sois, y no sois mio:
goceis en gusto mayor
mejoras de vuestro amor;
que si en esta triste ausencia
fuere allá todo Clemencia,
todo acá será rigor.
Entre celosas mudanzas,
mis deseos faetones,
envidiando posesiones,
sepultarán esperanzas.
Dad, sin injuriar, venganzas
á quien me ha de suceder;
que yo que os supe querer,
y nunca sabré olvidar,
siempre, duque, os sabré amar,
si no os supe merecer.
¡Ay imposible querido!
tus parabienes son tales,
que mas serán para-males
del bien que sin tí he perdido.
¡Quejas, Leonisa, me das,
cuando en tus valles amenos
quisiera yo valer menos
que aquí, por gozarte mas!
Sin tí, ¿qué vale la corte,
si lo es por tí el monte?—En fin,
perdonándote, Carlin,
te vengo á pagar el porte
de este papel. Ven acá.
¿Llora por mí mi Leonisa?

CARLIN.

Todo es llanto, si era risa;
suspiros de á legua da.

ROGERIO.

¿Tanto llora?

CARLIN.

Ojos y cholla
tien, que es verla compasion,
y mas si hace salpicon,
y es picante la cebolla.
No embargante que haya quien,
ocupando el lugar vueso,
ande por ella sin seso,
y la quillotre tambien.

ROGERIO.

Será algun pastor.

CARLIN.

¡Mal año!
Es caballero que hereda
dos castillos, cruje seda,
y guarnece de oro el paño.

ROGERIO.

¿Quién es?

CARLIN.

Filipo, el señor
de Castel y Fuen-Molino.

ROGERIO.

¿Filipo, nuestro vecino?

CARLIN.

Ese la tien tal amor,
que á do quiera que la vé,
la pestilencia le toma.
No hay desde Parıs á Roma
quien tales musquinas dé.
Anoche cantó á su puerta
con otros dos una trova,
y par Dios, que no era boba;
pero no estaba despierta
la moza, y quedóse en seco.

ROGERIO.

¿Y qué dice á eso Leonisa?

CARLIN.

Aunque hace de su amor risa,
perdóneme Dios si peco;
que ella es hembra, y él es tal,

que temo ha de derriballa
á la postre.

ROGERIO.

Torpe, calla.

CARLIN.

Hurtáronmos del corral
el gallo el lunes pasado
no sé cual de las vecinas,
y vïudas las gallinas,
no atravesaban bocado.
Llevélas otro menor;
y él todo plumas y gala,
ya quillotrando el una ala
hasta el suelo al rededor,
ya escarbando, apenas toca
el muladar con la mano,
cuando por dallas el grano,
se le quita de la boca.
Ellas con los gustos nuevos
menospreciando el ausente,
(que dó no hay gallo presente,
diz que no se ponen huevos)
darán á Leonisa olvido,
y hará en la memoria callos;
que de galanes y gallos,
uno ido, otro venido.—
Mas no sé quien entra acá.

ROGERIO.

Espérame afuera un rato,
mientras que responder trato
á Leonisa.

CARLIN.

¿Escribirá?

ROGERIO.

¿Pues no?

CARLIN.

Acabe, que es tarde.
Al puebro, par Dios, me acojo;
que me miró de mal ojo
la duca, y el diabro aguarde. (*Vase.*)

ESCENA IX.

ENRIQUE.—ROGERIO.

ENRIQUE.

Primo sabio, en el espejo
me he visto de la razon;
donde para confusion
de mi mismo, faltas dejo:
vuestro prudente consejo
a pedir perdon me obliga,
y á que respetándoos diga
que no hay mas cuerda venganza
que aquella que con templanza,
aconsejando castiga.
Pues sois sabio, perdonad
mi necia descompostura.

ROGERIO.

Conde, amor todo es locura,
ciega es toda voluntad:
yo estimo vuestra amistad,
sin haceros competencia;
remitildo á la paciencia,
y tendreis presto noticia
que hay para todos justicia,
pero para vos clemencia. (*Vase.*)

ESCENA X.

ENRIQUE.

¿Para mí clemencia? Enîma
es, que mi ventura entabla.
Rogerio es sabio, y no habla
sino sentencias de estima.
Esta esperanza me anima;
haced mi duda obediencia,

amor, y tened paciencia,
pues Rogerio os da noticia
que hay para todos justicia,
pero para mí clemencia. (*Vase.*)

Campo delante de la casa de Pinardo.

ESCENA XI.

PINARDO *y* FILIPO, *en trage de campo.*

PINARDO.

Es Leonisa una hermosa labradora,
Filipo, que si bien se considera,
es en belleza y discrecion señora,
aunque la humilla calidad grosera;
su padre, mozo entonces, viejo ahora,
en los principios de su edad primera,
estrangero la trujo á esta montaña
para ilustrar sayales de Bretaña.
Rentero ha sido mio muchos años,
y aunque pobre, os afirmo que parece
que desmintiendo su prudencia engaños,
algun valor oculto le ennoblece.
Vaivenes causa la fortuna estraños;
mas sea humilde ó noble, ella merece
ser escepcion entre esta rustiqueza
de tosca sangre y de comun belleza.
No porque vos la ameis, pierde conmigo
la eleccion que habeis hecho en su hermosura.

FILIPO.

Si tal abono en mi favor consigo,
¿por qué recela estorbos mi ventura?
Estoy sin padres, y aunque noble, sigo
la inclinacion, Pinardo, que procura
de mi oro noble y de su lana escasa,
telas tejer con que adornar mi casa.
Desdéñame Leonisa: no me espanto;

que no creràá promesas generosas
en tiempo donde amor promete tanto,
y paga al cabo en ditas mentirosas.
Si vos la persuadís que al yugo santo
conmigo ate coyundas amorosas,
pues siempre os tuvo obedencial respeto,
la vida os deberé.

PINARDO.

Yo os lo prometo.

ESCENA XII.

—

FIRELA, *con unos corales en la mano.*—PINARDO. FILIPO.

FIRELA.

(*Sin ver á los dos.*)
Cuando los corales pierde
Leonisa, perdida está;
pero quien perdido ha
su esperanza, un tiempo verde,
y ya marchita, ¿qué mucho
que de cuentas no haga cuenta?
Amor, suspension violenta,
¡qué de males de tí escucho!

PINARDO.

¿Qué hay, Firela, por acá?

FIRELA.

Perdió en la fuente Leonisa,
lágrimas dando á su risa,
estos corales: si está
en casa, mande, señor,
que los salga á recebir.

FILIPO.

¿Suyos son?

FIRELA.

Y ha de sentir
pena el perdellos.

FILIPO.

Mejor
será, dándoos el hallazgo,

que me los deis á mí.

FIRELA.

¿A fe?

FILIPO.

Y en cabeza los pondré
de mi noble mayorazgo.

FIRELA.

¿Para qué quiere él corales?

FILIPO.

Para aliviar mi pasion;
que en el mal de corazon,
me afirman que son cordiales.

FIRELA.

Desear bienes agenos
es pecado.

FILIPO.

Restituye
en ellos quien me destruye,
cuando no lo mas, lo menos,
Tomad vos esta sortija.

FIRELA.

¿Puedo yo ser liberal
de hacienda agena?

FILIPO.

Mi mal
me manda que los elija.

FIRELA.

Si lo sabe, ¿qué dirá?

FILIPO.

Dalde vos esta cadena
por ellos.

FIRELA.

En hora buena;
mas no la recebirá,
ni habrá quien dársela ose.

(Dale los corales, y toma la cadena y sortija.)

PINARDO.

Soy yo su casamentero,
y dalla á Filipo quiero.

FIRELA.

Como ella acete, acabóse.

PINARDO.

Vos habeis de interceder;
que, en fin, mas podremos dos.

FIRELA.

Como se lo mandeis vos,
¿qué hay que dudar ni temer?

PINARDO.

Decís bien, que es mi vasalla.
(*Aparte.* Bien Rogerio la ha querido;
si es Filipo su marido,
y él sabio, vendrá á olvidalla.)
Vamos.

FILIPO.

Convertíos en risa,
lágrimas de amor leales:
den esperanza mis males, (1)
y corales dé Leonisa.
(*Vanse los dos.*)

ESCENA XIII.

LEONISA.—FIRELA.

LEONISA.

Anticipóse el invierno;
valles, si hasta aquí floridos,
ya secos, mi bien ausente,
(ageno sí, que no mio)
ya no espereis coronar
de verbenas y de lirios
las márgenes de sus fuentes,
los límites de estos rios.
Sin Rogerio, todo os falta.

FIRELA.

Leonisa, de los suspiros
que das, si no son de amor,

(1) Suplido.

lo que buscas adivino.
Si lloras por tus corales,
hallado los ha un perdido,
que tú has ganado en perderlos.

LEONISA.

Todo lo que causa olvido,
lo pierdo yo, mi Firela.
Mas ¿quién los tiene?

FIRELA.

Filipo.

LEONISA.

¿Quién se los dió?

FIRELA.

Su ventura.

LEONISA.

¡Qué mal dueño han escogido!
Cóbramelos mi serrana;
así poblando tus hijos
todos estos despoblados,
cortes vuelvan sus cortijos.

FIRELA.

Levántasele con ellos,
y alega en tu perjüicio
que le tienes acá el alma,
y así, que le es permitido
cobrar de donde pudiere;
fuera de que como es rico,
lo que te usurpa en corales,
en oro pagarte quiso.
Esta cadena me dió
para tí.

LEONISA.

¿Qué desvaríos,
Firela, te descomponen
ó la lealtad ó el jüicio?
¿Tú eres mi amiga?

FIRELA.

Por serlo,
esposo te solicito
igual, ya que no á tu estado,
á tu pensamiento altivo.

LEONISA.

¿Pues en quién puede emplearse,
si subir ha merecido
hasta adorar á Rogerio,
que ya no caiga abatido?

FIRELA.

Rogerio es duque.

LEONISA.

¿Qué importa?

FIRELA.

Cásanle.

LEONISA.

Puesto que envidio
venturas de mi contraria,
no por eso desconfio.
Mi amor es solo potencia
del alma, que no apetito,
y el amor, por solo amar,
es perfeccion si es martirio.
Que se case ó no Rogerio,
ni con Clemencia compito,
ni se amortiguan las llamas
de mi amor perfeto y limpio.
Tú eres apasionada;
cohechos has recebido;
para amiga no eres buena,
ni sé si hasta aquí lo has sido.
Quédate á Dios con tu oro,
cómplice de tus delitos;
que segun hace traiciones,
no es mucho que ande amarillo.

FIRELA.

Oye, espera, vuelve acá;
que es Rogerio y no es Filipo
quien con prisiones doradas
encadena tus sentidos.

LEONISA.

¿Qué dices?

FIRELA.

Que en tu amistad
la poca firmeza he visto
con que á la prueba primera,

en vez de bronce, eres vidrio.
¿Así obligaciones rompes?

LEONISA.

Nunca el verdadero amigo,
en riesgo de su lealtad,
usa de ardides fingidos.
¿Mas vienes tú de la corte?
¿has hallado al dueño mio?
¿dióte para mí esa prenda?
¿Qué ha pasado? ¿qué te ha dicho?

FIRELA.

¿Tan andariega me hallaste?
Si con Carlin le has escrito,
y ha vuelto con la respuesta,
¿qué preguntas?

LEONISA.

¿Carlin vino?

ESCENA XIV.

CARLIN.—LEONISA. FIRELA.

CARLIN.

¡Quién hurta á Carlin el nombre?

LEONISA.

¡O leal y fiel ministro
de mi amor! Dame esos brazos.

CARLIN.

Estése queda. ¡Oh qué lindo!
Par Dios, que piense Firela
que se los pongo. ¡Bonito
soy yo para dar celera!

LEONISA.

En fin, ¿Rogerio no ha sido
hombre en mudarse? en fin, ¿es
de la firmeza prodigio?
en fin, ¿no sabe olvidar?

CARLIN.

¿Pues quién diablos se lo dijo?
¿ha habido berros y artesa?

LEONISA.

En esta cadena estimo,
no el oro, que es lo de menos,
el dueño sí que ha tenido.
Al dártela para mí,
¿despidióse enternecido?
¿encargóte mi constancia?
¿comparó á su metal fino
los quilates de mi fe?
¿Qué dices?

CARLIN.

¿Habla conmigo?

LEONISA.

Dirás que te pague el porte.
Escoge el mejor cabrito
de mi manada.

CARLIN.

¿Por qué?

FIRELA.

(*Aparte con Carlin.*)
Carlin, todo lo que finjo
aquí, me importa que otorgues,
ó de mi amor te despido.

CARLIN.

¿Hay son callar y otorgar?

LEONISA.

¿Qué dices?

CARLIN.

Lo que yo digo
es, que en cuanto á la cadena,
á Firela me remito.

LEONISA.

¿Cómo es eso?

CARLIN.

¿Qué sé yo?

FIRELA.

Este es un asno. Hame dicho
cuanto con él ha pasado:
como viene de camino
cansado, y yo lo sé, ¿quieres
que te lo cuente?

CARLIN.

Eso pido.

LEONISA.

¿No me responde al papel?

CARLIN.

¡Ah! sí: leyó el vueso, y vino
la duca, que es una suegra,
y el duco, de quien es hijo;
tuvo celera la duca,
hubo llanto y suspirito,
temí alguna empalizada,
mandóme el duque novicio
que aguardase el responsorio,
y yo entonces, adivino
de cualque paloteado,
acogíme de improviso,
y véngome sin la carta:
ya la debe haber escrito.

LEONISA.

¿Pues cuándo te pudo dar
la cadena que recibo,
si hubo luego tanto estorbo?

CARLIN.

A Firela me remito.

FIRELA.

(*Aparte.* ¿Hay bárbaro semejante?)
Mentecato, ¿no me has dicho
que en viendo el duque el papel,
amante y tierno te dijo
que en fe del constante amor
con que á pesar del olvido,
ausente á Leonisa tiene,
este oro hacia testigo
de su invencible firmeza,
y que como su cautivo,
lo que enviarle podia,
eran prisiones?

CARLIN.

Sí dijo.

LEONISA.

¿Entrarian todos luego,
y con ellos divertido,

te mandó que le esperases?

CARLIN.

A Firela me remito.

LEONISA.

En fin, ¿se acuerda de mí?

CARLIN.

Como la olla del tocino,
como el rocin de la yegua,
y como la sed del vino.
Mas yo vengo tan cansado
de la corte y del camino,
que si hay mas que pescudar,
á Firela me remito. (*Vase.*)

ESCENA XV.

LEONISA.—FIRELA.

LEONISA.

¿Ves ahora cuan constante
es Rogerio, y que el olvido
no tiene jurisdiccion
en él?

FIRELA.

Tu ventura he visto,
de que te doy parabienes.

LEONISA.

¡Qué contenta los recibo!

FIRELA.

Déte amor fines tan buenos
como gozas los principios. (*Vase.*)

LEONISA.

(*Echándose al cuello la cadena.*)
¡Ay bien venida cadena!
mal te pago, pues te envidio
al cuello donde has estado,
de amorosos brazos digno.
Tú adornarás desde agora
el pecho que te dedico:
mi gala eterna has de ser
las fiestas y los domingos.

ESCENA XVI.

FILIPO, *con los corales al cuello, revueltos en una banda.*—LEONISA.

FILIPO, *aparte.*

¡Que busque yo intercesores
para que mi esposa sea
una pastora, y se vea
mi esperanza entre temores!
Mas ¡ay cielos! aquí está,
y con mi cadena al cuello:
alma si podeis creello,
viento en popa amor os da.
¡Oh solícita Firela!

LEONISA.

(*Sin ver á Filipo.*)
Si vuestros quilates toca
mi fe, en que os bese mi boca,
cuando el alma se desvela
por el dueño que os envia,
no hago á mi honor agravios.

FILIPO.

(*Aparte.* ¿En mi cadena los labios?
¿Qué esperais, ventura mia?)
Seguro puedo llegar,
pues de mi parte está amor:
si ausente haceis tal favor
á quien le viene á adorar,
y ya le teneis presente,
no ocasioneis mis desvelos;
que tengo de ese oro celos,
pues en mi agravio consiente
labios de inmenso tesoro,
dignos que amor los asalte,
pues vale mas ese esmalte,
que los quilates de ese oro.
Que aunque ya son celestiales,
pues tal cielo los tocó,

mas justo es que bese yo,
por vuestros, estos corales.

LEONISA, *aparte.*

¡Ay mis corales perdidos!
Agora sí que lo estais.

FILIPO.

Hallélos yo, y vos hallais
mas perdidos mis sentidos.
Al amor, Leonisa mia,
le rogaba yo me diese
retrato vuestro que fuese
apoyo de mi alegria;
mas como escedeis al arte,
favorecióme de modo,
que no atreviéndose en todo,
vino á copiaros en parte;
y dando alivio á mis males,
me dijo: "suspende agravios,
pues el coral de sus labios
retratan esos corales."
Hallélos en ocasion,
y en fe de lo que intereso,
lo que significan beso,

(*Los besa.*)

no, Leonisa, lo que son.
Mas si vos besais tambien,
por ser mia, esa cadena,
¿qué mas dicha?

LEONISA.

(*Aparte.* ¿Qué mas pena,
que la que mis ojos ven?)
Esta cadena ¿era vuestra?

FILIPO.

Y vuestros estos corales.

LEONISA.

(*Aparte.* Firela con desleales
industrias su pecho muestra.
¡Fiad de amistad dorada!)
Filipo, engañada he sido:
que destroquemos os pido
prendas que han de hacer culpada
la opinion de mi decoro,

pues dan sospechas iguales
caballeros con corales,
y labradoras con oro.
Lo que es vuestro os restituyo;
haced otro tanto vos.

(*Quítase la cadena y ase los corales: Filipo resiste el trueque.*)

ESCENA XVII.

ROGERIO.—LEONISA. FILIPO.

ROGERIO.

(*Sin ver á los dos.*)
Amor, en fe de que es dios,
en mí muestra el poder suyo.
Con color que salgo á caza,
mi Leonisa vengo á ver.

LEONISA.

Los favores han de ser
voluntarios, no de traza
que causen pena á su dueño.
Soltad.

FILIPO.

Leonisa....

ROGERIO.

(*Aparte.* ¡Ay de mí!
¡Filipo y Leonisa aquí!
Bien se quieren, ó yo sueño.)
(*Llegándose á los dos.*)
Rogerio.

FILIPO.

¡Señor!

ROGERIO.

Estrañas
suertes halla un cazador.

LEONISA, *aparte.*

¿Qué habeis hecho, ciego amor?

ROGERIO.

¡Ocasionadas montañas! —
Bien os están los corales,

y el oro os está á vos bien:
¡qué de cosas nuevas ven
cada dia los mortales!

FILIPO, *aparte.*

¿Qué diré, que estoy confuso?

ROGERIO.

¿Quereis que se use el coral
entre gente principal?
No me parece mal uso;
que habiendo hombres con gorgueras,
guedejas, faldas, anillos,
(y ojalá no con zarcillos,
si ya no son orejeras)
para que queden iguales
con la dama mas curiosa,
no faltaba ya otra cosa,
que chapines y corales.
Quitáoslos; que no debeis
dar gusto á quien os los puso.

FILIPO.

Gran señor....

ROGERIO.

Vestíos al uso;
pero no los inventeis.

ESCENA XVIII.

CARLIN.—LEONISA. ROGERIO. FILIPO.

CARLIN.

Estos ducos no mos dejan.—
¿Acá tambien estais vos?

ROGERIO.

¿Qué dices?

CARLIN.

Que esotros dos
nuesos ganados aquejan:
el viejo y la duca nuera:
helos aquí donde están.

ROGERIO, *aparte.*
A aumentar mi mal vendrán.
LEONISA, *aparte.*
Perdida soy.
CARLIN.
Plaza, afuera.

ESCENA XIX.

EL DUQUE. CLEMENCIA. PINARDO. FIRELA.—LEONISA. ROGERIO. FILIPO. CARLIN.

PINARDO.
No aguardaba yo, señores,
tan impensada ventura.
DUQUE.
La ociosidad apresura,
Pinardo, á los cazadores.
Rogerio, ¡sin darnos cuenta,
os salis á caza así!
ROGERIO.
Criéme, señor, aquí,
y así mi tristeza intenta
buscar en mi natural
alivios que allá no tengo.
Gran señora....
CLEMENCIA.
Por vos vengo
á cazar tambien.
ROGERIO.
Mi mal
me obliga á divertimientos
del campo.
CLEMENCIA.
Teneis razon,
(*Aparte á él.*)
y mas en esta prision,
cifra de vuestros contentos.
ROGERIO.
Pinardo, tambien os cabe

parte á vos de mi venida.

PINARDO.

Los pies os beso.

ROGERIO.

¡Qué vida
pasé aquí, quieta y süave!

PINARDO.

Diviértase, y no imagine
vuestra alteza, gran señor,
en eso.

ROGERIO.

Aun estoy peor
despues, Pinardo, que vine.

PINARDO.

¿De qué procede este mal
tan lastimoso?

ROGERIO.

Yo creo
que es, conforme á lo que veo,
ramo de gota coral.

LEONISA, *aparte.*

Por mis corales lo dice.
¡Ay Firela! ¡qué de daños
(*A ella.*)
han causado tus engaños!

FIRELA.

(*Aparte á Leonisa.*)
Pues yo por tu bien lo hice.

LEONISA.

(*Aparte con Firela y Carlin.*)
Tú tambien, villano, fuiste
autor de toda mi pena.

CARLIN.

Pues yo ¿por qué?

LEONISA.

La cadena
que ser del duque fingiste,
hace cierto tu delito.
Si es Filipo su señor,
¿por qué burlaste mi amor?

CARLIN.

A Firela me remito.

CLEMENCIA.

Envidia tengo, serrana,
al donaire que teneis;
tras vos la corte os traeis:
díceume que en viéndoos, sana
cualquier tristeza que os mira.

LEONISA.

Pues vos triste me mirais,
y viéndome, no sanais,
crêd, señora, que es mentira.

ROGERIO.

Yo imaginé divertirme
por estos montes agora;
pero mi mal empeora;
todo ha dado en afligirme.
Volvámonos, si es servido
vuestra alteza, gran señor;
que como está en lo interior,
mi mal disparate ha sido.

CLEMENCIA.

(*Aparte á Rogerio.*)
No los halleis vos aquí,
duque, y hallareis en mí
medicina y enfermera.
(*Al duque.*)
Démosle, gran señor, gusto,
aunque la caza perdamos.

DUQUE.

Pues que vos le teneis, vamos.

ROGERIO.

Filipo, no fuera justo,
habiendo sido los dos
amigos y comarcanos,
dejaros entre villanos
sin acordarme de vos.
Sed mi secretario.

FILIPO.

Beso
á vuestra alteza los pies.

ROGERIO.

Seguidme, Filipo, pues.

FILIPO, *aparte.*

¿Hay mas infeliz suceso?

ROGERIO.

Que miro muchos respetos
en vos de satisfaccion,
secretario, y mas si son
parientes nuestros secretos.

CARLIN.

(*A Leonisa.*)

¿Tengo de ir por el cabrito
que en albricias me mandó?

LEONISA.

Traidor, tú me has muerto.

CARLIN.

¿Yo?

A Firela me remito.



ACTO TERCERO.

Salon del palacio ducal.

ESCENA I.

ROGERIO.

Estaba melancólico yo ¡cielos!
por ver que un imposible apetecia;
¿qué hareis agora, pues, desdicha mia,
si sobre un imposible os cargan celos?
Corales dan al corazon consuelos,
y en mí corales son melancolía;
vuélvese á un desdichado en noche el dia;
lo que á otro da quietud, á mí desvelos.
Sabio dicen que soy; mas si lo fuera,
tuviera en mis pasiones sufrimiento;
pero ¿quién le tendrá con tanto agravio?
Siempre el entendimiento fue su esfera,
y contra injurias del entendimiento,
jamas supo tener prudencia el sabio.

ESCENA II.

FILIPO.—ROGERIO.

FILIPO.

En cumplimiento, señor,
del secreto que me encarga
en estas informaciones
vuestra alteza esta mañana,
hice esta breve minuta.

ROGERIO.

Pretendo saber las faltas
que tienen los pretendientes
de mi corte y de mi casa;
que aunque es bien premiar servicios,
no será razon se haga
menos que con suficiencia
de las partes.

FILIPO.

La ignorancia,
señor, y poca noticia
de algunos príncipes, causa
que sin méritos se den
injustamente las plazas.
Yo me he informado de todas
con el secreto que basta
para que nadie las sepa.

ROGERIO.

Decid. (*Aparte.* ¡Ay celosas ansias!)

FILIPO.

Federico hijo de Alberto,
que á los duques de Bretaña
sirvió en la paz y en la guerra
con consejos y con armas,
quedó rico; mas gastando
su hacienda en juegos y en damas,
dicen que es en la pobreza
del pródigo semejanza.
Mas no enmendado con esto,
fuerzas de flaqueza saca:
sirve y ronda.

ROGERIO.

¿Es gentil hombre?

FILIPO.

Tiene las piernas delgadas.

ROGERIO.

Si lo están como su hacienda,
lástima es.

FILIPO.

Suple esta falta
con la industria.

ROGERIO.

¿Cómo así?

FILIPO.

Trae pantorrillas de plata.

ROGERIO.

Pues ¿qué mucho que haga piernas?
No era bueno para estátua
de Nabucodonosor,
si en tan ricas piernas anda.
Proseguid.

FILIPO.

Vino Conrado
cubierto anteayer de canas
á darme este memorial,
y hoy por ver si se despacha,
como un mozo de veinte años,
teñida cabeza y barba.

ROGERIO.

¿Y qué pide?

FILIPO.

La tenencia
de un castillo.

ROGERIO.

Quien no guarda
lealtad á sus años mismos,
mal la guardará á su patria.
Decid mas.

ESCENA III.

—

RICARDO.—ROGERIO. FILIPO.

RICARDO.

Licencia piden
muchos, gran señor, que aguardan
remedio de vuestra alteza;
que como vuela la fama
de su mansedumbre y letras,
y da á todos puerta franca
para que le comuniquen

pasiones del cuerpo y alma,
no hay quien no venga á gozar
tal dicha.

ROGERIO.

Daldos entrada,
divertiréme con ellos,
y aliviaré sus desgracias.
(*Vase Ricardo.*)

ESCENA IV.

—

SEIS CABALLEROS.—ROGERIO. FILIPO.

CABALLERO 1.º

A vuestra alteza suplico
mire mi necesidad,
servicios y calidad.

ROGERIO.

¿Estais pobre, Federico?

CABALLERO 1.º

Si es vuestra alteza mi dueño,
los ricos me envidiarán.

ROGERIO.

Pobre estais, pero galan;
galan, pero pedigüeño.

CABALLERO 1.º

Si no tengo que comer,
no haga de esto maravillas.

ROGERIO.

Comeos hoy las pantorrillas,
y despues volvedme á ver.

CABALLERO 1.º, *aparte.*

¡Vive el cielo que ha sabido
que me las pongo de plata!
Sabio que de todo tratá,
temelle; yo voy corrido. (*Vase.*)

ROGERIO.

¿Qué pedís vos?

CABALLERO 2.º

Consultado

estoy en una alcaidía;
la nobleza y sangre mia
me tienen acreditado:
mis hazañas ya son llanas.

ROGERIO.

Conrado, mozo venís;
no os daré lo que pedís,
hasta que peineis mas canas.

CABALLERO 2.°, *aparte.*

¿Si sabe que me las tiño?
Voime, que no es buen consejo
pretender cargos de viejo
quien quiere parecer niño. (*Vase.*)

ROGERIO.

¿Qué pedís vos?

CABALLERO 3.°

A firmar,
señor, vengo este decreto.

ROGERIO.

¿De qué?

CABALLERO 3.°

El consejo discreto
los coches manda quitar.

ROGERIO.

¿Por qué?

CABALLERO 3.°

No se vió jamas
tal desorden dias ni noches:
menos casas hay que coches.

ROGERIO.

No los quiten, que habrá mas.
(*Vase el caballero* 3.°)

CABALLERO 4.°

Aconsejarme, señor,
con vuestra alteza querria,
por ser su sabiduria
al paso de su valor.
Yo tengo una muger moza,
y tan señora de sí,
que no hace caso de mí;
toda mi hacienda destroza.
Mas lo peor que hay en esto,

es que de celos me abrasa;
no quepo con ella en casa;
y en tal estremo me ha puesto,
que el amor que habia en los dos,
es ya un infierno abreviado.

ROGERIO.

Lastímame vuestro estado.
Mas ¿pedísla celos vos?

CABALLERO 4.°

No puedo disimulallos.

ROGERIO.

Pues mudo habeis de advertillos,
porque lo mismo es pedillos,
que dar licencia de dallos.

CABALLERO 4.°

Celos son que me atormentan.

ROGERIO.

Hay dos, y entrambos tan fieros,
que aflijen si son solteros,
y si casados, afrentan.

CABALLERO 4.°

No hay gala que no quisiera.

ROGERIO.

Pues dádsela si podeis,
y con esto escusareis
el admitir las de fuera.

(*Vase el caballero 4.°*)

CABALLERO 5.°

Señor, yo me vuelvo loco
adorando una doncella
para casarme con ella;
mas correspóndeme poco.

ROGERIO.

¿Regaláisla?

CABALLERO. 5.°

Dóila versos
infinitos en quintillas,
décimas y redondillas,
y otros géneros diversos
que no digo, por ser tantos.
Seis cantos de octava rima
la dí ayer.

ROGERIO.

Pondránla grima;
que descalabran los cantos.
¿Son vuestros?

CABALLERO 5.º

No, gran señor;
que tengo un poeta amigo.

ROGERIO.

Y será justo castigo
que ese usurpe vuestro amor.
Cualquier género de penas
es razon hacer pasar
á quien piensa enamorar
muger con gracias agenas.
¿Queréisla mucho?

CABALLERO 5.º

La adoro.

ROGERIO.

Pues dejad los madrigales,
y dalde canciones *reales*,
y *redondillas* en oro.

(*Vase el caballero* 5.º)

CABALLERO 6.º

Un mi amigo pierde el seso
por casar con cierta dama,
que lo escusa, por la fama
que le han dado de confeso.

ROGERIO.

¿Gasta?

CABALLERO 6.º

Hale dado en sacar
el alma.

ROGERIO.

Pues bien se emplea
que él dél tribu de *Dan* sea,
cuando ella es del de *I-sacar*.

CABALLERO 6.º

Hale quitado infinito,
y déjale porque está
ya tan rica.

ROGERIO.

Si estará,

si es suyo el reino de *Quito.*
(*Vase el caballero* 6.º)
FILIPO.
A ver entra á vuestra alteza
el gran duque.
ROGERIO.
Dejad, pues,
consultas para despues.

ESCENA V.

EL DUQUE.—ROGERIO. FILIPO.

DUQUE.
Hijo, de vuestra tristeza
participa vuestra prima;
enferma por vos está;
visitalda, y sanará,
pues veis en lo que os estima.
ROGERIO.
¿Clemencia está enferma?
DUQUE.
Y siente
vuestro amor tibio y remiso.
Desde el punto que os vió, os quiso:
si sois sabio y obediente,
agradeced como sabio;
como obediente, dejad
la vuestra en mi voluntad;
que os haceis á vos agravio.
La dispensacion espero
de hoy á mañana.
ROGERIO, *aparte.*
¡Ay amor!
dispensad vos; que es mayor
vuestro dominio.
DUQUE.
Yo espero
que restaure su alegría
y salud vuestra presencia.

Sangrarse quiere Clemencia;
envialda la sangría. (*Vase.*)

ESCENA VI.

ROGERIO. FILIPO.

ROGERIO.

Filipo, la juventud
tambien es enfermedad:
disposiciones curad;
sangrareisos en salud.
Corales que adornan cuellos,
no generosos, villanos,
afrentan los cortesanos:
sangre muestran; sangraos de ellos.

FILIPO.

Señor, la que los perdió,
gusta....

ROGERIO.

Yo soy vuestro amigo:
que os sangreis de ellos os digo;
no aguardeis que os sangre yo.

FILIPO, *aparte.*

Mucho encierra este misterio.

ROGERIO.

Escribir quiero á Clemencia;
traedme con qué.

FILIPO, *aparte.*

La ciencia
astróloga de Rogerio
todo lo alcanza. ¿Si sabe
que quiero á Leonisa bien?
¿Si la tiene amor tambien?

ROGERIO.

¿No vais?

FILIPO, *aparte.*

¿Si del cargo grave
que ejercito, desiguales
juzga serranos amores?

ROGERIO.

Acabad.

FILIPO, *aparte.*

¿Quién vió, temores,
sangrar de mal de corales? (*Vase.*)

ROGERIO.

Por mas que callar procuro,
habla mi desasosiego;
que en fin, donde amor es fuego,
brotan celos, que son humo.

(*Sale Filipo trayendo recado de escribir.*)

FILIPO.

Aquí está la escribanía.

ROGERIO.

Escribiré este papel,
y llevareisle con él
á mi prima la sangría.
(*Escribe.*)

FILIPO, *aparte.*

¡Que de este hombre tiemble yo!
Pero es duque y es discreto:
sangrarme manda, en efeto,
porque los corales vió.
Yo estoy por Leonisa ciego,
y si me sangra, verá
que en vez de sangre, saldrá
de todas mis venas fuego.

ROGERIO.

Echad polvos.

FILIPO.

(*Vierte el tintero encima de la carta.*)
¿Qué hice? ¡Cielos!
Turbéme: la tinta eché
por los polvos.

ROGERIO.

(*Aparte.* Eso fue
como echar sobre amor celos.)
Dadme el papel blanco acá.
(*Vuelve á escribir otra carta.*)

FILIPO, *aparte.*

Otra vez vuelve á escribir.
Tal prudencia, tal sufrir,

¿qué mármol no obligará?
¡Que echase la tinta yo
por los polvos! Pero ¿á quién
no turba un sabio? ¡Ay mi bien!
tu memoria lo causó.
Mi turbacion manifiesta,
Leonisa, lo que te quiero.

ROGERIO.

Filipo, este es el tintero,
y la salvadera es esta.
(*Vase y se lleva el papel escrito.*)

ESCENA VII.

FILIPO.

¡Compendiosa reprension,
y discreto advertimiento!
Tan sutil entendimiento
bien merece admiracion;
pero mayor me la ha dado,
lo que por cifras me avisa.
¿Qué le importa que en Leonisa
ocupe amor mi cuidado,
que con tan claras señales
muestra el pesar que le doy?
¿Qué le va, si suyo soy,
en que traiga sus corales?
Bien la debe de querer;
juntos vivieron los dos;
si él es duque, amor es Dios;
¿quién tendrá mayor poder?
Pues sea su amante, ó no;
que si disgusto le dan
los corales en que estan
cifras que amor declaró,
yo que no oso cara á cara
mis deseos descubrirle,
por escrito he de decirle
el favor que los ampara.

(*Escribe y habla.*)
Lo que por sabio penetra,
en este papel resuma:
sirva de lengua la pluma,
y de palabra la letra.
Firméla; bien está así.
(*Cierra la carta y la sobreescribe.*)
"Al duque nuestro señor."
Declaralde vos mi amor,
papel, cuando vuelva aquí.
(*Deja el papel en la mesa, y vase.*)

ESCENA VIII.

ROGERIO.

Prometió venir á verme
Leonisa, y fue en prometer,
como en el amar, muger:
la ausencia es sueño; ella duerme.
Mas ya que á favorecerme
no venga, sea á atormentárme;
que si por Filipo á darme
viene penas que sufrir,
mas vale verla y morir,
que no verla y abrasarme.
Aquí está un papel cerrado,
sobrescrito para mí.
(*Le toma y abre.*)
¿Quién le dejaria aquí?
De Filipo está firmado.
Hele reñido, no ha osado,
de vergüenza y de temor,
darme cuenta de su amor,
y darámela en papel;
que en fe de que hay poca en él,
no tiene el papel color.
(Lee.) *Leonisa, señor, perdió*
los corales que os dan pena;
hallélos, y una cadena

le envié, que recibió:
que la besaba vi yo,
con que satisfecho quedo:
si de vuestro gusto escedo
por intentarme casar,
vos lo podeis remediar,
que yo la adoro, y no puedo.
Aquí sí que es menester
estudiar, ciego rigor:
comenzó amor por amor;
viniéronle á suceder
celos: mas ya ¿qué he de hacer,
si para fin de mis años,
se van aumentando daños,
pues quieren mis penas ¡cielos!
que á mi amor sucedan celos,
y á mis celos desengaños?
¡Que Leonisa me olvidó
tan presto! Escribí en arena.
(Lee.) *Halléłos, y una cadena*
le envié, que recibió.
¿Por oro Filipo entró?
Pero el oro ¿qué no acaba?
¡Ay cielos! *Que la besaba*
(Lee.) *vi yo.* Basta, que si agora
amor ya sus flechas dora,
no habrá menester aljaba.
Confiesa el suyo sin miedo,
y no le puedo culpar.
(Lee.) *Vos lo podeis remediar;*
que yo la adoro, y no puedo.
Concluido, par Dios, quedo.
¿Qué hay que replicar aquí?
(*Rompe el papel.*)
Ganó lo que yo perdí.
Pierde el que á jugar se asienta,
y paga, aunque mas lo sienta;
lo mismo será de mí;
casarlos mañana intento,
y mostrar cuan sabio soy,
pues venciéndome á mí, doy
corona á mi sufrimiento.

Esto dice el pensamiento;
mas no el amor, en que cedo
á la ley que admito y vedo:
si haceis, ausencia olvidar,
vos lo podeis remediar;
que yo la adoro, y no puedo.

ESCENA IX.

ENRIQUE.—ROGERIO.

ENRIQUE.

Ya la dispensacion, duque, ha venido,
ya le dan parabienes á Clemencia,
y ya yo, castigado presumido,
de mis desdichas lloro la esperiencia.
Interpreté, de vos favorecido,
en mi favor la equívoca sentencia
que pronunciastes misterioso un dia,
juzgando que Clemencia fuera mia:
engañéme de puro confiado.
Gozalda, primo, vos; que si algun gusto
admite mi dolor desesperado,
es ver lograrse en vos amor tan justo.
Yo, duque, moriré menospreciado,
abriles agostando este disgusto
de una floridá edad, de un firme amante,
de un desdichado, en fin.

ROGERIO.

Dadme ese guante. (*Vase.*)

ESCENA X.

ENRIQUE.

¡Sin responderme se va,
y de la mano me lleva
el guante! Confusion nueva,

¿quién declararos podrá?
¡Válgate el cielo por sabio!
¡Guante mio! ¿para qué?
¿Si de desafio fue
contra su primero agravio?
Mas no, que en el desafio,
quien los hace y solicita,
guantes da, que no los quita,
y el duque se lleva el mio.
¡Yo dándole parabienes,
y él mis penas escuchando!
¡yo muriendo, y él callando
sus dichas y mis desdenes!
¡Y cuando esperando está
respuesta mi amor constante,
sale con: "dadme ese guante,"
y sin hablarme se va!
¡O enigmático Rogerio!
hablad, y daos á entender;
que Enrique no puede ser
Edipo de este misterio. (*Vase.*)

Habitacion de Clemencia en el palacio.

ESCENA XI.

CLEMENCIA, *sosteniendo el brazo en una banda.* DOS CRIADOS.

CLEMENCIA.

Cuanta hacienda tengo es poca
para albricias de este bien;
el seso he dado tambien;
que estoy de contento loca.
Ya se ha acabado mi mal.
¡Oh alegre dispensacion!

CRIADO 1.°

Cerca de la posesion,
todo amor es liberal.

CLEMENCIA.

Rogerio ¿qué dice á esto?

CRIADO 2.º

Celebrara su alegría,
si de su melancolía
no fuera el mal tan molesto.

CLEMENCIA.

La causa de su pesar
me atreviera á decir yo;
pero mi amor me enseñó
á sentirla y á callar.
Él es sabio y obediente;
no sabrá salir del gusto
de su padre.

CRIADO 1.º

Y eso es justo.

CLEMENCIA.

Yo sé de mi amor ardiente,
si una vez su esposa soy,
que sabrá hacerle olvidar
memorias de su pesar.

ESCENA XII.

—

ENRIQUE.—CLEMENCIA. DOS CRIADOS.

ENRIQUE.

Mil parabienes os doy,
aunque á mi costa, señora,
del tálamo que esperais,
puesto que ingrata pagais
una alma fiel que os adora.
Gozad de amor fertil fruto,
con que á Francia reyes deis;
que si vos galas traeis,
las de Enrique serán luto.
¡Pobre de quien con perderos
tiene de perder la vida!

CLEMENCIA.

No agüeis con vuestra venida,
Enrique, el gusto de veros.

Ya os dije la voluntad
que de obedecer mi tio
ha tenido el gusto mio;
mi contento acompañad;
que si me quereis, es justo
que mis dichas os le den.

ENRIQUE.

Mézclase el mal con el bien,
y el placer con el disgusto.
De mezcla el alma se viste:
porque estais vos, prima mia,
alegre, tengo alegría,
y porque os pierdo, estoy triste.

ESCENA XIII.

FILIPO, *con una caja curiosa cerrada.*—CLEMENCIA. ENRIQUE. CRIADOS.

FILIPO.

El duque nuestro señor
dilata, señora, el veros,
porque teme entristeceros
su melancólico humor,
y este presente os envia.

CLEMENCIA.

Su mal agua mi placer.

FILIPO.

Regalos deben de ser,
y joyas de la sangría.
(Deja la caja y vase.)

CRIADO 1.º

(Hablando aparte con el 2.º)
¡Qué de perla y de diamante
el nuevo esposo enviará!

CRIADO 2.º

Es sabio y largo; sí hará.

CLEMENCIA.

Aquí solo viene un guante.

CRIADO 1.º

¿Guante? Debe de pedir

limosna.

CRIADO 2.º

¿Hay mejor sangría?
¡Costosas joyas envia!

CLEMENCIA.

¿Qué es lo que querrá decir
mi esposo en este presente?

CRIADO 1.º

¿Guante? ¡Donoso regalo!
Para parches no era malo,
si tuviera llaga ó fuente
su esposa.

CLEMENCIA.

No sin misterio
viene.

CRIADO 1.º

¿Si es de desafio?

ENRIQUE.

Señora, ese guante es mio.

CLEMENCIA.

¿Vuestro guante á mí, Rogerio?

ENRIQUE.

El compañero está aquí;
averigualdo por él.

CLEMENCIA.

Quiero mirar el papel.

ENRIQUE.

Siempre este sabio habla así.

CLEMENCIA.

Desaciertos suyos, son
sentencias dignas de estima.

ENRIQUE.

Veamos el papel, prima.

CLEMENCIA.

Solo contiene un renglon.

CRIADO 1.º

Hasta en las letras tambien
es avariento.

CLEMENCIA, *aparte.*

¡Ay de mí!

ENRIQUE.

Leed.

CLEMENCIA.

Dicé el duque aquí:
(Lee.) *Este solo os viene bien.*
¡Que este guante solamente
me viene á mí bien! ¿Por qué?
Si no es que sin seso esté,
¿qué es lo que por esto siente?
¿No habeis dicho que era vuestro?

ENRIQUE.

Él mismo me le quitó.

CLEMENCIA.

Que os quiero bien sospechó,
(pues siendo tan sabio y diestro,
¿quién duda que habrá alcanzado
lo que me habeis pretendido?)
y de celos combatido,
este guante me ha enviado,
para que se signifique
la mano en él de su dueño.

ENRIQUE.

No fuera ese bien pequeño,
si lo consiguiera Enrique.

CLEMENCIA.

Sospechas todo lo ven,
y de vos celoso en vano,
dice que en vez de la mano,
me viene este guante bien.
Bien puede de vos formar
quejas su melancolía.

ENRIQUE.

Claro estaba, prima mia,
que yo lo habia de pagar.

ESCENA XIV.

—

CRIADO 3.º—DICHOS.

CRIADO 3.º

Un accidente le ha dado
á vuestro esposo, señora,

mortal.

CLEMENCIA.

Negad, conde, agora
que vos se lo habeis causado.

ENRIQUE.

Decís bien, culpadme á mí.

CLEMENCIA.

Conde, mi sospecha es clara;
que el duque no me dejara
por otra, á no ser así.
Quitaosme, Enrique, delante. (*Vase.*)

ENRIQUE.

¿Qué es esto, cielo crüel? (*Vase.*)

CRIADO 2.º

¡Sacaos la sangre por él!
regalaráos con un guante.

(*Vanse los criados.*)

Habitacion de Rogerio en el palacio.

ESCENA XV.

ROGERIO.

(*A los criados á quienes ha mandado retirarse.*)
No estoy bien acompañado;
dejadme, cerrá esa puerta:
pues mi esperanza es ya muerta,
viva eterno mi cuidado.
¡Qué por la posta han llegado
las penas de mis sentidos!
No basta, gustos perdidos,
el grado en que Roma piensa
dispensar, pues no dispensa
amor en casos prohibidos.
Diga el médico verdad,
pues siendo sangre, es amor;

será su grado mayor
por la consanguinidad.
Leonisa en mi voluntad
como mas propincua vive;
es pastora, y no recibe
mi estado su suerte corta:
dispense amor; mas ¿qué importa,
si la razon lo prohibe?
Los celos tambien ¿no son
en amor prohibidos grados?
Pues si estan averiguados,
¿qué importa dispensacion?
¿No es mayor jurisdiccion
la de amor, y mas precisa
que esotras? Sí; pues ¿qué prisa
Roma ha dado á mi paciencia?
Mi amor no quiere á Clemencia,
ni mi nobleza á Leonisa.

ESCENA XVI.

LEONISA. CARLIN. UN CRIADO.—ROGERIO.

LEONISA.
He de entrar, aunque les pese.

CRIADO.
Tente, villana.

ROGERIO.
¿Qué es esto?

LEONISA.
Quien vive con tantas guardas,
ó es cobarde, ó anda preso.

ROGERIO.
¡Leonisa es! Dejalda entrar.—
(*Vase el criado.*)
¡Vos aquí! Pues ¿á qué bueno?

LEONISA.
A procurar que lo esteis;
que allá ya os juzgan por muerto.

ROGERIO.

¿Muerto?

LEONISA.

Sí.

ROGERIO.

En vuestra memoria
lo estaré.

LEONISA.

¡Pluguiera al cielo,
y no usurpara mi llanto,
duque, los ojos al sueño!

ROGERIO.

¿Vendrás á ver á Filipo?

LEONISA.

Eso sí, buscad, Rogerio,
escusas á vuestras bodas,
y grados á mis tormentos.

(*Siéntase Rogerio.*)

ROGERIO.

Direis que le aborreceis:
corales ví yo por trueco
de eslabones, que dorados,
yugo son de vuestro cuello.

LEONISA.

Tambien yo ví que os llamaba
Bretaña sabio y discreto,
sin merecer este nombre
quien preciándose de serlo,
es tan facil en creer.

ROGERIO.

Los ojos ¿cuándo mintieron?

LEONISA.

Cuando no los rige el alma,
ni alumbra el entendimiento.

ROGERIO.

Pues ¿engañáronse?

LEONISA.

Sí.

ROGERIO.

¡Pluguiera á Dios! pero tengo
testigos yo en vuestro daño,
fidedignos, fuera de ellos.

ESCENA XVII.

EL DUQUE.—LEONISA. ROGERIO. CARLIN.

DUQUE.

Hijo, ¿qué nuevo accidente
es este, que en tanto estremo
os tiene, que solo estais?
Mas ¿qué villanos son estos?

LEONISA.

Yo, gran señor, soy Leonisa,
hija de Lauso, el rentero
de Pinardo, que me manda
que venga á ver á Rogerio.

CARLIN.

Y yo soy saludador,
que cuando rabian los perros,
á dos soplos....

DUQUE.

¿Qué?

CARLIN.

A dos soplos,
mato un candil y lo enciendo.

DUQUE.

Si de estas simplicidades
gustais, hijo, entreteneos,
y aliviad melancolías.

ROGERIO.

Criéme, señor, con ellos.

LEONISA.

No hemos venido de balde.

DUQUE.

¿Cómo?

LEONISA.

Curo en nueso pueblo
de mal de hechizos y de ojo;
y á la fe que si no miento,
que está Rogerio hechizado.

DUQUE.

¿Qué dices?

LEONISA.

Allá sabemos
mucho de esto las mugeres.

CARLIN.

Y los hombres mucho menos.

LEONISA.

Hechizos son, no hay que hablar.

DUQUE.

Bien puede ser.

LEONISA.

¡Y qué cierto!
¿Ello va á decir verdades?

DUQUE.

Sí.

LEONISA.

Pues guárdeme secreto.
Quiso allá Rogerio mucho,
siendo solo caballero,
á una serrana algo bruja....

CARLIN.

Que chupa niños y viejos.

LEONISA.

Como agora le vé duque,
y ha mudado con el tiempo
la voluntad, pues se casa,
hechizóle.

DUQUE.

Yo lo creo;
que tristeza semejante
no es natural, ni yo puedo
creer que quien sabe tanto,
si hechizos no me le han puesto
como está, viéndose duque,
se entristezca. ¿Es verdad esto?

ROGERIO.

Verdad es que á una serrana
quise; mas ya no la quiero.

LEONISA.

¿Vélo si doy en el punto?
(*Aparte.* ¡Ah mudable!) Pues yo vengo

á curarle.

CARLIN.

Y yo tambien.

LEONISA.

Calla, bestia.

CARLIN.

Dime bestio;
qué soy macho, y hembra no.

DUQUE.

¿Sabreis vos....?

LEONISA.

Comision tengo
de la bruja para todo.
Déjeme hablarle en secreto.

(*Hablan bajo aparte Leonisa y Rogerio.*)

DUQUE, *aparte.*

Hay en todas las montañas
de estos estendidos reinos
mil gentes de estas perdidas,
tributarias del infierno.
Pues lo afirma esta muger,
su hechizo debe ser cierto,
y no es mucho colegir
de tal causa tal efeto.

ROGERIO.

Yo lo ví; no hay que escusarte.

LEONISA.

Firela hizo aquese enredo
por casarme con Filipo,
y Carlin fue el instrumento.

ROGERIO.

Filipo mismo te culpa.

LEONISA.

Pues ¿qué amante, si no es neci o,
siendo parte apasionada,
no mentirá en su provecho?

ROGERIO.

Su cadena recebiste.

LEONISA.

Por tuya; que este grosero
en tu nombre me la dió.

ROGERIO.

¿Carlin? Pues ¿qué le iba en eso?

LEONISA.

Engañarme.

ROGERIO.

No, Leonisa;
tus liviandades me han muerto.

LEONISA.

Yo he sido en firmeza bronce;
por testigo pongo al cielo.

ROGERIO.

Con Filipo has de casarte.

LEONISA.

Daréme muerte primero.

ROGERIO.

Tú le adoras.

LEONISA.

Mentís, duque.

CARLIN.

(*Llegándose á los dos amantes.*)
Quedo, cuerpo de Dios, quedo.

DUQUE.

Apartaos, pastor, acá.

CARLIN.

¿Que me aparte? Par Dios, ¡bueno!
Traeme por saludador
Leonisa, y por sopladero.

DUQUE.

¿Saludador?

CARLIN.

¿No lo vé?
De soplon vivo, aunque creo
que hay muchos ya de este oficio,
que acá llaman lisonjeros.

ROGERIO.

Yo te he querido, Leonisa,
con el amor mas perfeto
de cuantos su deidad honran;
ví tu mudable sugeto;
déjame, y ama á Filipo.

LEONISA.

Nómbrale, y dame tormento.

ROGERIO.

Clemencia es yà esposa mia.

LEONISA.

Si no la abrasan mis celos.
La palabra has de cumplirme.

ROGERIO.

Soy ya duque.

LEONISA.

Y aun por eso.

ROGERIO.

Llámanme sabio.

LEONISA.

No lo es
quien se muda á todos vientos.
¿Amas á Clemencia?

ROGERIO.

No.

LEONISA.

¿Y quien se casa, es discreto,
con quien aborrece?

ROGERIO.

Es fuerza.

LEONISA.

¿Por qué?

ROGERIO.

Mi padre obedezco.

LEONISA.

Dios ¿no es mas que el padre?

ROGERIO.

Sí.

LEONISA.

Amor ¿no es Dios?

ROGERIO.

Es dios ciego.

LEONISA.

¿Tiénesme amor?

ROGERIO.

¡Ay ingrata!

LEONISA.

Dí verdad.

ROGERIO.

Mucho tè quiero.

LEONISA.

¿Y no me obedeces?

ROGERIO.

No.

LEONISA.

¿Por qué?

ROGERIO.

Mil estorbos veo.

LEONISA.

¿Y son?

ROGERIO.

La dispensacion.

LEONISA.

No la acetes.

ROGERIO.

¿Cómo puedo?

LEONISA.

Dame á mí la mano.

ROGERIO.

¿Cómo?

LEONISA.

Siendo mi esposo.

ROGERIO.

Eso temo.

LEONISA.

No teme amor.

ROGERIO.

Antes sí.

LEONISA.

¿Cuándo?

ROGERIO.

Cuando tiene celos.

LEONISA.

No los creas.

ROGERIO.

Vílos yo.

LEONISA.

¿A eso vuelves?

ROGERIO.

A eso vuelvo;
que eres facil.

LEONISA.

Mentís, duque.

CARLIN.

Quedo, cuerpo de Dios, quedo.

DUQUE.

¿Qué es lo que habeis colegido,
serrana, de nuestro enfermo?

LEONISA.

Que está hechizado, señor.

CARLIN.

El alma á soplos le he vuelto.

ESCENA XVIII.

FILIPO.—DUQUE. ROGERIO. LEONISA. CARLIN.

DUQUE.

¿Qué os parece, secretario?
Hechizado está Rogerio.

FILIPO.

¡Válgame Dios! ¡qué desgracia!
(*Aparte.* ¿No es esta Leonisa, cielos?)

LEONISA.

Señor, todo nuestro hechizo
consiste (verá si acierto)
en ponelle unos corales
que Filipo trae al cuello.

DUQUE.

¿En corales de Filipo?

LEONISA.

Sí, porque vienen en ellos,
segun mos dijo la bruja,
estos hechizos envueltos.

DUQUE.

¿Tenéislos vos?

FILIPO.

Sí, señor.

DUQUE.

¿Quién os los ha dado?

FILIPO.

Hallélos....

LEONISA.

Y consistió todo el mal
del duque solo en perdellos.

DUQUE.

Daldos acá.

FILIPO, *aparte.*

¡Ay prenda mia!
perdiéndoos, perderé el seso.

LEONISA.

(*Aparte con Rogerio.*)
Si yo le amara, crüel,
no tuviera atrevimiento
para pedirle mi sarta.

ROGERIO.

Por engañarme lo has hecho.

LEONISA.

Póntelos.

ROGERIO.

¿Yo? ¿Cómo? Aparta;
que estos corales me han muerto.

LEONISA.

¿No vé como se resiste?
Mire su merced si es vero
lo que dije. Tengalé.

DUQUE.

Por mi bien te trujo el cielo.—
Hijo, en esto está tu vida.

ROGERIO.

Que os engañan.

DUQUE.

Ten sosiego.

ROGERIO.

(*Aparte con Leonisa.*)
Corales que has dado, ingrata,
á otro, me pones?

LEONISA.

Fueron
hallados, que dados no.
Mi bien, mi esposo, mi dueño,
crédito ó muerte me da.

ROGERIO.
En fin, ¿mis ojos mintieron?
LEONISA.
Los ojos, mi duque, no.
ROGERIO.
¿Pues quién?
LEONISA.
El entendimiento.
ROGERIO.
¿Que no me ofendiste?
LEONISA.
Nunca.
ROGERIO.
¿Que me quieres?
LEONISA.
Sin tí muero.
ROGERIO.
¿Y á Filipo?
LEONISA.
Si le nombras....
ROGERIO.
¿Qué harás?
LEONISA.
Rasgaréme el pecho.
ROGERIO.
Tu esposo soy.
LEONISA.
Yo tu esclava.
DUQUE.
¿Cómo estais?
ROGERIO.
Mejor me siento.

ESCENA XIX.

—

CLEMENCIA. CRIADOS.—LOS MISMOS.

CLEMENCIA.
¿Es posible? ¿que hechizado
está el duque? Mas ¡ay cielos!

¿no es esta la labradora,
nublado de mis contentos?
Prendan á estos dos villanos.

DUQUE.

Sobrina, ¿qué haceis?

CLEMENCIA.

Prendeldos.

DUQUE.

¿Por qué si á curarle vienen?

CLEMENCIA.

La hechicera que me ha muerto
y á mi esposo tiene así,
es esta; préndanla presto.

FILIPO.

(*Aparte.* Amor, ayudad mi causa,
y vitoriosos saldremos.)
Gran señor, esto es verdad;
yo sé que quiso á Rogerio
esta pastora infinito,
y intenta ahora de nuevo
hechizarle.

DUQUE.

¿Qué decís?

FILIPO.

Este pastor, si á tormento
le ponen, dirá lo que es.

CARLIN, *aparte.*

¡Helo aqui todo en el suelo!

DUQUE.

Di lo que sabes.

CARLIN.

Señor,
la verdad es que yo vengo
por saludador de anillo;
que ni tal oficio tengo,
ni en viernes santo nací.

DUQUE.

¿Y quién es esta?

CARLIN.

Yo pienso
que es bruja que á chupar viene
ducos, desde nuestro pueblo.

CLEMENCIA.

¿Qué os parece, gran señor?

DUQUE.

¡Hay tal cosa! Quitad luego
á Rogerio esos corales,
(que el hechizo vendrá en ellos)
y prendan á aquestos dos.

ROGERIO.

¡Traidores! ¿estais sin seso?
¡A mi Leonisa! ¡á mi esposa!
Eso no.

CLEMENCIA.

Gran señor, ¿veislo?

CARLIN, *aparte.*

Luego que soplon me ví,
adiviné el paradero.
¿Mas que me queman por brujo?
¡Ay Dios! ¡á chamusco huelo!
(*Llévanse los criados á Leonisa y á Carlin.*)

ROGERIO.

Viven los cielos, villanos,
que si la esposa que quiero
mas que á mí, no dejais libre,
que pierda al duque el respeto.
Dadme una espada.

DUQUE.

¿Hay tal cosa?
Dejalde, que está sin seso.
Curarále la villana,
ó mataréla á tormentos.
(*Vanse el duque, Clemencia y Filipo.*)

ESCENA XX.

ENRIQUE.—ROGERIO.

ENRIQUE.

Señor, ¿qué alboroto es este?

ROGERIO.

¡Ay Enrique, que me han preso

el alma, el gusto, la vida!

ENRIQUE.

No hagais, primo, esos estremos.

ROGERIO.

No haré, si vos me ayudais.

ENRIQUE.

Yo moriré al lado vuestro.

ROGERIO.

Pues venid, diréos el cómo;
que no interesais vos menos. (*Vanse.*)

Salon del palacio.

ESCENA XXI.

EL DUQUE.—PINARDO.

DUQUE.

Sí, Pinardo, hale hechizado
una pastora á quien quiso.

PINARDO.

Quien os ha dado ese aviso,
os ha, señor, engañado,
porque esa pastora es
ocasion de mi venida,
y tan noble y bien nacida
como Clemencia. Despues
que no os veo, se murió
el pastor á quien tenia
por padre y obedecia
Lëonisa, el cual dejó
aqueste papel cerrado,
mandando que se me diese
el dia mismo que muriese;
leíle, y de él he sacado
que era un noble caballero,
que del gran duque ofendido,

de Borgoña, y persuadido
de vengarse, el medio fiero
que tomó, fue de dar muerte
á Leonisa en una quinta,
recien nacida, en quien pinta
el cielo su ilustre suerte.
Hallóla sola y tan bella,
que juzgando por crueldad
el marchitar su beldad,
huyó á estos montes con ella;
que por vivir desterrado
de Borgoña y sin hacienda,
le pareció con tal prenda
quedar mas rico y honrado.
Vino en trage de pastor,
nombréle por mí rentero,
hasta que al trance postrero
esto me escribió, señor.
Ved como será hechicera
quien de Clemencia es hermana.

DUQUE.

Novela fuera esa vana,
Pinardo, si no supiera
la pérdida de una hija
que el duque mi hermano tuvo,
por cuya ocasion estuvo
para morir. Regocija
mi tristeza aquesa nueva.
A sacarla de prision
vamos; que asi el aficion
que melancólica prueba
de Rogerio la firmeza,
siendo su esposo este dia,
tendrá su melancolía
fin, y premio su belleza.

PINARDO.

Los pies, gran señor, os beso.

DUQUE.

Clemencia perdonará;
que mas, Pinardo, me va
el ver al duque con seso.

ESCENA XXII.

ROGERIO.—EL DUQUE. PINARDO.

ROGERIO.

Ya yo, señor, estoy bueno,
y mi tristeza pasada,
en contento convertida,
le debe á aquella serrana
esta cura milagrosa:
que la suelten, señor, manda;
si no es que pagues servicios
con prisiones y amenazas.

DUQUE.

(*Aparte.* ¡Estraña fuerza de amor!
Tiénela voluntad tanta,
que disimula contento,
solamente por libralla.)
Hijo, de veros ya bueno
doy á los cielos mil gracias,
y haré mercedes tambien
á la pástora que os ama.
Mas habeis de ser esposo
de Clemencia.

ROGERIO.

Como el alma
de la enfermedad del cuerpo
defetos participaba,
no conocia la dicha
que con la duquesa gana;
pero ya que la conoce,
en su hermosura idolatra.

DUQUE.

Todo esto, Pinardo, finge,
(*Aparte á él.*)
porque la pastora salga
libre y segura. ¡O amor!
asombros son tus hazañás.
(*A Pinardo en voz alta.*)

Llevad aquesta sortija
á la prision, y sacalda;
pero haced que venga aquí.

PINARDO, *aparte.*

Cosas he visto hoy estrañas. (*Vase.*)

ESCENA XXIII.

ENRIQUE., FILIPO.—EL DUQUE. ROGERIO.

ENRIQUE.

La duquesa de Clarencia,
que de Ingalaterra pasa
á París, está en la corte.

DUQUE.

¿Qué decís?

ENRIQUE.

Esta mañana
en el puerto mas cercano
tomó tierra; que es Bretaña
la provincia mas propincua
á Ingalaterra, de Francia.
Viene huyendo de su rey,
en el favor confiada
del nuestro, que es su pariente,
y aunque poco acompañada,
no quiere pasar sin veros.

DUQUE.

Avisen luego á madama
Clemencia, y á recebilla
vamos todos.

ENRIQUE.

Ya está en casa.

ESCENA XXIV.

LEONISA, *á lo inglés, bizarra, y* CARLIN *á lo gracioso, tambien de inglés.*—DICHOS.

LEONISA.
(*Aparte con Carlin.*)
No nos eches á perder.

CARLIN.
Bona guis toixton, palabras
inglesas hablaré solas,
y en lo demas chite y calla.

LEONISA.
Deme los pies vuestra alteza.

DUQUE.
Gran duquesa, no esperaba
nuestra corte tanta dicha.
(*Aparte.* ¡Cielos! esta ¿no es la cara
de Leonisa, la pastora?
Mas no; que en brevedad tanta,
¿cómo engañarme pudiera?
Su rostro y talle retrata.)

FILIPO, *aparte.*
¿No es mi Leonisa esta, cielos?
Mas ¡ay, ojos! que os engañan
mentirosas apariencias.

ROGERIO.
Primero que á París parta
vuescelencia, honre esta corte
que ya siente que se vaya.

LEONISA.
Por serviros, gran señor,
dilataré mi jornada.

FILIPO.
(*A Carlin aparte.*)
Diga, señor caballero,
¿cómo se llama madama
la duquesa?

CARLIN.

Bona guis
toixton.

FILIPO.

No entiendo palabra. (1)
¿Tiene su asistencia en Londres?
¿Es doncella, ó es casada?

CARLIN.

Bona guis toixton.

FILIPO.

(*Aparte.* ¿Qué es esto?
¿Hay figura de mas gracia?)
¿Es caballero?

CARLIN.

Monsiuro.

FILIPO.

Gracias á Dios, que ya habla
palabras inteligibles.

ESCENA XXV.

CLEMENCIA.—DICHOS.

CLEMENCIA.

Si el duque está sano, y paga
mi voluntad en albricias,
escede mis esperanzas.
Señor....

DUQUE.

Advertid, sobrina,
que teneis en vuestra casa
la duquesa de Clarencia
para honrar nuestra Bretaña.

CLEMENCIA.

Vueselencia.... (*Aparte.* ¡Ay Dios! ¿qué miro?

---

(1) A los escoceses á quienes hemos preguntado la significacion de estas voces, les sucede lo mismo. El hacerlas Tellez inglesas aquí, y escocesas en la comedia precedente, da á conocer que son de invencion.

¿No es aquesta la serrana,
hechicera de mi esposo?)

CARLIN, *aparte.*

¿Mas que aquí nos desatacan?

ESCENA XXV.

—

PINARDO.—CLEMENCIA. LEONISA. EL DUQUE. ROGERIO. ENRIQUE. FILIPO. CARLIN.

PINARDO.

No está en la prision Leonisa.

DUQUE.

¿Cómo es eso?

PINARDO.

Tambien falta
el rústico que traia.

CARLIN, *aparte.*

Temblando estan mis lunadas.

CLEMENCIA.

Esta es Leonisa, señor,
y este el villano que engañan
tu corte, si no la hechizan.

DUQUE.

Bárbaro, ¿quién eres? habla.

CARLIN.

Bona guis toixton.

CLEMENCIA.

Mataldc.

DUQUE.

Sosegad, Clemencia, basta.

CLEMENCIA.

Matalde.

CARLIN.

Bercebú lleve
el *bona guis* y las bragas.
Yo soy Carlin, señor duco,
y esta Leonisa, empanada
inglesa, que sacó el conde,
porque Rogerio lo manda.

DUQUE.

Conde Enrique, ¿cómo es esto?

ENRIQUE.[1]

Rogerio ha sido la causa
de que esten estos dos libres.

CLEMENCIA.

Esta es Leonisa: matalda.

ROGERIO.

Clemencia, seldo en las obras.

DUQUE.

No será vuestra ira tanta,
que gusteis de dar la muerte
aquí á quien es vuestra hermana.

CLEMENCIA.

¿Quién es mi hermana?

DUQUE.

Leonisa,
la que ha sido tan llorada
de vuestros padres; perdióse,
y hoy el cielo os la restaura.

CLEMENCIA.

¡Ay hermana de mis ojos!
No hay para qué hacer probanzas:
la sangre sin fuego hierve;
reconocido te ha el alma.
Dame esos brazos.

LEONISA.

¿Qué es esto?

PINARDO.

No eres, Leonisa, villana,
hija sí del de Borgoña.

ROGERIO, *aparte.*

¡Ay gloria de mi esperanza!

LEONISA.

¿Yo soy duquesa, señores?

DUQUE.

De Borgoña sois infanta.

LEONISA.

Y esposa del duque ¿quién?

DUQUE.

Clemencia.

LEONISA.

Pues no soy nada.

ROGERIO.

Melancólico estaré
toda mi vida, si pasan
adelante los efetos
por no remediar la causa.
Leonisa ha de ser mi dueño.

CLEMENCIA.

Siendo Leonisa mi hermana,
en albricias de su hallazgo,
mi amor en ella traspasa
su accion.

LEONISA.

Las manos te beso.

ROGERIO.

Sed, pues, hoy en todo franca;
dad la vuestra al conde Enrique.

CLEMENCIA.

Cuando dispensare el papa.

DUQUE.

Tambien será menester
para los dos.

CARLIN.

Alto, vayan
por otra para Carlin;
que esta comedia se acaba
sin bodas. TIRSO la ha escrito;
á quien la juzgare mala,
malos años le dé Dios,
y á quien buena, buenas pascuas.



OBSERVACIONES

SOBRE

LAS DOS ULTIMAS COMEDIAS DE ESTE TOMO.

El drama titulado *Esto sí que es negociar* corresponde á la *segunda parte de las comedias del Maestro Tirso de Molina*, impresa el año 1635 y dedicada por el autor á la hermandad de mercaderes de libros que existia á la sazon en Madrid bajo la advocacion ó tutela de San Gerónimo. En la cortés dedicatoria que hace Fray Gabriel Tellez del libro, se hallan las razones siguientes, cuya importancia no es necesario encarecer.

"Que desestime, pues, el ignorante lo mismo que aborrece, no es milagro; pero que el que adquiere fama docta no agradezca á quien le dió los materiales y sacó de entre la idiotez plebeya, merece irremisible vituperio."

"Yo, pues, por no incurrir, virtuosa congregacion, en lo que reprehendo; reconocido á lo mucho que todo género de estudios deben á su profesion loable, cuyas tiendas son joyerías de la mejor potencia con que se adorna el alma;.................. agradezco por los que deben y no pagan, y luego por mí mismo, el buen pasage que han hecho á mis papeles, la libertad con que han redimido del Argel de la penuria mis trabajos; pues si no costearan sus estampas, murieran balbucientes entre las mantillas de sus cartapacios: y en muestras de que ni como ignorante (que me infamara á confesarlo) ni como sabio (que no lo soy tampoco) libro en ingratitudes buenas obras, la dedico de estas doce comedias cuatro, que son mias, en mi nombre; y en el de los dueños de las otras ocho (que no sé por qué infortunio suyo, siendo hijas de tan ilustres padres, las echaron á mis puertas) las que restan."

Por esta declaracion, que no tiene contra sí sospecha ninguna, se vé que de las doce comedias insertas en el segundo tomo de la coleccion antigua, de donde entresacamos la nuestra, solo cuatro son del maestro Tellez. El lector que acuda á ver la lista de las que comprende dicho

volúmen, puesta por nosotros en la página XVIII de los Apuntes biográficos acerca de Tellez, verá que hemos reimpreso ya sin escrúpulo la de *Amor y celos hacen discretos*; pero recordará tambien que los últimos versos de aquella comedia dicen de quién es, aun cuando no lo revelara el estilo: concluye así:

> Mientras todos solenizan
> celos que discretos son,
> amor que hace maravillas,
> dad ánimo á vuestro TIRSO
> para que despacio os sirva.

El final de *Por el sótano y el torno*, pieza incluida tambien entre las doce, lleva una declaracion semejante en esta disculpa:

> Esto sirva
> de entretener solamente;
> no porque haya estas malicias,
> que *por el sótano y torno*
> TIRSO escribe, mas no afirma.

Está, pues, fuera de duda que *Amor y celos hacen discretos* y *Por el sótano y el torno* son dos de las cuatro. ¿Cuáles son las otras dos comedias de Tellez que importa descubrir? *Esto sí que es negociar* es en nuestro dictámen la una; de la otra hablaremos mas adelante.

El pensamiento original de *Esto sí que es negociar* y varios trozos de versificacion estan en *El Melancólico*, drama que es el quinto de la primera parte de Tellez, y que lleva tambien su nombre: de esto no se puede despojar á Tellez. Pero ¿no pudo algun otro escritor contemporáneo, algun padre ilustre de aquellos hijos echados á las puertas de Tellez, apoderarse del argumento de *El Melancólico*, modificarlo á su gusto, refundirlo y hacer una comedia nueva?—Formar una comedia nueva de otra de Tellez no era cosa rara en aquella época; pero la empresa de corregir á Tellez, mejorando su obra, solo estaba á los alcances de Moreto. *Esto sí que es negociar* es realmente muy superior á *El Melancólico*; pero prescindiendo de lo ridículo que seria suponer que el escritor que habia usurpado á Tellez un pensamiento y enmendádole la plana, se

valiese del mismo autor original para que le imprimiera la imitacion, las diferencias que existen entre *Esto sí que es negociar* y *El Melancólico* son de tal naturaleza, que hacen palpable que ni Moreto ni otro autor sino Tellez mismo pudo refundir *El Melancólico* de aquella manera. En efecto: uno de los caracteres distintivos del ingenio de Tellez es aquella mezcla de sencillez y malicia, de desenvoltura y cariño con que pinta el amor de las aldeanas, como lo habrán observado nuestros lectores en *La Villana de la Sagra* y *la de Vallecas*, en *Averigüelo Vargas* y *Mari-Hernandez la Gallega*. Tales son precisamente los rasgos que constituyen la fisonomía de Leonisa en *Esto sí que es negociar*. Sus repetidos disfraces y repetidas palabras de matrimonio la dan una semejanza pasmosa con la fingida panadera de Vallecas doña Violante; la escena en que se vale del pretesto de buscar un zarcillo para estorbar que se hablen Clemencia y Enrique, es en el fondo, cambiado el colmenero en pastora, la misma que hay en la *Villana de la Sagra* á principios del acto tercero. Cuando Tellez introduce en una de sus comedias una labradora, ella es por lo comun la que hace el papel principal: en *El Melancólico*, el protagonista es Rogerio; en *Esto sí que es negociar*, la figura que sobresale es la serrana; es mas de Tellez la segunda Leonisa, que la primera.

Descendiendo de los caracteres al estilo y lenguage, aquí abundan las pruebas de que ambos dramas son de una mano. Obsérvese en primer lugar cuan espontáneamente se ven empleadas en *Esto sí que es negociar* las voces *verá*, *son* y *si* en lugar de *sino*, *duco*, *matrímeño*, *engorgollada* y otras semejantes: un imitador no las usaria tan naturalmente. Nótese tambien cuan estrecho parentesco hay entre estas espresiones de *Esto sí que es negociar*:

Soy serrana.—El oro lo es:

Y estas otras de *El amor y la amistad*:

En tal parte ¿tal tesoro?
¿tal amor? ¿ley tan estraña?
Mas sí; que *en una montaña*,
no en la corte, *nace el oro*.

Apenas podriamos entender cómo el oro es *serrano* si no nos dijera el autor en otra parte que era hijo de una montaña.

Dice Leonisa:

> Siempre es necio el *¿quién pensara?*

La necedad del *¿quién pensara?* está indicada de una porcion de maneras en el *Castigo del penséque* y *Quien calla, otorga.*

En *La Villana de Vallecas* afirma doña Violante:

> Que las aves ó avechuchas
> de Madrid son papagayos,
> pluma hermosa y carne dura.

En *Esto sí que es negociar* esclama Carlin:

> Dad al diabro la muger
> que gasta galas sin suma;
> porque ave de mucha pluma
> tiene poco que comer.

Clemencia para disculparse con Enrique, el cual la acusa de amar á Rogerio, se esplica de este modo:

> Ofrecióle que seria
> mi esposo el duque; es ansí.
> ¿Dije yo que lo admitia?
> ¿Díle agradecida el sí?

Estela en *El amor y la amistad*, disculpándose tambien, y con mas razon, dice á su amante:

> ...... ¿Por qué quereis que yo
> me afrente, firme á promesas?
> ¿Admitílas? ¿díle el sí?
> ¿turbéme alegre? ¿hice señas?
> ¿mostré gusto? ¿intimé gracias?
> ¿junté manos? ¿honré prendas?

Parece escusado acumular mas citas, cuando no habrá

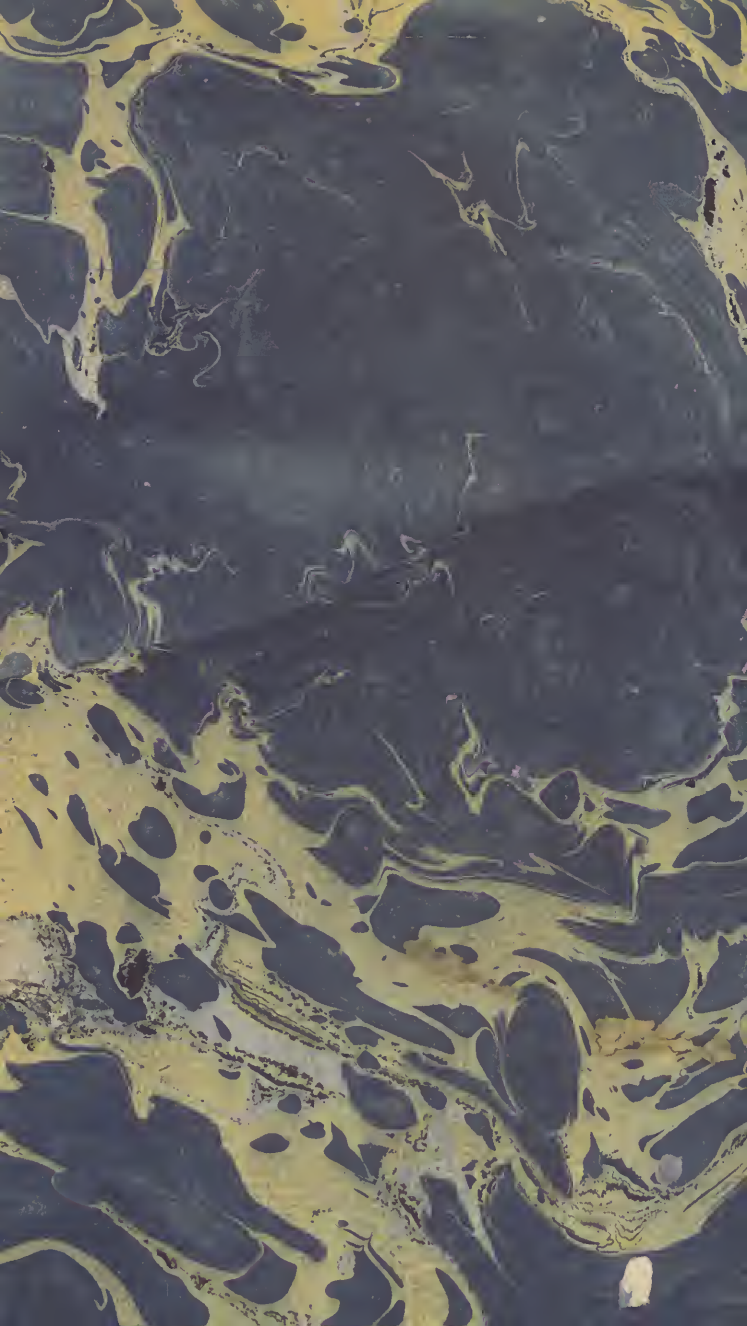
quien despues de haber leido la primera escena de *Esto sí que es negociar*, dude que salió de la pluma de Tellez: solo puede repararse que el lenguage y la versificacion son mucho mas correctos en el último drama que en *El Melancólico*; pero esta es la consecuencia naturalísima de haber escrito una obra dos veces. No tenemos datos para descubrir cuál fuese el motivo que decidió al autor á rehacer casi del todo una obra realmente de mérito; pero si es lícito aventurar conjeturas cuando faltan hechos, nosotros sospechamos que alguna parte del público debió creer que aquel Rogerio tan grave, tan misterioso, y que daba respuestas con viso de oráculos á los pretendientes que admitia á su audiencia, tenia alguna semejanza con el sabio y melancólico Felipe II, que haria pocos años que habia muerto cuando Tellez escribió su comedia. Por lo menos, el encargo hecho al secretario que emborrona la carta en vez de echarla polvos, es dicho que se atribuye á aquel soberano. Representada la comedia, (porque los versos últimos de ella hacen creer que se representó) notarian los censores el efecto que habia producido, creerian que era una falta de respeto pintar enamorado de una pastora á un hombre en quien suponian retratado al adusto Felipe, y tal vez prohibirian la representacion del drama. Tellez para librarse de la acusacion de haber intentado sacar al teatro los amores secretos del rey difunto, escribiria entonces la refundicion que tituló *Esto sí que es negociar*, sustituyendo á la melancolía de Rogerio, de la que apenas dejó vestigios, las ingeniosas travesuras de la serrana.

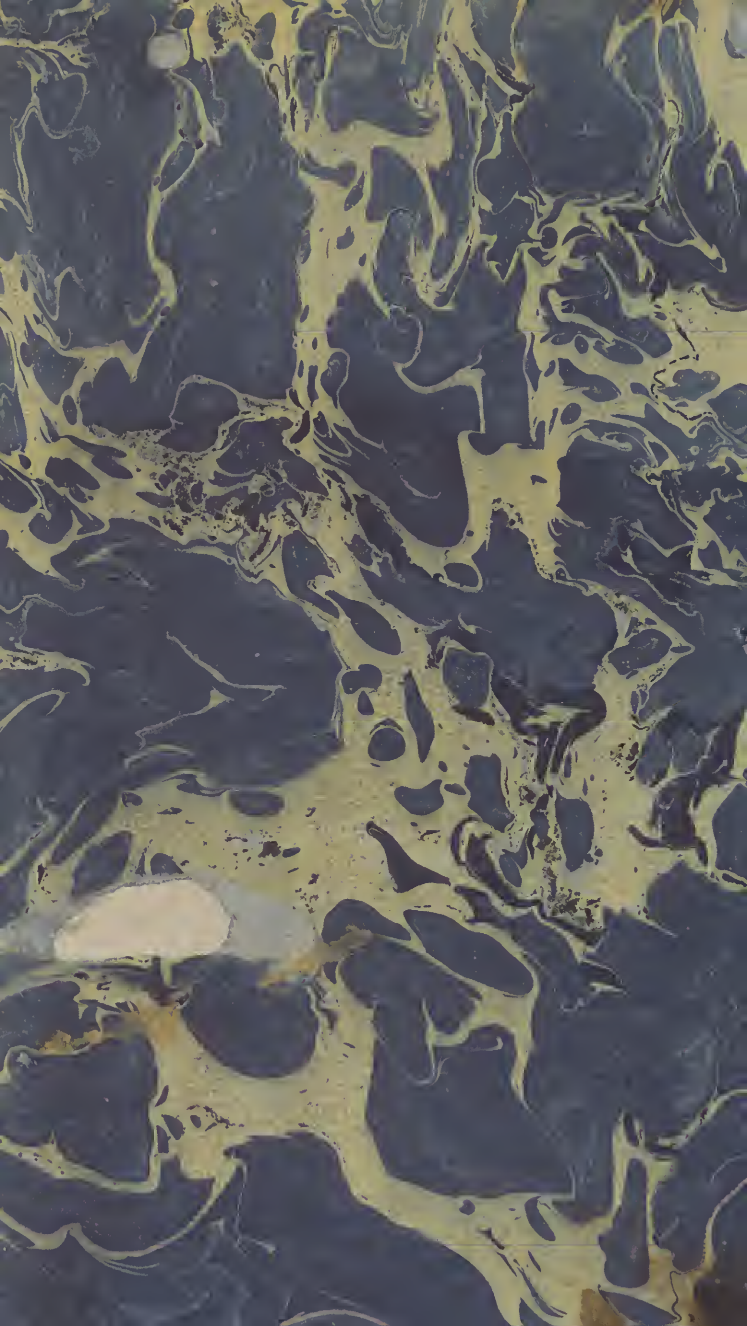
Estas son muy cómicas, pero increibles. Leonisa, aunque hija de ilustres padres, y muger de talento, se ha criado en una aldea, y ha recibido la educacion propia de una villana: si habla con Firela su confidenta y con Rogerio su amante en estilo tosco, aunque con gracia, claro es que no sabe esplicarse de otro modo: ¿cómo su conversacion es culta desde el momento que se viste de duquesa? Una dama puede remedar la rusticidad de una labradora, porque es facil que sepa como hablan los lugareños; pero una labriega no puede hacer de señora, porque no sabe. En *Esto sí que es negociar* se disfraza varias veces Leonisa; y sin duda tiene tiempo y comodidad para ello: pero en *El Melancólico* es absolutamente inverosimil ima-

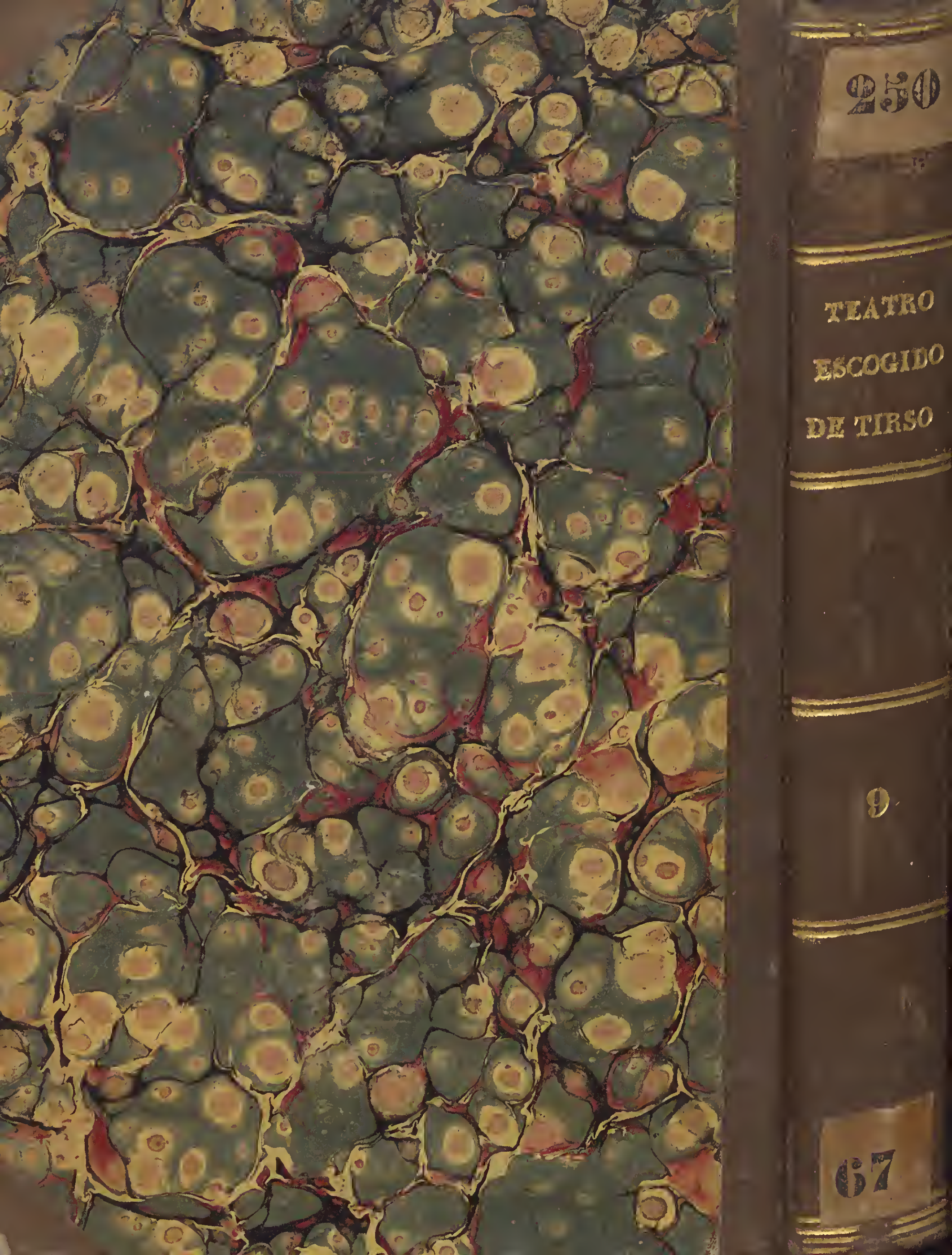
ÍNDICE.

ERRATAS.

Página.	*Línea.*	*Dice.*	*Léase.*
63	18	vedan	vedan?
185	18	á mí esté	á mí me esté
191	27	tambien	tan bien
302	22	á mí ,	á mí






250
TEATRO
ESCOGIDO
DE TIRSO
9
67